
THE CHESTER ST BILLIONAIRES
her fucking ceo
J.S.KINGSLEY

Her Pucking CEO

Los multimillonarios de Chester Street - Libro 3

J. S. Kingsley

Índice

Portada

Copyright y Aviso Legal

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

Epílogo

Un agradecimiento personal

Mi regalo para ti

Muestra gratuita: Under His Control

1

2

Sobre J.S. Kingsley

Copyright y Aviso Legal

Copyright © 2026 J. S. Kingsley

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción total o parcial en cualquier forma.

Este libro es una obra de ficción. Todos los hechos y personajes descritos son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para menores de 18 años.

1

Jade

—Diez minutos, Parker. Ni un segundo más.

Le ajusto el nudo de la bufanda azul de los Royals al cuello de mi hijo, aunque ya la ha aflojado tres veces con un resoplido de fastidio. Las vibraciones de diez mil gargantas bajo nosotros se filtran por el suelo de hormigón directo a las suelas de mis zapatos, descompasando mi propio pulso. Parker ignora por completo mis tirones; toda su atención está clavada en la brillante pista allá abajo, donde los jugadores con sus uniformes chillones persiguen el disco como proyectiles de colores sobre la superficie helada.

—Tengo once años, mamá. Puedo encontrar el puesto de perritos sin GPS —responde con terquedad. Esa mínima contracción en la comisura derecha de su boca delata su intento de sonar mayor y más curtido. Es un matiz sutil de rebeldía que se clava como una aguja en mi pecho cada vez que aparece, porque me recuerda al hombre que llevo borrando de mi biografía más de una década.

—Vete ya —respondo, forzando un tono más suave—. Lleva el móvil y contesta a la primera, o llamaré a la Guardia Nacional.

Él sonríe de oreja a oreja, agarra su sudadera y se escurre ágil por la pesada puerta cortafuegos hacia el pasillo iluminado con neón. En cuanto el cierre encaja con un clic rotundo, el estruendo cede ante un silencio opresivo en mi palco de prensa, solo roto por el roce lejano y rítmico de las cuchillas sobre el hielo.

Sobre el estrecho mostrador, mi libreta espera junto a la acreditación plastificada. *Jade Sterling – Feature Journalist*. En este momento, ese título profesional se siente como un disfraz mal ajustado, el camuflaje para un encargo que nunca debí haber aceptado. Cuando Tom Collins soltó el expediente sobre mi mesa la

semana pasada, la maniobra pareció el lanzamiento de una granada en mi vida, hasta entonces cuidadosamente equilibrada.

—Es un perfil, Sterling, no una ejecución de periodismo de investigación —había ladrado mi redactor jefe, inclinándose tanto sobre mi escritorio que el olor a café de filtro rancio y sudor por el estrés me invadió la nariz—. Cayden Miller. El dueño de los Montreal Royals. Está en Nueva York para cerrar un trato que va a poner la liga patas arriba. Quiero saber qué pasa por su cabeza, y necesito que esta historia la escribas tú porque no te vas a achantar en cuanto su gente de relaciones públicas enseñe los dientes.

Me negué. Tres veces. Inventé excusas: demasiado trabajo, falta de interés por el hockey, una supuesta gripe. Pero Collins no es un hombre que acepte un no por respuesta cuando tiene un objetivo. Es un oportunista que huele la debilidad como un tiburón huele la sangre. Sabe que los costes de la residencia de mi padre han subido. Sabe que, como madre soltera, no sobrevivo ni dos meses sin sueldo.

—O me entregas este artículo, o tendremos que hablar de tu futuro en el Chronicle, Jade. Hay suficientes graduados jóvenes que venderían a su abuela por esta historia.

Por eso estoy ahora en este estadio de Nueva York, en un partido de los Montreal Royals como visitantes, sintiendo cómo se me encoge el estómago a cada minuto que pasa. Mi pulgar flota indeciso sobre el nombre de Parker en la agenda de mi teléfono.

De pronto, estalla un tumulto enorme en la pista. Una carga brutal lanza a dos jugadores contra la valla y la multitud se levanta de sus asientos en un grito colectivo de rabia y entusiasmo.

Han pasado ocho minutos sin noticias de Parker. Una sensación opresiva se extiende como almíbar espeso en mi pecho y me empuja hacia el pasillo estéril, donde la luz cegadora de los tubos LED me hiere los ojos. Recorro el camino hacia la zona de comidas, abriéndome paso entre hombres con trajes a medida y mujeres con

pesados abrigos de cachemira, mientras mis gritos llamando a mi hijo adquieren el tono urgente de un pánico creciente.

El puesto de comida está sitiado por un denso grupo de gente, pero mi hijo no está en la cola. Entre tanto uniforme de colores, risas ruidosas y el olor a aceite de freír rancio, no hay ni rastro de un niño de once años con una bufanda azul de los Royals. Mi pulso se acelera. Marco su número, pero salta el buzón de voz de inmediato, lo que me arranca una maldición entre dientes.

A paso ligero, ignoro las miradas inquisitivas del personal de seguridad y escaneo la multitud febrilmente buscando ese punto de color familiar que es el centro de mi existencia. Mi camino termina abruptamente en el cordón de seguridad del exclusivo *Diamond Club*, la zona reservada para dueños de equipos e inversores, donde un niño solo no tiene absolutamente nada que hacer.

Un guardia de hombros anchos me bloquea el paso, alzándose ante mí como un muro insuperable de tela negra.

—Alto, señorita. Solo con pase especial.

—Mi hijo —jadeo. Ya no soy una periodista profesional. Solo soy una madre a punto de perder la cabeza—. Ha debido entrar ahí. Tiene once años. Por favor.

—Aquí solo se permite la entrada a invitados, señora.

—¡Déjeme solo mirar!

Rechaza mis súplicas sin inmutarse y posa una mano pesada en mi hombro cuando intento esquivarlo. En ese preciso segundo, la pesada puerta batiente se abre tras él, empujada por un camarero que sale de la sala. Risas amortiguadas flotan hacia el exterior, acompañadas por el fino tintineo de copas de cristal caro y el zumbido sonoro de voces de hombres acostumbrados a ser escuchados.

Mis ojos localizan a Parker, que está en medio del lujoso salón mirando absorto las pantallas gigantes, pero mi vista se clava de inmediato en la figura espigada que está a su lado.

Cayden Miller me da la espalda. Lleva un traje azul oscuro que le sienta tan insultantemente bien que parece una ofensa. Es más alto de lo que recordaba, más ancho de hombros. Se apoya con naturalidad frente al ventanal, con un vaso de agua en la mano, ajeno a la docena de hombres trajeados que intentan captar su atención.

Mientras habla con Parker, se inclina un poco hacia él, con una postura relajada, casi conspiradora.

—¡Parker! —grito.

Cayden se gira despacio, y los años han pulido el brillo juvenil de sus rasgos para revelar, en su lugar, ángulos afilados y una determinación dura. Su mirada, ese azul profundo e insondable, me golpea con la fuerza de un impacto físico. El aire de mis pulmones se evapora al instante. No reacciona con un sobresalto dramático, sino que me observa con una calma autoritaria que lo envuelve como una armadura invisible. Le hace un gesto al guardia de seguridad y yo cruzo la puerta.

—¿Este joven estratega le pertenece? —pregunta con esa voz sonora y vibrante que llevo escuchando en mis pesadillas durante once años.

Con las rodillas temblorosas acorto la distancia, agarro a Parker por los hombros y lo atraigo contra mi cadera en un gesto protector. Un leve temblor recorre todo mi cuerpo e intento ocultarlo con todas mis fuerzas mientras evito la mirada inquisidora de Cayden.

—Lo siento —suelto, evitando mirarlo directamente—. Se ha perdido. Nos vamos ahora mismo.

—No se ha perdido —dice Cayden con calma, sin hacer ademán de dejarnos ir. Estudia a Parker y luego su mirada viaja hacia mí—. Quería saber por qué los Royals juegan con una defensa 1-3-1. Es persistente. Eso me gusta.

Parker radia alegría. —¡Es el dueño, mamá! ¡Ha dicho que tengo razón con el hueco en el *powerplay*! ¡Los Royals acaban de empatar a dos mientras hablábamos!

—Vámonos, Parker —digo, con la voz a punto de quebrarse.

Entonces me atrevo a levantar la vista. Cayden me observa ahora con más atención. Una sombra de confusión cruza su frente. Entorna los ojos ligeramente, como si intentara enfocar una imagen borrosa. No sé si me reconoce, pero siente que hay algo. Una carga estática en el aire que no debería estar ahí.

—¿Jade? —pregunta. No es una frase de cortesía. Es la pregunta de un cazador que detecta un rastro familiar.

—Hola, Cayden —respondo—. Estoy aquí por una entrevista. Del *Chronicle*.

Su mirada se enfría al instante. La curiosidad humana cede ante la máscara del multimillonario.

—¿Trabajas como periodista? —pregunta cortante. Mira su reloj, una pesada pieza de platino que brilla en su muñeca—. Llegas temprano. Nuestra cita es mañana por la mañana.

—Solo quería... captar el ambiente —tartamudeo.

Él da un paso hacia adelante y yo retrocedo.

En ese momento, estalla un ruido ensordecedor fuera, en el estadio. Suena la bocina. La multitud delira. Parker salta en el aire con los brazos en alto.

—¡GOOOOL! —grita—. ¡Los Royals! ¡Tres a dos! ¡En el último segundo!

Cayden se detiene. Mira los monitores de la pared y luego a Parker.

—Mejor termina de captar el ambiente en las gradas, en vuestros asientos —dice. Una sonrisa estrecha, casi burlona, asoma en sus labios—. Y llega puntual a la cita de mañana. Odio que me hagan perder el tiempo.

Se da la vuelta antes de que yo pueda responder.

Agarro a Parker y lo arrastro lejos, cruzando las puertas, de vuelta al pasillo ruidoso, lejos del hombre que al parecer solo ve en mí a otra periodista más a la que puede controlar.

Solo cuando estamos fuera del estadio y el aire gélido de Nueva York llena mis pulmones, empiezo a respirar.

—¿Mamá? —pregunta Parker en voz baja mientras esperamos un taxi—. ¿Por qué estás tan pálida? Si el señor ha sido amable.

Miro el rostro de mi hijo —esos ojos que son el reflejo exacto de los ojos que me acaban de mirar en la zona VIP— y las náuseas me suben por la garganta.

Mañana estaré frente a Cayden Miller. Tendré que hacerle preguntas. Solo hay una cosa que no puede pasar bajo ningún concepto: que él me haga demasiadas preguntas a mí. Porque sé que, en cuanto empiece a escarbar, no parará hasta sacarlo todo a la luz.

Incluyendo el hecho de que el niño al que le acaba de explicar el *powerplay* es su propio hijo.

2

Hace 12 años

Jade

El confeti dorado sigue pegado a su pelo, diminutos fragmentos brillantes de triunfo que reflejan la luz cruda del pasillo del hotel. Cayden ríe, un sonido profundo y ronco que rebota contra las paredes del corredor del Bellagio. Sostiene una botella de champán empezada en una mano y mi brazo en la otra. Su agarre no es brusco, pero posee la seguridad posesiva de un hombre que sabe que, esta noche, la ciudad entera es suya.

—Solo una copa, Jade. El equipo espera en el club, pero necesito diez minutos sin tanto griterío —murmura. Pelea con la tarjeta de la habitación; sus movimientos son un punto más amplios de lo normal por culpa del alcohol y la adrenalina de la victoria.

Debería irme. Cada fibra de mi cerebro me lo grita. Hailey me espera abajo en el bar. Hailey, mi mejor amiga. Hailey, su hermana. La mujer con la que hice aquel pacto sagrado y absurdo hace años: ni tocar a nuestros hermanos. Era un escudo contra el caos que hombres como Cayden Miller provocan cuando pasan por tu vida arrasando con todo.

Hasta ahora lo habíamos cumplido. Para Hailey no fue un problema, porque mi hermano Tim no es para nada su tipo. De su hermano Cayden, por desgracia, no puedo decir lo mismo. Sé que no está bien entrar ahí con él. Pero cuando la puerta se abre y me arrastra con él al interior de la suite, mi razón enmudece.

La habitación huele a cuero pesado, a mobiliario caro y al rastro metálico y acre del equipo de hockey de Cayden, que hace apenas una hora ha cambiado por este traje a medida. Tira la chaqueta sobre el sofá. Su camisa está abierta; faltan los tres

botones superiores, probablemente perdidos en el hielo o en el vestuario durante el frenesí del triunfo.

—Lo hemos conseguido, Jade. El campeonato. En Montreal. —Se acerca al ventanal que ofrece una vista total del *skyline* iluminado. Alza la botella como si fuera un trofeo—. ¿Ves eso? Están ahí fuera gritando mi nombre.

Me quedo junto a la puerta, con la mano aún en el pomo. —Deberías estar ahí fuera, Cayden. No aquí conmigo.

Él se gira. La luz de la ciudad a su espalda lo convierte en una silueta oscura, un gigante que domina el espacio. —No quiero estar con ellos. Quiero estar aquí. Contigo.

Da un paso hacia mí. El aire entre nosotros se espesa, cargado de una electricidad pesada. Nos conocemos desde los dieciocho. Han sido años de roces fugaces, de miradas demasiado largas en la mesa de la cocina de sus padres y de esa tensión insoportable que siempre enterramos bajo el sarcasmo. Pero esta noche, el sarcasmo ha muerto con el pitido final del partido.

—Ven aquí —dice en voz baja. No es una orden, es una fuerza de gravedad a la que no puedo resistirme.

Me acerco hasta que siento el calor que desprende su cuerpo. Huele a champán, a la sal de su piel y a un toque de madera de cedro. Deja la botella en la mesa y posa ambas manos en mis mejillas. Sus palmas no son suaves, están marcadas por los golpes del palo y las peleas en el hielo, pero su tacto ahora tiene una delicadeza que asusta.

—Me miras de otra forma esta noche, Jade —susurra. Su pulgar roza mi labio inferior con una presión lenta, exigente.

—Es el champán —intento bromear, pero mi voz es solo un graznido ronco.

—Mentirosa.

Cayden se inclina y su boca encuentra la mía con una fuerza que me hace perder el suelo. No es un tanteo cauteloso, es un asalto frontal. Sabe al hormigueo amargo del alcohol y al hambre pura de un hombre harto de esperar. Enredo mis brazos en su nuca, mis dedos se hunden en su pelo espeso mientras le devuelvo el beso como si me fuera la vida en ello.

Por un segundo, el rostro de Hailey cruza mi mente. El pacto. El peligro. *Anticoncepción*, me viene a la cabeza. *Tenemos que tener cuidado*. Pero cuando Cayden me empuja contra el cristal frío y sus rodillas separan mis piernas, el pensamiento es barrido por una marea de deseo puro.

Tira de mi vestido; la tela fina apenas ofrece resistencia. Sus labios dejan mi boca y bajan por mi cuello, dejando un rastro de fuego en mi piel. Muerde suavemente el espacio entre el cuello y el hombro, una marca de posesión que me hace estremecer.

—Llevo años queriendo esto —gruñe contra mi piel—. Cada vez que estabas en mi casa. Cada vez que te reías.

Me levanta como si no pesara nada. Cruzo mis piernas alrededor de su cintura, sintiendo la dureza de sus muslos. Me lleva hasta la cama y nos deja caer sobre las sábanas sin romper el contacto. La colcha se siente fría, un contraste brusco con el calor que pulsa entre nuestros cuerpos.

Cayden se deshace de la camisa. Su torso es un mapa de fuerza y sacrificio: las cicatrices recorren sus costillas, testigos de una carrera en la que no se ha guardado nada, y menos a sí mismo. Los músculos de su abdomen están firmes, definidos, y reaccionan bajo mi tacto.

Sube mi vestido hasta que no es más que una tira de tela inútil en mi cintura. Sus ojos se oscurecen, se vuelven un azul tormentoso mientras me mira. —Eres preciosa, Jade. Demasiado buena para alguien como yo.

—Cállate y tócame —gimo.

Él ríe por lo bajo y obedece. Sus manos se deslizan por mis caderas, sus dedos se hunden en mi piel como si quisiera asegurarse de que no voy a desaparecer. Baja besando mi abdomen, su lengua deja un rastro húmedo que quema. Cuando llega al borde de mi ropa interior, contengo el aliento.

Para, detente, susurra una vocecita en mi interior. *No tienes nada. Él está bebido. No va a pensar en eso*.

Abro la boca para decir algo, pero en ese instante sus dedos se deslizan dentro de mí y la frase muere en un gemido gutural. Encuentra mi ritmo de inmediato, desafiándome, llevándome al borde de la locura. Clavo mis uñas en sus hombros, con la espalda arqueada, mientras el mundo a mi alrededor se desvanece en un único punto palpitante de sensación.

Cayden se libera rápido de sus pantalones. Está listo, es exigente, y la mera presencia de su hombría entre mis muslos me roba cualquier pizca de cordura. Me mira, inquisitivo, con las pupilas tan dilatadas que el azul es solo un anillo estrecho.

No digo nada. Empujo mis caderas hacia él, pidiéndole en silencio que culmine lo que empezamos hace años.

Entra en mí: una estocada lenta y profunda que me llena y prende fuego a cada fibra de mi ser. Suelto un jadeo, con los ojos apretados, mientras me aferro a sus brazos macizos. Es una sensación de plenitud total, una conexión que va más allá de lo físico.

Cayden se detiene un momento, su respiración golpea mi oído a rachas. —Jade... joder, Jade.

Empieza a moverse. Primero despacio, casi con reverencia; luego más rápido, movido por un ritmo que solo él dicta. Cada vez que su cuerpo choca contra el mío, estalla una lluvia de chispas en

mi vientre. El olor a sexo, a su perfume y al aroma dulzón del champán derramado llena la habitación.

Pierdo la noción del tiempo. Solo existe el roce de su piel con la mía, el crujido rítmico de la cama y el sonido de nuestras respiraciones mezcladas. Aumenta la velocidad; sus embestidas son más duras, más certeras. Siento la tensión crecer en mi interior, como una cuerda a punto de romperse.

Cuando ya casi no puedo más, le miro directo a los ojos. Ya no hay rastro de la estrella del deporte, ni del hermano de mi amiga. Solo está este hombre que me mira con una intensidad que casi me calcina.

—Esta noche eres mía —susurra, y en sus ojos brilla algo primitivo, casi obsesivo.

El clímax me golpea como una avalancha. Mi cuerpo se contrae a su alrededor, oleadas de puro éxtasis me recorren y me hacen gritar su nombre. Segundos después, él me sigue. Esconde la cara en mi cuello, con todo el cuerpo temblando por el esfuerzo mientras se derrama en mi interior... sin protección y sin pensar un solo segundo en las consecuencias.

En el silencio repentino que sigue, solo se oye el martilleo de nuestros corazones. Cayden deja caer su peso sobre mí con cuidado, sin soltarme. Besa mi sien, su respiración se calma poco a poco.

—Quédate aquí —murmura adormilado—. No te vayas.

Acaricio su espalda sudada, pasando los dedos por los surcos duros de sus músculos. Me siento embriagada, pesada y extrañamente melancólica. El pensamiento de la anticoncepción regresa, un eco lejano de la razón, pero lo aparto. *Es solo una vez*, me digo. *¿Qué puede pasar?*

No sabía entonces que esa noche cambiaría mi vida para siempre. Que esa única vez bastaría para poner en marcha una

cadena de acontecimientos que, once años después, me llevaría a un trabajo donde ese mismo hombre me miraría como a una extraña.

3

Cayden

—¿Cayden? Los documentos para el trato del estadio. Hayes ha enviado las nuevas cláusulas.

No me giro de inmediato. Inspiro el último segundo de silencio controlado antes de que comience la función de hoy. Chloe entra en la habitación con la precisión silenciosa de un depredador. Su cabello azabache está recogido en un moño severo; su ropa es cara, hecha a medida, y no revela ni un milímetro de piel de más.

—Déjalos sobre la mesa, Chloe. Y dile a Hayes que puede meterse sus cláusulas por donde no le da el sol si vuelve a intentar recortar los derechos de voto de los accionistas minoritarios. No soy una ONG.

Chloe me dedica una sonrisa estrecha y profesional. Se acerca más de lo necesario para dejar la tablet sobre la maciza mesa de comedor de la suite presidencial en el Pierre. Me rodea un lujo desmedido en forma de grifería dorada y brocado pesado, impregnado de un olor a lirios y a una vacuidad decadente. Una jaula de oro de cinco mil dólares la noche de la que apenas me percato. Uno se acostumbra a todo.

Al hacerlo, su mano roza mi manga. Un movimiento familiar, calculado.

—Te noto tenso —comenta—. ¿Quieres que posponga la cita con la periodista? Ya está esperando en la entrada, taladrando la alfombra con la mirada.

El sabor amargo de un espresso rancio pesa en mi lengua. —No. Terminemos con esto.

Unos instantes después entra Jade, y el aire en la habitación se espesa de golpe, como si alguien hubiera succionado el oxígeno.

Viste una americana sencilla de color antracita y unos pantalones estrechos; una armadura que en este lujo pomposo parece un cuerpo extraño. Lleva el pelo recogido, pero unos mechones rebeldes se han escapado y le enmarcan la cara. Se ve cansada, como si no hubiera dormido mucho anoche. Junto a ella, Chloe parece de pronto una simulación generada por ordenador: lisa y sin fallos, pero carente por completo de esa energía indomable y nerviosa que emana de Jade en oleadas.

Observo con atención cómo la mirada de Jade viaja de mí hacia Chloe. Un mínimo tropiezo en su movimiento la delata. Registra el nivel de familiaridad con el que mi asistente permanece junto a mi silla y oculta un instinto de posesión bajo una máscara de distancia profesional.

—Sr. Miller —dice, con una voz que roza el punto de congelación.

—Srta. Sterling. ¿Conoce a mi asistente, Chloe?

—Encantada —responde Jade con una sonrisa que no le llega a los ojos.

Chloe duda un segundo de más antes de retirarse. Su mirada roza mi hombro. —Estaré fuera si me necesitas, Cayden.

Jade se sienta en una silla frente a mí, cruza las piernas y saca un cuaderno de notas antiguo. Nada de tablets ni grabadoras. Solo papel y tinta. Un anacronismo analógico en un mundo digitalizado que, sin querer, me fascina.

La puerta se cierra. El clic resuena como un disparo. Estamos solos.

—Alex no me dijo que eras tú —comento mientras me levanto y me planto frente a ella—. Habló de una periodista del *Chronicle* que no le teme a los golpes. Omitió el nombre, convenientemente. Supongo que para proteger mi presión arterial.

—Quizá sabía que te echarías atrás —responde con firmeza, aunque oigo una ligera vibración en las frecuencias más bajas de su voz. Está bajo estrés. Maravilloso.

—¿Echarme atrás? ¿Yo? —La examino sin tapujos de arriba abajo. Doce años han afilado su rostro; los rasgos suaves de la chica de entonces han cedido ante una belleza angulosa que me tensa los nervios. Irradia el aura dura de alguien que ya ha librado demasiadas batallas—. Rara vez rechazo un desafío, Jade. Deberías saberlo. Me los como para desayunar.

—Ha pasado mucho tiempo, Cayden. La gente cambia. Algunos incluso desarrollan una columna vertebral; otros, solo un ego más grande.

—Once años y nueve meses —intervengo.

No se sobresalta, pero sus cejas se contraen mínimamente. Un tiro directo. Hundido.

—Has llevado la cuenta —constata.

—Se me dan bien los números. Es mi trabajo. Las estadísticas no mienten. —Una mentira absoluta por mi parte. No llevaba la cuenta hasta que ayer se plantó ante mí en el estadio. Pero ahora, teniéndola cerca, mi mente rebobina el tiempo como un viejo rollo de película.

Voy hacia la mesa baja y me sirvo agua. El cristal pesado enfría mi palma. No le ofrezco nada. No somos amigos.

—Has sido madre —digo, volviendo a sentarme frente a ella—. El chico de ayer. ¿Cómo se llamaba?

—Parker.

—Buen nombre. Suena a alguien que sabe cómo encajar un disco.

Jade se pone rígida ante la mención. Sus hombros se tensan, su barbilla baja unos milímetros. La leona saca sus garras en silencio.

—Sí.

—Tiene muy buen ojo para el juego —continúo, estudiando cada uno de sus movimientos sutiles. Quiero provocarla, quiero despojar las capas tras su fachada tan trabajada—. Esa forma de analizar los huecos en la defensa no se le enseña a un niño de once años. Se lleva en la sangre. Un talento natural.

—Le gusta el deporte. Eso es todo.

—¿Estás casada?

La pregunta cuelga en el aire, pesada como el plomo. No tengo derecho a hacerla, pero la respuesta me quema el cerebro como el ácido.

—No —dice cortante.

—¿Divorciada?

—No.

—¿El padre?

—No es parte de nuestra vida. Sencillamente, no existe. —Sus ojos centellean, afilados como cristal tallado—. ¿Pensaba que yo hacía las preguntas? ¿O estás analizando mi estado civil para el informe anual de los Royals? Que yo sepa, estoy aquí para escribir sobre tu imperio, no para rellenar una guía de consejos sentimentales.

—Necesito saber si eres comprable, si eres emocionalmente inestable o si persigues una agenda propia que no tiene nada que ver con el periodismo.

—Mi agenda es mi trabajo —sisea—. Y estoy aquí porque tu socio, Alex, opinaba que te urge parecer más humano antes de que alguien acceda a firmar contigo un trato para un estadio de quinientos millones de dólares. Por lo visto, tenía razón. Tienes la empatía de un congelador y el encanto de una apisonadora.

Suelto una carcajada corta. Un sonido seco, sin pizca de humor. —Ahí está. La Jade que conozco. Por un momento pensé que habías dejado tu fuego en Montreal y lo habías cambiado por el aburrimiento.

Ella aprieta los labios en una línea fina.

Me reclino relajado y estiro las piernas. —Muy bien. Alex quiere una entrevista. Una conversación única para calmar las aguas y demostrar a los inversores que ya no soy el vividor impredecible de antes, que no controla su imagen. Jugaremos a ser el "empresario serio" para el público. —Una mirada a mi reloj pone el límite—. Tengo dos horas, Jade. Luego tengo una reunión por el asunto de Hayes en la que debo evitar que descuartice mi club. Así que no pierdas mi tiempo con sentimentalismos. Haz tus preguntas.

Jade abre su cuaderno. Un ligero temblor recorre sus manos al apoyar la pluma, pero no escribe ni una sola sílaba. Me mira, y su expresión cambia de una actitud defensiva a una incredulidad total.

—¿A qué te refieres con dos horas? —pregunta, con la voz apenas audible.

—¿Es poco? Eres una periodista profesional. Deberías ser capaz de deconstruir mi ego en ciento veinte minutos. Otros solo necesitan una mirada afilada para hacerlo.

Deja la pluma sobre la mesa. El golpe seco contra el cristal retumba en mis oídos como una avalancha que se acerca.

—Cayden —empieza, y por primera vez oigo una inseguridad real en su tono—. ¿No has leído el contrato que firmó Alex?

Frunzo el ceño mientras una sensación viscosa y desagradable se extiende por mi estómago. —Alex se encarga del papeleo. Yo de la estrategia. ¿A dónde quieres llegar?

Ella mete la mano en su bolso, saca un sobre doblado y lo desliza por la mesa hacia mí como una declaración de guerra oficial.

—No es una conversación única —dice. Me mira directo a los ojos y reconozco en ellos una determinación de acero que me hace estremecer involuntariamente—. Esto no es una cita para tomar café.

Tomo el sobre, lo abro y leo por encima la primera página. Las letras negras bailan ante mis ojos hasta formar frases que congelan el contenido de mi estómago.

Acompañamiento exclusivo. Acceso ilimitado. Documentación de todo el proceso de negociación in situ.

—¿Qué demonios es esto? —pregunta en voz baja, mi voz suena extraña y hueca.

—Alex le vendió una historia exclusiva al *Chronicle* —responde Jade. Su voz se ha fortalecido y ahora tiene un matiz casi triunfal—. No estoy aquí solo por dos horas, Cayden. No me voy a marchar sin más.

Dejo caer el papel, clavo la vista en su rostro e intento, en vano, comprender la magnitud de este desastre.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta, aunque ya veo la respuesta en blanco y negro.

Jade toma aire profundamente. —Treinta días.

El silencio que sigue a sus palabras succiona el último resto de cordura de la habitación.

—Treinta días —repito. Mi mente se niega a aceptar el peso de esa cifra—. ¿Me estás diciendo que vas a acompañarme durante treinta días? ¿En mi oficina? ¿En las reuniones? ¿En mi vida privada?

—Ese es el trato. Soy tu sombra, Cayden. Y a las sombras no se las puede sacudir así como así.

Me levanto tan bruscamente que mi silla se inclina peligrosamente hacia atrás. Con pocos pasos llego al ventanal, pero no percibo el *skyline* de la ciudad. Solo veo mi propio reflejo en el cristal: duro, exitoso y, de repente, completamente acorralado. Justo detrás se refleja la silueta de Jade, sentada en su silla como una sentencia de la que ya no puedo escapar.

Treinta días. Con ella. ¿Realmente quiero esto? Joder.

4

Jade

La luz rojo sangre del cartel del Liquor Store de enfrente corta las persianas dobladas cada tres segundos, proyectando líneas duras e implacables sobre la alfombra manchada.

Estoy sentada en el estrecho alféizar de la ventana del *City Hub Inn*, con las rodillas pegadas al pecho, observando cómo la lluvia de Nueva York golpea sin tregua el cristal sucio. Las paredes aquí son tan finas, puro cartón prensado, que se oye el murmullo del televisor del vecino, y el compresor de la minúscula nevera traquetea con un ritmo metálico que se me clava en las sienes como un taladro. Es el polo opuesto al silencio opulento y acolchado de la suite presidencial de Cayden Miller.

Detrás de mí, en la única cama estrecha de la habitación, Parker respira tranquilo. Se ha subido la manta sintética hasta la barbilla, mientras un pie cuelga descuidado por el borde del colchón vencido. Es una postura de sueño inconsciente, casi arrogante, que me corta el aire cada vez que la miro, porque es, hasta el último detalle, una copia genética del hombre que esta mañana me miraba con tanta frialdad.

En el suelo, justo delante, se amontona nuestra realidad: la mochila de Parker con los parches deshilachados de Marvel y mi vieja maleta de mano, cuya cremallera se atasca en cuanto intentas meter algo más que lo estrictamente necesario.

Ayer mismo estábamos encajonados en la última fila de un vuelo de clase turista, con mis rodillas presionadas dolorosamente contra el respaldo desgastado del asiento delantero, acompañadas por los suspiros impacientes de Parker. Mañana por la mañana, Cayden nos elevará a una esfera donde el espacio para las piernas no es una cuestión de saldo bancario, sino el mínimo absoluto de lo natural.

La vibración sorda del móvil en mi palma me saca de mis pensamientos. El nombre de Hailey ilumina la pantalla. Inspiro el aire viciado, con un ligero olor a desinfectante, y deslizo el dedo por el cristal.

—Hola —susurro en la penumbra para no despertar a Parker.

—¡Jade! —La voz de Hailey vibra con una energía brillante y directa, un contraste cálido y familiar con la desolación gris que me rodea—. ¿Cómo va Nueva York? ¿Al menos Collins te ha abierto una cuenta de gastos o te toca alimentarte otra vez de sándwiches de gasolinera envasados al vacío?

Mi mirada roza la bolsa de papel con los restos de un bagel duro sobre el escritorio rayado. —Digamos que no voy a morir de hambre, pero el servicio de habitaciones del Pierre triplica mi presupuesto.

—¿El Pierre? —Hailey silba entre dientes—. ¿Mi hermano mayor se ha alojado allí?

—En la suite presidencial. Por supuesto.

—Qué apropiado. —Oigo el traqueteo familiar de la cerámica de fondo. Hailey está en su luminosa cocina en Montreal, probablemente vaciando el lavavajillas. Una vida tangible y honesta —. ¿Cómo fue la entrevista?

Dudo. La verdad cruda pesa como una piedra en mi lengua, pero no puedo permitirme ni un solo paso en falso. —Hay un cambio de planes, Hails. Collins ha ampliado el encargo drásticamente. No solo escribo un perfil. Voy a acompañarlo.

—¿Cómo que... acompañarlo?

—Treinta días. Acceso exclusivo. De ahora en adelante, soy su sombra.

Un estruendo resuena al otro lado de la línea, como si se le hubiera caído una taza de la mano. —¿Treinta días? ¿Con Cayden? ¿Vuelves a Montreal... con él a cuestas?

—Volamos mañana por la mañana. Nos lleva en su jet.

—¿En el jet? —repite, con la voz oscilando entre la incredulidad absoluta y la inquietud real.

—No tengo elección. Si me niego, Collins me despide en el acto. Y ya sabes cómo son las facturas de la residencia de mi padre.

Hailey suelta un suspiro pesado. —Ay, Jade. Ojalá pudiera echarte una mano económicamente. Pero con los gemelos y la hipoteca...

—No quiero tu dinero, Hailey. Solo quiero sobrevivir a este trabajo sin perder la cabeza.

—¿Cómo se portó contigo? —pregunta, y la preocupación fraternal de su tono solo lo hace peor.

—Me estuvo interrogando —respondo en voz baja.

—¿Sobre qué?

—Quería saber si estoy casada. Qué pasó con el padre de Parker.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no tiene importancia. Que se fue para siempre.

—Bien hecho —afirma Hailey con una lealtad que casi me asfixia—. A Cayden no le importa nada lo que pasó en Toronto. De todos modos, no lo entendería. Eso de que te liaras con aquel mochilero, por un arrebato de pasión pura... eso no encaja en sus tablas de Excel.

Trago saliva con dificultad ante la opresión en mi garganta. El mochilero. Esa figura fantasma que creé de la nada hace once años para explicar a mi mejor amiga por qué estaba embarazada y por qué ese hombre no aparecería jamás.

—Solo juzgaría —continúa Hailey, sin sospechar lo hondo que clava la hoja en mi conciencia con cada palabra—. Ya sabes cómo funciona. Para Cayden, los hijos no planificados no son más que errores de cálculo. Probablemente te daría lecciones morales por una aventura de una noche, en lugar de reconocer que de ahí salió un niño tan maravilloso como Parker.

Cierro la mano libre en un puño tan fuerte que las uñas se me clavan en la palma. *No me juzgaría a mí, Hailey. Se odiaría a sí mismo hasta la muerte.*

—No volveré a sacar el tema con él jamás —suelto entre dientes.

—Mejor así. Cayden no es un hombre de familia, Jade. Se ha aislado por completo de papá y mamá, y a mí apenas me llama.

Se hace un silencio denso en la línea, solo subrayado por el siseo de la conexión y el aullido lejano de una sirena en la Octava Avenida.

—Lo vas a lograr, Jade. Treinta días no son una cadena perpetua. Mi hermano puede ser un capullo insoportable, lo sé mejor que nadie en este planeta. Pero, en el fondo, tiene buen corazón.

—Tienes razón, Hails. Me limitaré a concentrarme en mi trabajo.

Me obligo a sonar convencida, pero la idea de mañana por la mañana me pone una soga invisible al cuello. Mañana me hundiré en cuero suave, rodeada de un lujo silencioso, y miraré a los ojos a un hombre que tiene el poder de reducir mi existencia a escombros con una sola revelación.

—Ven a mi casa en cuanto aterricéis —dice Hailey con dulzura —. Haré lasaña. A Parker le encanta. Y hablaremos. Sin teléfonos de por medio.

—Gracias, Hails. Tengo que... terminar de recoger nuestras cosas. La maleta apenas cierra.

—Cuídate, Jade. No te dejes cegar por todo ese dinero. Sigue siendo Cayden. Y él solo juega para ganar.

Termino la llamada y dejo caer el teléfono en mi regazo.

Al deslizarmi del alféizar de la ventana, casi tropiezo con las zapatillas de Parker, tiradas en medio del paso. La habitación es tan pequeña que cada movimiento es una coreografía delicada. Mi mirada cae sobre la maleta abierta en el sillón desgastado. Mi vestuario parece casi lamentable allí dentro: americanas oscuras y funcionales, vaqueros gastados, camisetas sencillas de rebajas. Nada de esa ropa forma una armadura que sea lo bastante fuerte para resistir los impactos del mundo en el que entraré mañana.

Me acerco sin hacer ruido a la cama de Parker. Se ha girado de lado mientras dormía, haciendo que la manta se deslice. Con cuidado, le subo la sábana sobre el hombro estrecho. Él emite un murmullo bajo y satisfecho, hundiendo la cara en la almohada plana.

Le acaricio la mejilla tibia con suavidad. Él es mi pulso, mi motor, lo único que tiene un valor inamovible en mi vida. Y mañana por la mañana, lo entregaré directo en la boca del lobo.

—Lo lograremos —susurro en la penumbra húmeda de esta habitación de hotel barata—. Treinta días. Y él nunca sabrá quién eres.

5

Cayden

El pesado cierre de la suite encaja con un clic amortiguado, pero el sonido no basta para acallar el estruendo ensordecedor que tengo en la cabeza. Aprieto el smartphone con tanta fuerza que la carcasa cruje bajo la presión de mis nudillos. La adrenalina me golpea las venas sin piedad, impulsada por una rabia infinita hacia mi socio, Alex, y un pánico visceral e irracional que intento enterrar bajo una capa gruesa de puro cinismo.

Treinta días.

Jade Sterling metida en mi campo de visión sin descanso. Soportar un mes entero a la mujer que me escanea como si fuera la última basura bajo sus tacones gastados, siendo ella la única persona en este planeta que sabe exactamente qué aspecto tengo sin mi armadura cuidadosamente pulida.

Marco el número que podría teclear a ciegas desde hace veinte años.

—Dime que alguien ha muerto, Cayden. O que, al menos, te han arrestado. Si esto es solo una llamada por tu mal humor, empezaré a cobrarte el doble por hora de consultoría desde ya.

La voz de Griffin Calloway suena como el roce de un pergamino carísimo: lisa, inalcanzable y ajena al resto del mundo. Es el único hombre de mi entorno que probablemente duerme con un traje a medida y que, al mismo tiempo, sería capaz de hacer desaparecer un asesinato legalmente antes de que su espresso matutino se enfríe.

—Ojalá me hubieran arrestado, Griff. Así al menos tendría derecho a un abogado que hiciera su maldito trabajo en lugar de contarme chistes. —Abro la puerta de cristal de un tirón y salgo al

balcón de la suite. El viento a esta altura corta la piel, pero necesito ese dolor físico para apagar el incendio de mi mente.

—Deja de lloriquear. ¿Qué ha hecho Alex ahora? ¿Ha vendido a los Royals a un sindicato ruso a tus espaldas?

—Peor. Me ha vendido a mí. Treinta días de acceso exclusivo para una periodista. Acompañándome a cada paso. Incluyendo toda mi vida privada.

Se hace un silencio total al otro lado de la línea. Luego, escucho una carcajada profunda y descaradamente divertida. —Gracias a Dios. Pensé que era algo serio. ¿Quién es la afortunada? O mejor dicho: ¿quién es la pobre víctima que tendrá que aguantarte un mes entero sin haber negociado antes una indemnización por daños morales?

—No tiene gracia, Griffin —gruño al teléfono—. Es Jade Sterling.

Silencio otra vez. Esta vez, de una cualidad distinta. La alegría se evapora al instante; Griffin conoce el expediente de mi vida. Conoce mi pasado mejor que cualquier psicólogo de lujo que haya consultado.

—¿Sterling? —repite, y su tono cambia sin transición del viejo amigo burlón al abogado implacable de la *Society*. —¿La hermana-mejor-amiga-Sterling?

—Exactamente esa.

—Uff. —Oigo el crujido del cuero mientras se reclina en su sillón. Puedo imaginarlo perfectamente: ese look de *silver fox* con canas que descoloca a las abogadas contrarias, y esa mente que ya está calculando opciones legales más rápido que un ordenador cuántico. —Alex tiene un talento excepcional para hacer de tu vida un infierno. ¿Tienes el contrato delante?

—Jade me lo acaba de estampar en la cara. He leído la primera página antes de estar a punto de destrozar medio mobiliario. Griffin, sácame de esta. Pagaré el precio que pidas. No quiero a esa mujer en mi jet, ni en mi oficina, y mucho menos en el mismo código postal que mis balances.

—Déjame adivinar —interrumpe mi verborrea, mientras de fondo suena el tecleo rápido y preciso de un ordenador. —¿El contrato fue aprobado por el departamento legal de los Royals sin siquiera mirarlo? ¿Y firmado por Miller Investments a ciegas?

—Alex tiene el poder general.

—Entonces estás acabado, amigo.

—¡Griffin! —salto. —Eres el mejor abogado de la costa este. Encuentra una maldita brecha. Inviabilidad. Conflicto de intereses. ¡Fuerza mayor! Dile a la gente del *Chronicle* que tengo la rabia.

—Cayden, escúchame bien. Si Alex ha puesto su firma, es un documento legal vinculante. Si la echas ahora, su editorial te llevará ante un juez por incumplimiento de contrato. Y eso en plena fase crítica del trato del estadio con Hayes. ¿De verdad quieres arriesgarte a que la prensa sepa por qué el intocable multimillonario del hockey tiene tanto pánico a una sola periodista desarmada? Puedo dictarte los titulares ahora mismo: *Cayden Miller huye de su propio pasado*. Eso le daría a Elias Hayes más munición que un arsenal completo.

—¡Papá! ¡Mira lo que he construido!

Una voz infantil, aguda y desbordante de entusiasmo corta nuestra conversación. Elijah. El hijo de Griffin. Escucho el sonido inconfundible de piezas de Lego cayendo y la risa cálida de Selena, la mujer de Griffin.

—Elijah, con cuidado. Papá está trabajando —dice Griffin. La dureza de su voz se funde al instante. Este hombre es un

depredador despiadado en los tribunales, pero entre sus cuatro paredes es el ancla inamovible de una familia. —Lo siento, Cayden. Elijah acaba de reconstruir el Empire State y Isabell está intentando arrasarlo en el papel de Godzilla.

Cierro los ojos, presiono dos dedos contra el puente de la nariz. —Griffin, necesito una solución jurídica, no detalles conmovedores de tu felicidad familiar —respondo mordaz.

Pero la amargura de mi propia voz viene acompañada de una punzada repentina en el pecho. Pienso inevitablemente en Parker. En ese chico delgado que ayer, abajo en el *Diamond Club*, me miraba con una curiosidad y una valentía asombrosas. La similitud en su mirada se clava en mi mente como un anzuelo.

—Mi solución jurídica es: aguanta —Griffin vuelve al modo abogado sin piedad. —Domala. Sé el bastardo encantador que tanto ama la prensa. Dale suficiente información para mantenerla satisfecha, pero nada que pueda ser peligroso en las negociaciones. Eres Cayden Miller. Has arrollado a tipos que pesaban el doble que esa mujer. ¿Por qué tiemblas ahora ante una periodista con una libreta?

—Porque ella no me mira como a Cayden Miller, Griff. Me mira como si todavía fuera el crío de Thunder Bay que nunca ha ganado un partido importante. Conoce las grietas de mis cimientos.

—Entonces ya va siendo hora de pintar la fachada. —Griffin suelta una risa leve. —Míralo por el lado positivo. Quizá es exactamente lo que tu imagen necesita. Alex no se equivoca del todo: últimamente pareces un congelador con patas para los inversores. Un poco de drama humano queda de maravilla en los balances antes de un trato de miles de millones. Selena siempre dice que la vulnerabilidad es sexy. Yo personalmente creo que es una trampa legal andante, pero para tu proyecto podría obrar milagros.

—Dile a Selena que se ocupe de ti y que no me dé esos consejos —gruño, aunque noto que una mínima parte de mi ira se

disipa.

—Se lo diré en cuanto Isabell deje de arruinar mi pañuelo de bolsillo con mermelada de fresa. —Un clic indica que cierra una pluma. —Escucha, Cayden. Haré que mi equipo revise el contrato hasta el último detalle buscando lagunas. Pero no te hagas ilusiones. Treinta días es mucho tiempo, pero pasarán. Y quién sabe... quizá Jade Sterling sea exactamente el desafío que tu ego desmedido necesita para no perder el contacto con la realidad.

—Eres un amigo pésimo, Griffin.

—Y tú un cliente pésimo. ¿Nos vemos en el póker la semana que viene? Marcel y Beckett ya han confirmado. No se te ocurra traer a la periodista, o Beckett perderá su licencia médica de la emoción.

—Os odio a todos —murmuro en serio.

—Y nosotros a ti, campeón. Nosotros a ti.

La conexión se corta. Me quedo mirando la pantalla oscura y aspiro el aire de Nueva York hasta que el frío me duele en los pulmones. El aparato vuelve a vibrar en mi palma. Un mensaje corto de Chloe se ilumina.

"Jet listo para las 08:00. La Srta. Sterling y su hijo están en la lista de pasajeros".

La realidad inamovible me devuelve la mirada en forma de letras negras sobre una pantalla brillante. Regreso al calor de la suite y tiro el teléfono al sofá.

¿Quiere guerra? ¿Quiere ser mi sombra durante treinta días y ver si me quiebro bajo la presión? Bien. Le daré la vuelta a la tortilla. La voy a arrastrar tanto a mi mundo que acabará suplicando clemencia por voluntad propia.

6

Hace 12 años

Jade

El resultado me devuelve la mirada con reproche.

Dos rayas.

Estoy sentada en el suelo frío del baño de mi cuarto de estudiante en Montreal, con la espalda apoyada en la bañera y el test entre las manos. Ya le he dado la vuelta tres veces, como si un ángulo distinto pudiera alterar la verdad.

Dos rayas.

Afuera ha oscurecido sin que me diera cuenta. En algún momento de las últimas dos horas —o ¿ha pasado más tiempo?— el sol se ha despedido, y ahora la única luz en la estancia es la franja estrecha que se cuela por debajo de la puerta. No me he levantado para encender la luz del techo. Moverme me parece, ahora mismo, una tarea imposible.

Durante dos semanas me he convencido de que era el estrés. Los exámenes, la mala comida de la cafetería, los inviernos canadienses que te calan hasta los huesos. Cada mañana, inclinada sobre el váter, me decía: mañana se habrá pasado, mañana te sentirás mejor. Ayer mismo, de camino a la farmacia, estuve a punto de dar media vuelta.

Hoy ya no.

Solo puede ser suyo.

Cierro los ojos y dejo que la noche con la estrella emergente del hockey canadiense desfile por mi mente. Cayden Miller, plantado de pronto a mi lado en medio del júbilo, como si siempre hubiera estado allí. Su risa. Esa forma de mirarme —no a través de mí, como

mira la mayoría, sino directo a los ojos—. Como si yo fuera la única persona en la habitación.

Presiono la palma de la mano contra mi vientre.

Vale, pienso. *Vale. Tienes que decírselo.*

La alternativa es tan absurda que ni siquiera me permito seguir pensando en ella. ¿O debería? Es el hermano de Hailey. Nuestro pacto, nuestra promesa… Respiro hondo y me pongo en pie.

Mis piernas me llevan, solo a medias por voluntad propia, de vuelta a la habitación, hacia el escritorio donde está mi móvil.

Me tiemblan las manos al marcar su número.

Suena tres veces. Cuatro.

Entonces, responde.

—¡Hey! —La voz de Cayden es alta, excitada, casi ahogada por el ruido de fondo: música, murmullo de voces, tintineo de copas. Una fiesta. Por supuesto, una fiesta—. ¿Quién es?

—Soy yo. —Me aclaro la garganta—. Jade. Jade Sterling. La de Hailey…

—¡Jade! —Suena sinceramente sorprendido, y durante medio segundo alimento la esperanza de que todo podría salir bien—. ¡Hey! ¿Qué pasa? —Una breve pausa. Alguien ríe fuerte al fondo—. ¿Hailey está bien?

—Sí, Hailey está… está bien. En realidad, quería hablar contigo. Yo… tengo algo que decirte.

—¿Qué? —La música está más alta ahora, debe de haberse pegado el móvil a la oreja, pero su atención está en otra parte, lo noto—. ¿Qué has dicho?

—Tengo algo que decirte —repito. Aprieto el móvil con tanta fuerza que me duelen los nudillos—. Cayden, es importante.

—Sí, perdona, un segundo… —Un roce. Ruido sordo, como si hubiera tapado el móvil con la mano. Le oigo hablar con alguien, demasiado bajo para entenderlo. Luego, vuelve a mí—: Ahora mismo me viene bastante… mal. ¿Puedes llamarme más tarde? ¿O mañana por la mañana?

Mañana por la mañana.

Suelto el aire despacio. En mi mano izquierda todavía sostengo el test de embarazo.

—Sí —digo—. Claro.

—Genial. Gracias, Jade. De verdad. —Suena aliviado. Ya casi se ha ido—. Te llamo…

Entonces, otra voz. Una voz de mujer, cerca del móvil, cálida y risueña: —Cayden, vamos…

La línea se corta.

Me quedo de pie en mi cuarto oscuro en Montreal, con el móvil todavía pegado a la oreja, mirando la pared.

Cinco minutos. Me doy cinco minutos para sentarme en el borde de la cama y mirar las dos rayas. Luego volveré a llamar. Responderá. Escuchará. Solo tiene que saber que es realmente importante.

Marco el número de nuevo.

Suena una vez. Dos.

Entonces alguien responde, pero no es él.

—¿Diga? —Una voz de mujer. La misma de antes, ligeramente impaciente. Al fondo sigo oyendo música y risas.

Trago saliva. —Quiero hablar con Cayden. Acabo de hablar con él, me ha dicho que…

—Cayden no puede ponerse ahora. —Amable, pero rotunda. El sonido de una mano deslizándose sobre el micrófono, voces amortiguadas… y luego, el silencio en la línea.

Me quedo sentada, con el móvil sobre las rodillas, mirando la pantalla. *Llamada finalizada. 0:08.*

Ocho segundos.

La música del bar de al lado se filtra sorda a través de las paredes finas. En algún lugar de la calle, alguien toca el claxon. El mundo sigue su curso, constante e indiferente.

Dejo el móvil sobre el escritorio.

Pongo el test al lado.

Luego abro el cajón superior, guardo el test dentro y lo cierro.

Cayden no puede ponerse ahora.

¿Quién soy yo para creer que sacaría tiempo para mí? ¿O para formar una familia conmigo?

En este instante soy consciente de que solo hay una solución para mi situación. Y se basa en una mentira.

7

Hoy

Jade

Se me marcan los nudillos blancos de tanto apretar el asa de mi maleta. La terminal de vuelos privados del aeropuerto de La Guardia huele a granos de café recién tostados, a cuero caro y a una arrogancia que se me pega a la piel como una película invisible.

Aquí no existen las colas interminables, ni las familias agotadas, ni los controles de seguridad donde tienes que quitarte los zapatos a toda prisa. La acústica se limita a voces amortiguadas y al leve golpeteo de calzado de diseño sobre el mármol. El oxígeno de esta sala parece pertenecer exclusivamente a hombres acostumbrados a moldear el mundo según sus propios deseos.

Parker, a mi lado, es el contraste evidente a mi contención. Está vibrando. Su mirada salta como una bola de pinball desde las máquinas impecables que hay fuera en la pista hasta el buffet de lujo de la sala.

—Mamá, ¿has visto eso? Tienen barritas de chocolate gratis. ¡De las de verdad! —susurra con reverencia, como si hubiera descubierto un santuario sagrado.

—Compórtate, Parker —murmuro, pero mi atención ya está clavada en las puertas automáticas de cristal.

Las hojas se deslizan sin ruido y Cayden Miller entra en la terminal. Lleva un abrigo de cachemira oscuro echado sobre los hombros con aire despreocupado y se mueve con una naturalidad que llena el espacio y no admite réplica. Chloe lo flanquea como una sombra silenciosa, con la inevitable tablet en la mano y el rostro convertido en una máscara profesional y lisa.

Cayden se dirige directo a nosotros y se detiene. Se quita las gafas de sol. Su mirada roza mi maleta gastada, se detiene una dolorosa fracción de segundo de más en mi cara cansada y, finalmente, baja hacia Parker.

—¿Listo para el despegue, enano? —pregunta.

—¡Y tanto! —suelta Parker impaciente—. ¿Ese de ahí fuera es suyo? ¿El que tiene el logo de los Royals en la cola?

—Ese es. —Cayden no altera el gesto, pero en sus ojos brilla, por una fracción de segundo, un destello genuino que se parece mucho al orgullo. Luego se gira hacia su asistente—. Tú quédate aquí y soluciona los detalles pendientes con Hayes. Quiero los documentos firmados en mi mesa de Montreal cuando llegue mañana por la mañana.

—Por supuesto, Cayden —responde Chloe. Me lanza una mirada fugaz que deja claro que preferiría escoltarme ella misma fuera de la pista—. Cogeré el vuelo de línea esta tarde.

—Bien. Vámonos.

El interior del jet no tiene nada que ver con un avión convencional. Es un salón flotante de cuero crema, paneles de madera auténtica y una moqueta en la que mis tacones baratos casi se hunden a cada paso. Parker se queda con la boca abierta, mirando los enormes sillones giratorios.

—Siéntate donde quieras, Parker —dice Cayden con desdén mientras se deja caer en un asiento en la parte trasera de la cabina. Se desabrocha los botones superiores de la camisa y se afloja el nudo de la corbata con un movimiento fluido—. Jade, ¿qué pasa? Pareces estar esperando a que abra la trampilla de emergencia y te lance sobre el Atlántico en cualquier momento.

—Simplemente no soy fan del lujo innecesario —suelto, eligiendo el asiento justo frente a él. Mantengo el bolso sobre mis

rodillas como un escudo físico.

—¿Innecesario? —Una carcajada seca y sin humor escapa de su garganta—. Maximiza el rendimiento. Me ahorra tiempo, y el tiempo es la única moneda que ni siquiera yo tengo en abundancia.

Los motores arrancan con un zumbido sonoro y potente. No hay comparación con el traqueteo estruendoso del avión de clase turista de hace dos días. Empezamos a rodar, el jet despega y en pocos minutos atravesamos la densa capa de nubes.

—¿Sr. Miller? —salta Parker de repente; la curiosidad ha vencido a su timidez inicial—. ¿Puedo ver a los pilotos?

Cayden levanta la vista de su smartphone. Estudia a mi hijo durante un segundo largo y silencioso. —¿Quieres ir a la cabina?

Parker asiente con energía.

Cayden pulsa sin decir nada un botón discreto en el panel lateral. Al instante aparece una azafata. —Lleve al niño delante. Que los pilotos le expliquen los instrumentos.

—¿En serio? ¡Gracias! —exclama Parker entusiasmado. Se levanta, me lanza una mirada radiante y desaparece tras la pesada cortina.

Ahora solo el leve siseo del aire acondicionado cubre la distancia entre nuestros asientos. Cayden se reclina despacio, cruza los brazos y me clava una mirada que casi me clava físicamente al asiento.

—¿Cómo está Hailey? —pregunta de improviso. El modo de charla trivial se ha activado, pero en su boca suena al inicio de un interrogatorio estratégico.

—Está bien —respondo cortante, intentando reprimir la actitud defensiva que asoma en mi voz.

—Me alegra oírlo. —Pronuncia las palabras como si leyera un parte meteorológico monótono—. Hace meses que no hablo con ella. Tiende a ponerse pesada en cuanto empieza a darme lecciones sobre obligaciones familiares.

Un ardor intenso e incontrolable se extiende por mi estómago. —Es tu hermana, Cayden. Pero se ve que lo de la familia ya no va contigo. En cuanto algo no rinde o quita tiempo, se descarta, ¿verdad?

Levanta una ceja lentamente. —Así que no solo has cambiado físicamente, Jade. Te has agenciado una lengua bastante afilada. ¿Quién te ha enseñado a sonar tan increíblemente superior en lo moral?

—Nadie ha tenido que enseñármelo. Solo veo el contraste. Tus padres casi lo dieron todo en Thunder Bay para que pudieras ir a esa academia. Hicieron horas extra interminables y renunciaron a sus vacaciones solo para que el "niño de oro" tuviera su carrera. ¿Y hoy? Hoy los tratas como a suplicantes molestos a los que se calla con un cheque anónimo en Navidad. Eres un desagradecido.

Estampa el smartphone contra la mesa de madera. El movimiento es tan brusco y duro que me sobresalto sin querer. Sus ojos centellean; el azul frío ha cedido ante una intensidad oscura y peligrosa que carga el ambiente.

—No tienes la más mínima idea de lo que estás hablando —gruñe—. Lo ves todo desde la cómoda perspectiva de una provinciana que cree que el mundo es un zoológico inofensivo. He sido una superestrella desde los dieciocho años. Llevaba sobre mis hombros contratos publicitarios por importes superiores al producto interior bruto de estados pequeños. Hoy dirijo un imperio. No hay espacio para meriendas nostálgicas o recuerdos melancólicos.

—¿Y eso justifica borrar a todas las personas que te abrieron el camino?

—¡Justifica la realidad! —estalla. Se inclina hacia delante, tanto que su rostro queda a apenas unos centímetros del mío—. En mi mundo no hay pausas. Si me detengo un solo segundo, tiburones como Hayes me comen vivo. No le debo nada a nadie, Jade. Ya pagué mi precio hace mucho. Cada fractura, cada noche sin dormir, cada momento en que tuve que sonreír para las cámaras.

—Oh, pobre multimillonario digno de lástima —me burlo, aunque mi corazón golpea mis costillas a toda velocidad—. Tiene que llorar en su jet privado porque tiene que trabajar muchísimo. Es patético cómo te atrincheras tras tu éxito financiero.

—¿Patético? —Un sonido corto y agudo escapa de su garganta —. Patetismo es alojarse en un hotel de dos estrellas de mala muerte y dar lecciones de moral, mientras aceptas un trabajo que supuestamente detestas solo para reunir el dinero del alquiler.

—¡Lo hago por Parker! —le lanzo—. Algo que no entenderás en tu vida. Asumir la responsabilidad por alguien sin esperar nada a cambio de inmediato.

—¿Responsabilidad? —resopla con desprecio—. Hablando de responsabilidad. ¿Qué pasa con su padre? ¿Dónde está el tipo que supuestamente asume tanta responsabilidad? Ah, lo olvidaba. "No es parte de vuestra vida". Probablemente puso pies en polvorosa en cuanto empezaste a darle lecciones sobre su ingratitud.

La sangre me ruge en los oídos. La provocación se clava en mi carne más hondo de lo que él imagina. —Él al menos fue lo bastante honesto como para no fingirnos una vida falsa. No es un playboy vacío que sale cada semana en las revistas con una famosa distinta solo para inflar su ego gigantesco.

Cayden se queda petrificado. Cada mínimo movimiento de su cara se congela. —¿Qué has dicho?

—Me has oído perfectamente. Tus líos son legendarios, Cayden. Actrices, modelos, estrellas del pop. Las coleccionas como trofeos

dorados. ¿Es ese tu triste sustituto de una familia de verdad? ¿La validación de mujeres que solo quieren tu nombre y acceso a tu cuenta?

Me mira fijamente, y el silencio en la cabina adquiere unas dimensiones que me quitan el aire. Su mandíbula se tensa, el músculo de su mejilla vibra de forma amenante. Luego, se inclina aún más hacia delante, muy despacio, hasta que siento el calor de su aliento en mi piel.

—¿Estás celosa, Jade? —pregunta en voz baja. La rabia abierta ha desaparecido, transformada en algo mucho más oscuro e íntimo —. ¿Es eso lo que te pasa en el fondo? ¿Que mi nombre salga en las revistas y el tuyo no?

—Yo... eso es ridículo —tartamudeo, intentando pegarme al respaldo, pero el sillón no me deja ni un centímetro de escapatoria.

—¿De verdad lo es? —Su mirada baja deliberadamente hacia mi boca y vuelve a subir despacio hacia mis ojos—. Te has pasado once años callada sobre aquella noche en Montreal. Y ahora apareces aquí como si nada, jugando a ser la jueza intocable de mi vida. ¿Quieres castigarme porque yo simplemente seguí adelante? ¿Porque no seguí siendo el hombre que conociste en aquella habitación de hotel?

—No tienes ni idea de quién eras entonces —susurro, mientras una mezcla incontrolable de rabia y desesperación crece en mi interior—. Eras alguien capaz de sentir. Hoy no eres más que una máquina sin sentimientos.

—Pues siente esto —gruñe.

Sus dedos se cierran con fuerza sobre mi muñeca. El calor de su piel quema a través de la fina tela de mi blusa, y un pulso violento recorre mis venas, nublándome los sentidos. Me atrae un poco hacia él, y por una fracción de segundo estoy segura de que va a besarme... o a estrangularme. La tensión física acumulada es tan

masiva que las paredes de la cabina parecen a punto de implosionar bajo la presión.

—¡Mamá! ¡Mira! ¡El piloto ha dicho que acabamos de cruzar la frontera!

La voz aguda de Parker nos separa violentamente, como si una granada hubiera detonado entre nuestros asientos.

Cayden suelta mi muñeca y se echa hacia atrás con una velocidad casi inhumana. Agarra su smartphone como si nunca hubiera dejado de leer correos de negocios. Necesito varias respiraciones profundas para recuperar mi ritmo y me aparto el pelo de la frente con rapidez, intentando ocultar a Parker el temblor de mis manos.

Mi hijo irrumpe en la sala con las mejillas encendidas de puro entusiasmo. —¡Y hasta me ha enseñado cómo se revisa el piloto automático!

—Qué bien, Parker —consigo decir a duras penas. Se me cierra la garganta como si hubiera tragado cristales rotos.

Cayden no levanta la cabeza. —Siéntate, enano. Vamos a empezar el descenso.

Su voz vuelve a estar controlada. La fachada dura ha regresado sin fisuras.

Giro la cabeza y miro por la ventanilla hacia los densos bancos de nubes. Los perfiles grises de Montreal aparecen allá abajo, una red infinita de recuerdos y mentiras no dichas. Hailey tenía razón. Cayden es como el hielo de un lago. Ofrece una superficie engañosamente segura, pero justo debajo acecha el abismo.

He creído durante más de una década que podría mantener esta distancia. Pero ahora que he vuelto a sentir el calor de su piel y esa furia hambrienta en su mirada, comprendo la verdad absoluta:

este mes no será un encargo periodístico. Será una pura lucha por la supervivencia.

8

Cayden

El pesado Bentley se desliza casi sin ruido sobre el asfalto al alejarse del aeropuerto. En el retrovisor, la niebla naciente se traga el *skyline* de Montreal, mientras Henry nos guía hacia el oeste de la isla.

La tensión en la parte trasera del coche presiona físicamente contra mis tímpanos. Jade se aprieta tanto contra el revestimiento de cuero de la puerta que parece que fuera a tirar de la manilla plateada en cualquier momento para lanzarse del vehículo en marcha a ochenta kilómetros por hora. Fija la vista en los árboles que pasan y parece desear estar en cualquier otro lugar del planeta, menos aquí.

Parker, en cambio, tiene la frente prácticamente pegada al cristal tintado. Absorbe el entorno extraño: los muros macizos que delimitan las propiedades, las avenidas de robles antiguos, el brillo metálico y lejano del Lago de las Dos Montañas. Es la personificación sin filtros de la curiosidad, y cada vez que mi mirada cae sobre él, mi estómago reacciona con un golpe sordo y doloroso que me niego a identificar.

—Henry, por favor, llévenos directamente a mi apartamento —la voz de Jade rompe por fin el silencio opresivo del coche—. Parker tiene que ir a la escuela mañana por la mañana y yo tengo que organizar mis notas para el perfil.

No levanto la cabeza; sigo deslizando el dedo por un correo electrónico cuya primera frase llevo mirando fijamente cinco minutos. —Henry los llevará exactamente a donde yo le ordene.

—No vivo en un palacio a las afueras y tengo una responsabilidad con mi hijo —salta ella de inmediato. En sus palabras no vibra ni un rastro de miedo, sino una rabia ardiente y

auténtica—. Tiene clases. No puede quedarse en tu habitación de invitados solo porque necesites ejercer tu obsesión por el control.

Bloqueo la pantalla de mi teléfono y cierro los ojos una fracción de segundo. —Irá a la escuela. Henry lo llevará cada mañana y lo recogerá por la tarde. Cada minuto que no pase en el aula, estará en mi propiedad. Si quieres acompañarme durante treinta días para este perfil, Jade, será exclusivamente bajo mis condiciones. No voy a perder mi valioso tiempo persiguiéndote por el denso tráfico de Montreal solo porque lleves tu falso orgullo como si fuera una custodia.

—Esto roza el secuestro —sisea ella en voz baja, obviamente preocupada por no inquietar a Parker.

—Esto es el contrato firmado —la corrijo—. Y si hubieras leído el documento, sabrías que me debes un acceso sin restricciones. Esa cláusula funciona en ambas direcciones.

Cuando el coche cruza la enorme verja de hierro forjado de mi entrada, a Parker se le escapa un jadeo audible. Lo observo por el rabillo del ojo. Ve el extenso edificio principal, las fachadas de cristal distantes, el complejo gigante del pabellón de entrenamiento de hockey al fondo. Es la primera vez, desde que adquirí esta propiedad, que la miro a través de los ojos de un niño. La arquitectura monumental parece de pronto más abrumadora, casi como un guardián mudo que engulle por completo a cualquier intruso.

Henry detiene el vehículo justo ante el portal. Antes de que el motor se apague, mis empleados salen de la sombra del pórtico. Uno de los hombres saca la maleta de Jade del maletero: un triste trasto de plástico barato cuya cremallera atascada emite un sonido desagradable y chirriante al levantarla. El equipaje parece un cuerpo extraño totalmente fuera de lugar en las manos enguantadas de mi personal.

—Bienvenida a otro mundo, señorita Sterling —murmuro mientras me ajusto el cuello del abrigo y bajo.

El amplio vestíbulo de entrada nos recibe con el esplendor estéril de siempre: piedra pulida, luz indirecta y el eco duro de nuestros propios pasos.

—Helena les enseñará sus estancias —digo, señalando a mi ama de llaves, que ya espera en silencio al pie de la gran escalera. Necesito imperiosamente distancia física. La cercanía forzada en el jet, la disputa encendida, esa tensión constante entre nosotros... me raspa los nervios como si fuera lija gruesa—. Tienen el ala este de la cuarta planta para ustedes. Baño, dormitorio, un despacho equipado; hay de todo. Los espero en una hora en el comedor para cenar.

No espero a que responda; me doy la vuelta con brusquedad y me dirigo a mi despacho. A mis espaldas oigo a Parker soltar un sonido de entusiasmo —seguramente Helena ha mencionado la última videoconsola— y, justo después, la inspiración de aire afilada y frustrada de Jade.

Ya en el refugio en penumbra de mi despacho, voy directo hacia el globo terráqueo macizo que oculta mis licoreras. Me sirvo un dedo generoso de scotch. El alcohol fuerte quema mi garganta de forma agradablemente anestésica, pero no frena lo más mínimo el ritmo frenético de mis pensamientos. Me dejo caer en el pesado sillón de cuero tras mi escritorio y fijo la vista en los innumerables dossieres apilados con pulcritud ante mí.

¿Por qué demonios estoy haciendo esto? ¿Por qué la obligo con todas mis fuerzas a entrar en mi territorio inmediato?

Podría decirme a mí mismo que es por puro control. Pero la verdad real es mucho más fea. La quiero cerca para descifrar por fin por qué me mira con esa mezcla irritante de lástima y desprecio. Por qué ha levantado ese muro invisible entre nosotros, más sólido que los cimientos de esta villa.

Jade Sterling está convencida de que conoce mi verdadero rostro. Cree que soy un bastardo desagradecido y endurecido.

Bien. Si busca un monstruo, puede tener uno.

Vacío el vaso de cristal de un solo trago fuerte y lo poso sobre la madera pulida con un golpe seco. El juego no ha hecho más que empezar, y esta vez soy yo quien dicta las reglas en mi propia arena.

9

Jade

El comedor es tan grande que en él cabría un pueblo entero. Una mesa de nogal oscuro y pulido se extiende por el centro de la estancia, flanqueada por sillas tan pesadas que necesito ambas manos para acercar la mía.

Parker se sienta a mi izquierda. Parece perdido entre los enormes cuadros de las paredes y la cubertería de plata brillante, pero aguanta el tipo. Mira fijamente los tres tenedores distintos que tiene delante como si fueran instrumentos de cirugía.

En la cabecera, a unos cinco metros de nosotros, se sienta Cayden. Ha atenuado la luz. Solo unas pocas velas y la iluminación indirecta del techo proyectan sombras sobre su rostro, haciendo que sus rasgos parezcan aún más afilados, más inalcanzables. Ahora lleva una camisa negra sencilla con las mangas remangadas.

—La carne es de buey Wagyu, Parker —dice Cayden sin levantar la vista de su plato. Corta su filete con una precisión que me recuerda a la de un patólogo—. A las vacas las masajean y las alimentan con cerveza. Un esfuerzo considerable por un poco de proteína, ¿no crees?

Parker clava el tenedor en la carne. —Sabe a carne normal. Solo que más blanda.

Cayden ríe entre dientes, un sonido seco. —Honestidad. Una moneda escasa en esta casa. Disfrútala mientras no sepas cómo mentir para conseguir lo que quieres.

Siento que se me encoge el estómago. —No todo el mundo miente por cálculo, Cayden. Algunos lo hacen para sobrevivir.

Deja el cuchillo. El leve chasquido sobre la porcelana suena en el silencio de la sala como un latigazo. Me mira. Sus ojos son casi

negros con esta luz. —Sobrevivir. Esa es tu palabra favorita, ¿verdad, Jade? Te vendes como la heroína de la clase trabajadora que lucha entre el barro mientras estás aquí sentada comiéndote mi carne.

—Estoy aquí porque me has obligado —replico, dejando mi tenedor. Se me ha quitado el apetito de todos modos—. Podría haber hecho esta entrevista en una cafetería. Con patatas fritas y hamburguesas, en lugar de plata y Wagyu.

—¿En una cafetería? —Cayden sonríe con incredulidad—. Allí no hay privacidad. Y tengo la sensación de que ambos vamos a necesitar mucha privacidad si queremos superar los próximos treinta días. Especialmente si piensas seguir echándome en cara mi ingratitud.

Parker mira de uno a otro. Siente la tensión que vibra sobre la mesa como una carga eléctrica. —¿Por qué os peleáis?

—No nos peleamos, Parker —dice Cayden, y su voz adquiere un matiz más suave al mirar al niño—. Solo negociamos sobre la realidad. Tu madre tiene una idea muy... interesante de quién soy.

—Tengo una idea muy precisa de quién eres —le lanzo—. Leo la prensa rosa, Cayden. Veo las fotos en los locales de Miami y las distintas acompañantes en las galas de Toronto. Eres el prototipo de hijo pródigo que ahoga su dolor en excesos.

Cayden se queda petrificado. El rastro de diversión desaparece de su rostro. Se inclina hacia delante, la luz de las velas se refleja en sus ojos. —Lees demasiada basura, Jade. ¿Crees que unas fotos mías con una actriz dicen algo sobre quién soy? Eso es marketing. Es la fachada que la gente quiere ver.

—¿Y qué hay debajo? —pregunto en voz baja—. ¿Por qué has borrado a Hailey y a tus padres de tu vida con tanta frialdad? ¿Por qué no estuviste allí cuando tu padre estuvo en el hospital el año pasado?

—¡Yo pagué las facturas! —estalla. No levanta la voz, pero la intensidad es casi física—. Me aseguré de que tuviera a los mejores cirujanos del país. Mi amigo Beckett es uno de los médicos más solicitados y dejé que él dirigiera la operación. Financié la residencia en Thunder Bay, que ahora parece más un complejo de lujo. ¿Qué más quieres de mí? ¿Que le dé la mano y finja ser el chico bueno de al lado que nunca fui?

—Quizá habrían valorado más tu presencia que tu dinero, Cayden.

—El dinero es lo único que tengo para dar sin decepcionar a nadie —dice tan bajo que tengo que inclinarme para entenderlo. Por un momento parece casi roto, antes de ajustarse de nuevo la máscara—. Los hijos, por ejemplo, son algo que nunca he querido. Son variables impredecibles. Exigen un tipo de atención que no puedo ofrecer. Te vuelven blando. Y en mi posición, la debilidad es una sentencia de muerte.

Mira a Parker, casi como si quisiera convencerse a sí mismo de que el niño no representa un peligro. —Nada contra ti, Parker. Eres un chico listo. Pero la mayoría de la gente tiene hijos para llenar un vacío que ni ellos mismos comprenden. Yo tengo mi imperio para llenar ese vacío. Es más honesto.

Parker lo mira con los ojos como platos. —¿Y el imperio es divertido? O sea, ¿viviendo solo en él?

Cayden se queda desconcertado. No parece tener una respuesta preparada. Agarra su vaso de agua y da un trago largo. —Es... tranquilo, Parker. La tranquilidad es un lujo que solo aprendes a valorar cuando el mundo entero grita tu nombre.

Lo observo y, por primera vez, no veo al multimillonario, sino al hombre que se ha atrincherado tras estos muros. Tiene miedo. No a Hayes ni al acuerdo del estadio. Tiene miedo de que alguien vea las grietas de sus cimientos. Grietas hechas de fiestas, pastillas y un

profundo desprecio por sí mismo del que Hailey solo me habló de pasada.

—Tengo que acostar a Parker —digo, levantándome—. Mañana es un día largo.

—Henry lo llevará a la escuela a las siete y media —dice Cayden, recuperando el control total—. Y tú, Jade... mañana me acompañarás a la reunión con los inversores. Ponte algo sobrio. No quiero que piensen que me he buscado una nueva amante. Eso solo distraería de los negocios.

—No te preocupes —replico con frialdad ante su comentario—. Nadie nos tomaría por una pareja. Para eso, tendría que poder sentirse al menos un latido en tu interior.

Tomo a Parker de la mano y salgo del comedor. El golpe de mis tacones sobre el mármol marca el ritmo de mi huida. Mientras subimos la amplia escalera, siento la mirada de Cayden en mi espalda como una quemadura. No se ha movido. Sigue allí sentado, al final de esa mesa absurdamente larga, como un rey solitario en un reino hueco.

Cuando termino de arropar a Parker en la cuarta planta, me siento en el sillón junto a la ventana. Miro hacia el lago oscuro que hay cerca, cuya superficie es tan lisa y negra como el alma de Cayden.

No quiere hijos. No quiere debilidades. Ve en Parker una "variable", un riesgo. Dios, si supiera lo grande que es ese riesgo en realidad. Si supiera que el niño, cuya honestidad acaba de descolocarlo, es carne de su carne.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza hacia atrás. Estoy aquí para escribir el perfil de un hombre que cree tenerlo todo bajo control, cuando en realidad está sentado sobre una avalancha que yo podría desencadenar en cualquier momento. Pero mientras guarde este

secreto, soy yo quien tiene el poder. Aunque ahora mismo siento que el peso me está aplastando.

10

Jade

La mañana siguiente comienza con la precisión mecánica que parece marcar el ritmo de toda la existencia de Cayden Miller. A las siete en punto, llaman a la pesada puerta de roble de mi suite. Entra Helena, el ama de llaves. Se mueve con tal sigilo que casi parece una aparición, si no fuera por el olor a café recién hecho, un aroma casi dolorosamente intenso.

—El señor Miller la espera en quince minutos en el vestíbulo, señora —dice con una voz que no admite réplica—. Henry está preparando el coche. Parker ya está desayunando.

Me pongo mi americana azul oscuro y unos pantalones sencillos. Necesito cada gramo de profesionalidad para no hundirme en esta casa. Cuando llego abajo, Cayden ya está junto a la enorme puerta de entrada. Con su traje de tres piezas color antracita, parece una escultura hecha de éxito y arrogancia.

—Puntual. Una virtud escasa en tu profesión —dice sin volverse. Su mirada me roza brevemente cuando me pongo a su lado—. Elección conservadora. Bien. Los hombres con los que nos reuniremos hoy se creen los guardianes de la moral, mientras intentan devorarse vivos unos a otros.

Parker llega corriendo desde el comedor, con la mochila colgada descuidadamente de un hombro. —¡Buenos días! Mamá, ¿has visto? ¡La nevera de aquí tiene su propia pantalla para recetas!

Cayden no altera el gesto, pero una mínima contracción en la comisura de sus labios delata que el entusiasmo de Parker por esa tecnología le divierte. —Henry te llevará a la escuela, enano. Si alguien te pregunta, diles que eres el nuevo asesor estratégico de los Royals. Eso explicará, al menos, lo impertinente que eres.

—No eres su jefe, Cayden —sentencio, mientras Parker corre entusiasmado hacia el Bentley que espera.

—Este mes lo soy casi todo, Jade. Acostúmbrate. —Señala el segundo coche, un Mercedes que aguarda discretamente a la sombra de la monumental entrada—. Sube. Tenemos una cita con gente de la *Chester Street Society*. Se trata de la financiación de la grada norte y de todo el complejo del estadio. Elias Hayes ya está esperando. Y no es un hombre al que le guste esperar.

El trayecto hacia el centro de Montreal es gélido. Cayden guarda silencio; su perfil es tan duro como la roca de Quebec. Aprovecho el tiempo para revisar mi informe sobre Hayes. Elias Hayes es la personificación de lo opuesto a Cayden. Mientras Cayden es la estrella excéntrica que aparece en la prensa rosa entre modelos y coches veloces, Hayes es el epítome del gigante tecnológico que siempre ha ido un paso por delante de su tiempo. Su empresa, *Icarus-Systems*, controla el software de la mitad de la logística canadiense. Está casado, es padre de tres hijos modélicos y patrón de innumerables galas benéficas. Un hombre impecable, sin una sola mancha en el expediente.

Y es el hombre del que depende todo el legado de Cayden. Sin el visto bueno de Hayes para la financiación, el nuevo estadio de los Royals no es más que un bonito boceto en un papel carísimo.

Cuando nos detenemos ante el edificio discreto y casi anodino, noto que Cayden cierra los ojos un momento. Una inspiración profunda, como si se preparara para sumergirse en aguas envenenadas.

—¿Qué pasa, Miller? ¿Miedo del hombre que nunca miente? —le pregunto en voz baja.

Abre los ojos. La frialdad regresa al instante. —Mentir es un arte, Jade. Hayes no miente con palabras. Miente con silencios. Y su silencio me está costando ahora mismo dos mil millones de dólares.

En la sala de conferencias, en la que entramos con puntualidad británica, el tiempo parece haberse detenido. Paneles de roble pesado, olor a papel viejo y la luz tenue de la ciudad filtrándose por los altos ventanales. Elias Hayes preside la mesa. Lleva un traje de corte perfecto pero sobrio. Su rostro es liso, su cabello está cuidadosamente peinado. Emana una calma que resulta casi más amenazante que la agresividad de Cayden.

A su lado se sientan otros tres hombres cuya función desconozco. Nadie se levanta cuando entramos.

—Cayden —dice Hayes. Su voz es completamente serena—. Me alegra que hayas podido venir. Y veo que has traído a la prensa.

Su mirada se desliza sobre mí y no puedo evitar la impresión de que alberga pensamientos turbios.

—Jade Sterling, del *Chronicle* —presenta Cayden, tomando asiento sin esperar invitación—. Está escribiendo el perfil. Pensé que sería útil que viera que este proyecto es algo más que un juguete para mi ego.

Hayes apoya las manos planas sobre la mesa. Lleva una alianza sencilla. —El perfil. Ese es precisamente el punto, Cayden. Mis socios y yo valoramos la constancia. Valoramos la... integridad. Un proyecto de esta magnitud, que compromete miles de millones de fondos públicos y privados, necesita unos cimientos que no se tambaleen con el próximo titular sobre una noche en Miami.

—Mi noche en Miami no tiene nada que ver con la estática de la grada norte, Elias —replica Cayden con acritud.

—Quizá no con la estática del hormigón —rebate Hayes con suavidad—, pero sí con la estática de la confianza. Los inversores dudan. Ven al playboy, ven las escapadas. Se preguntan si el dueño de los Royals tiene realmente la disciplina para dirigir una construcción de este calibre durante cinco años. No firmaré este

acuerdo hasta que no lea, negro sobre blanco, que estás dispuesto a asumir la responsabilidad que tu nombre exige.

Me mira a mí. —Señorita Sterling, su artículo será el factor decisivo. Si puede demostrarnos que el señor Miller es algo más que la suma de sus errores, entonces tendremos una base sobre la que construir, en el sentido literal de la palabra. Si no... —Deja la frase en el aire.

Cayden suelta una carcajada corta, un sonido feo y seco. —¡Haces que el trabajo de mi vida dependa de la opinión de una periodista! Es lamentable, Elias. Incluso para tus estándares.

—Es una cuestión de imagen, Cayden. Y la imagen, en el siglo veintiuno, es una moneda más dura que el oro —dice Hayes impasible—. Esperaremos al perfil. Hasta entonces, los fondos quedan congelados.

Es una demostración de poder *par excellence*. Hayes utiliza su reputación de hombre probo para mantener a Cayden bajo control. Retrata a Cayden como a un niño irresponsable que primero debe demostrar que puede jugar con los mayores.

La reunión dura horas. Es un duelo verbal brutal sobre intereses, contratos de arrendamiento y líneas de crédito, pero bajo la superficie no se trata de otra cosa que del carácter de Cayden. Hayes cuestiona cada decisión, cada cifra, cada pronóstico con una frialdad quirúrgica que agota visiblemente a Cayden. Yo tomo notas tan rápido como puedo; mi libreta se llena de apuntes sobre la rabia contenida de Cayden y la inquebrantable rectitud de Hayes.

Cuando finalmente volvemos al coche, reina un silencio distinto al del viaje de ida. Es el silencio que sigue a una batalla en la que nadie ha ganado. Cayden se afloja la corbata, casi arrancándosela del cuello, y apoya la cabeza hacia atrás. Está pálido, sus ojos parecen hundidos.

—Te odia —murmuro.

—No me odia —responde él sin abrir los ojos—. El odio es una emoción que consume energía. Hayes no odia a nadie. Solo juzga. Se cree la brújula moral de esta ciudad porque besa a la misma mujer desde hace veinte años y va a misa los domingos.

—Tiene una imagen limpia, Cayden. En este negocio, eso vale oro.

—¡Su imagen es una mentira, Jade! —estalla de repente. Se incorpora y sus ojos echan chispas de ira—. Nadie es tan limpio. Nadie. Él solo esconde mejor sus cadáveres bajo una montaña de recibos de beneficencia. Pero te está usando. Está usando tu perfil para ponerme de rodillas.

Me agarra de la mano, un impulso repentino y violento. Su agarre es firme, casi doloroso. —¿Qué vas a escribir, Jade? ¿Vas a darle lo que quiere?

—Escribo la verdad, Cayden. Ese es mi trabajo.

—¿La verdad? —ríe con amargura y me suelta la mano como si se hubiera quemado—. No sabes nada sobre la verdad.

Con lo que ya seríamos dos, pienso, pero guardo silencio.

Aparta la vista y se queda mirando por la ventana las calles de Montreal mojadas por la lluvia. —Está casado, tres hijos, sin escándalos... es lo que yo debería haber sido si no lo hubiera destrozado todo.

—¿Es por eso por lo que peleas tanto con él? ¿Porque te recuerda lo que no tienes?

Cayden no responde.

—No tienes ni idea —dice finalmente, tan bajo que apenas le oigo—. Los peores monstruos son los que huelen a lavanda y llevan trajes que encajan a la perfección. Ten cuidado de no dejarte cegar por su brillo. Es más peligroso de lo que yo podría ser jamás.

Cuando el coche se detiene ante su propiedad, baja sin esperarme.

Helena me aguarda en la puerta. Su mirada es neutral, pero veo la preocupación en sus ojos mientras observa a Cayden marcharse. —La cena se servirá en una hora, señora —dice en voz baja.

—Gracias, Helena.

Subo a mi habitación, pero las palabras de Hayes resuenan en mi cabeza: *"Si puede demostrarnos que el señor Miller es algo más que la suma de sus errores..."*.

El problema es que apenas estoy empezando a comprender lo grandes que fueron en realidad esos errores. Y que yo misma soy uno de ellos.

11

Cayden

Parker duerme arriba, en la cuarta planta; probablemente sueña con goles y aficionados vitoreando. Yo estoy sentado en la biblioteca, la única estancia donde el eco de mis propios pasos no resuena con una soledad tan abrumadora.

El fuego de la chimenea se ha reducido a una masa incandescente. Me quedo mirándolo mientras hago girar el vaso en mi mano. El scotch es viejo, caro y quema exactamente en los puntos adecuados, pero no apaga el incendio que tengo en la cabeza. Jade está sentada frente a mí. Tiene de nuevo la libreta sobre las rodillas. Me observa con esos ojos que ven demasiado.

—Empezaremos por el principio —dice en voz baja, y su voz corta el crepitar de las brasas—. Antes de que los estadios estuvieran llenos. Antes de que Hayes supiera quién eras. Hablemos del chico de Thunder Bay que pensaba que el mundo era una pista de hielo en la que solo había que golpear con suficiente fuerza.

Doy un trago. —Ese chico era un pequeño bastardo arrogante. Pero sabía patinar.

***

J: Ya eras una excepción en el deporte escolar. Pero tu nombre no solo aparecía en las crónicas deportivas. En los expedientes escolares de Thunder Bay hay una nota sobre un incidente en el laboratorio de química del instituto.

C: (No puedo evitar sonreír) La química nunca fue mi fuerte. Pensaba que los experimentos servían para ver hasta dónde podías llegar antes de que algo explotara.

J: Forzaste el armario de las tiras de magnesio y provocaste fuegos artificiales en el sistema de ventilación. En medio del examen final de la clase de al lado.

C: Lo consideré una distracción necesaria. El examen estaba planteado para ser demasiado difícil. Prácticamente hice un servicio social a mis compañeros.

J: Te suspendieron dos semanas. Tu padre tuvo que presentarse personalmente ante el director. Dicen que fue la primera vez que tu carrera en el hockey estuvo en la cuerda floja.

C: Mi padre estaba fuera de sí. Dijo que, si volvía a hacer una estupidez así, vendería mi equipo y pasaría el resto de mi vida apilando cajas en la fábrica. Fue la única vez que tuve miedo de verdad. No del director. De la mirada de mi padre.

J: Aun así, hubo escapadas constantes. Eras la estrella del equipo y lo sabías. ¿Esa sensación de ser intocable te allanó el camino para lo que vino después?

C: Quizá. Cuando a los dieciséis marcas los goles que ponen a tu pueblo en el mapa, la gente cierra ambos ojos. El policía que me pilló corriendo de noche quería un autógrafo para su hijo en lugar de ponerme una multa. Eso es veneno para un chico, Jade. Te enseña que las reglas solo son para los que no marcan.

*J: Luego llegó la oferta. El primer contrato profesional. Acababas de cumplir dieciocho años. Los Royals te eligieron en la primera ronda del *draft*. Un contrato millonario antes de tener el título escolar en la mano.*

C: Ese fue el momento en que el juego se convirtió en un negocio. Firmé aquel papel y pensé: "Ya está. Lo he logrado". Soy rico, soy famoso y no tengo que rendir cuentas a nadie. Al día siguiente me compré un reloj que costaba más que la casa de mis padres. Bastante estúpido.

***

Jade baja un poco la libreta. —¿Y qué pasó con la estatua del alcalde? —pregunta de repente, y un destello travieso asoma a sus ojos—. Eso no figuraba en los expedientes, pero Hailey y yo casi nos morimos de risa en aquel entonces.

Suelto una carcajada, una risa honesta y profunda que me ensancha el pecho. —Dios, la estatua de bronce de Sir Archibald en la plaza del mercado.

—Le pusiste una camiseta de los Royals de talla gigante y le soldaste un palo de hockey a la mano de bronce con tanta fuerza que los bomberos tuvieron que venir a la mañana siguiente con una radial —dice Jade sonriendo—. Y lo mejor fue el flotador de flamenco rosa alrededor de su cintura.

—Me pareció que estaba demasiado rígido para ser el fundador de una ciudad que, en invierno, solo es hielo —admito sacudiendo la cabeza—. Les juré por lo más sagrado a Hailey y a mis padres que a esa hora ya llevaba tiempo en la cama. Mi padre incluso respondió por mí ante la policía.

Jade ríe, y el sonido es como música en el silencio pesado de la biblioteca. —¡Lo sabía! Os vi a ti y a tus amigos escabulliros con la escalera. Tenías esa mirada especial... como un perro que acaba de robar el asado de la mesa y espera que nadie se dé cuenta.

—¿Por qué no me delataste? —pregunto inclinándome hacia delante. El ambiente se ha relajado de pronto; las sombras oscuras de la reunión con Hayes parecen lejanas.

—Porque esa noche parecías tan vivo —dice en voz baja. Su risa se desvanece lentamente, dando paso a una familiaridad más peligrosa que cualquier disputa—. Solo eras un chico que quería gritar fuerte una última vez, antes de que el mundo te exigiera convertirte en un monumento.

—Solo era un temerario —insisto, pero ambos sabemos que era algo más.

—Eras libre, Cayden. Eso es exactamente lo que te falta hoy.

La alegría entre nosotros da un vuelco repentino. El aire se vuelve más denso. El fuego de la chimenea chasquea una última vez con fuerza. Miro a Jade: la mujer que me conoció de chico, antes de que el mundo me transformara en este blindaje de cristal y éxito.

Alargo la mano sobre la mesa y la punta de mis dedos roza su mano. Esta vez ella no se retira. Nos quedamos mirándonos y, por un momento, la distancia entre nosotros es solo una ilusión hecha de segundos y oportunidades perdidas.

Jade es la primera en apartar la vista. Inspira con un temblor, retira la mano lentamente y cierra su cuaderno.

—Vale... —murmura. Su voz vuelve a ser profesional, pero se quiebra un poco en los bordes—. Por hoy es suficiente para la entrevista. Iré a ver cómo está Parker.

Se levanta, se alisa la blusa y evita volver a mirarme directamente. La observo caminar hacia la puerta, con pasos rápidos y decididos.

—¿Jade? —digo en voz baja.

Se detiene en el umbral, pero no se vuelve.

—Buenas noches —susurro.

—Buenas noches, Cayden —responde sin girar la cabeza y desaparece en el pasillo oscuro.

Me quedo solo, con el vaso en la mano, mirando el lugar donde su mano estaba hace un instante. El chico que disfrazaba estatuas la habría detenido ahora mismo. El hombre que soy hoy la deja ir,

porque sabe que cada contacto abre un nuevo agujero en la defensa que tanto me ha costado construir.

Agarro la botella de scotch y bebo directamente de ella. El corazón me golpea las costillas como un animal enjaulado. Griffin tenía razón. Ella es un peligro. Pero no para mi negocio.

Es un peligro para la única mentira que aún sostiene mi vida: que no necesito a nadie.

12

Jade

El olor a granos de café tostados y a lana húmeda me golpea en cuanto empujo la pesada puerta de la pequeña cafetería. El aire aquí dentro vibra; es un organismo vivo hecho de tintineo de porcelana, siseo de máquinas de espresso y las conversaciones amortiguadas de los estudiantes en las mesas minúsculas. Es el polo opuesto al silencio estéril que envuelve la villa de Cayden como una campana de cristal masiva.

Hailey ya está sentada en un rincón, con el cuello de su abrigo de cachemira beige subido, tecleando rápido en su smartphone. Al verme, me hace una seña con una sonrisa amplia. Me abro paso entre las sillas, ignoro una mochila que casi me golpea la rodilla y me dejo caer en el banco de madera desgastada.

Mis dedos buscan casi por instinto el pequeño cuaderno de bocetos de cuero negro en mi bolso. Es mi ancla cuando el mundo se vuelve demasiado ruidoso. Cuando las palabras de los demás dejan de tener sentido, dibujo. Trazos de lápiz duros, sombreados precisos, mínimos detalles arquitectónicos; cosas que se pueden controlar, cosas que se quedan en su sitio.

—Parece que hayas intentado evitar el derrumbe de un estadio entero tú sola —me saluda Hailey, deslizando un vaso humeante de latte macchiato por la mesa desconchada.

—Exactamente así es como me siento —murmuro, sacando el cuaderno y abriéndolo, aunque dejo el lápiz de grafito quieto por ahora.

—¿Y bien? ¿Ya te ha puesto en la calle? —pregunta, mientras se reclina y me estudia con esa mirada familiar y penetrante—. ¿O ha intentado impresionarte con su nuevo helicóptero?

Sacudo la cabeza y no puedo evitar sonreír. —Ayer me confesó lo de la estatua de bronce de Sir Archibald. Con el flotador de flamenco y el palo soldado incluidos.

Hailey abre mucho los ojos. Su cucharilla de plata choca con estruendo contra el plato. —¿Ha admitido eso? ¡Dios, Jade, es un pequeño milagro! En su día casi les juró a papá y a mamá que estaba en su cuarto concentrándose mentalmente para la siguiente temporada. Ha guardado ese secreto como una caja fuerte.

—Nos reímos de ello —digo, y al recordarlo el corazón se me vuelve a encoger con dolor—. Por un momento estuvo totalmente relajado. No era el inversor multimillonario ni el dueño inalcanzable del club. Era simplemente Cayden, el chico de entonces que no le tenía miedo a nada.

La risa de Hailey se desvanece despacio. Remueve su café pensativa; el remolino de leche y espresso gira de forma hipnótica. —Ese es el problema con él, ¿verdad? Ves ese destello de autenticidad, ese núcleo al que querrías querer, y entonces levanta el puente levadizo antes de que puedas siquiera tomar aire. Se esconde tras ese mega-acuerdo como tras el muro de un castillo.

—¿Por qué es tan importante para él este proyecto, Hailey? —pregunto inclinándome hacia delante. Mi lápiz empieza a trazar el contorno del azucarero sobre el papel irregular del cuaderno—. Hayes le está presionando muchísimo. Se juega toda su liquidez, su reputación, todo. ¿Por qué no renueva el estadio que ya tiene? ¿Por qué este proyecto de miles de millones con todo ese lujo desmedido?

Hailey suspira profundamente. Aparta la vista y mira hacia la calle concurrida, donde los peatones luchan contra el viento gélido. —Cayden no construye edificios, Jade. Construye monumentos para su propia redención. Piensa que, si le regala a Montreal la construcción más moderna del mundo, nadie preguntará más qué

pasó realmente en Banff. Intenta cubrir las manchas feas de su biografía con mucho acero brillante y cristal.

—Pero se está haciendo daño a sí mismo —rebato, sombreando el lateral del azucarero con trazos rápidos y duros—. Hayes exige una imagen impecable, si no, retirará la financiación. Y Cayden reacciona atrincherándose aún más en su fortaleza y alejando a todo el mundo.

—Buena pregunta. Sospecho que tiene un miedo atroz a que alguien vea cómo es de verdad —dice Hailey en voz baja—. Que, en el fondo, sigue siendo el chico de Thunder Bay que no sabe qué hacer con toda su ambición y todo ese dolor.

Sacude la cabeza como queriendo ahuyentar los pensamientos pesados, y su expresión se vuelve más dulce. —¿Cómo están tus padres, Jade? ¿Cómo lleva tu padre lo de la residencia?

Dejo de dibujar. El peso de la realidad me hunde de nuevo contra el respaldo del banco. —Tiene días buenos y malos. En los malos no me reconoce. Mi madre se está desviviendo. Intenta mantenerse fuerte, pero los costes de los cuidados nos están devorando. Si no consigo el bono por este perfil, tendremos que trasladarlo, y eso le rompería el corazón.

Hailey pone su mano sobre mi brazo en un gesto de consuelo. —Sabes que puedes pedírmelo cuando quieras, Jade. Yo os ayudo.

—Lo sé —digo rápido para ahogar el pánico naciente. No puedo aceptar su dinero. No puedo permitir que la hermana de Cayden financie al hombre al que Cayden, en realidad, le ha dado un nieto—. Ya nos apañaremos. Saldremos adelante.

—¿Y Tim? —pregunta, cambiando de tema con tacto al notar cómo me pongo rígida—. ¿Qué hace tu hermano mayor? ¿Sigue con esa fase de búsqueda personal?

—Tim es Tim —respondo, y una sonrisa honesta asoma a mi rostro—. Acaba de fundar otra *startup*. Algo de tablas de surf recicladas en la costa oeste. No me preguntes por el plan de negocio, probablemente no tenga ninguno. Vive del aire, del amor y de un optimismo crónico.

—Al menos le apasiona algo —ríe Hailey—. Eso es más de lo que se puede decir de los hombres con los que me cruzo últimamente.

El marido de Hailey, Josh, falleció de cáncer hace unos años. Aunque no estoy segura de si una pérdida así se supera del todo, ella no se ha dejado vencer. Sus gemelos, Luke y Liam, son algo más jóvenes que Parker y siento un respeto inmenso por cómo los cría prácticamente sola. Al mismo tiempo, es humano que a su edad no haya cerrado la puerta al amor.

Levanto una ceja y dejo que el lápiz vuelva a deslizarse sobre el papel, empezando a dibujar el contorno de la taza de Hailey. —Hablando de pasiones... ¿Qué tal tu vida amorosa? Me hablaste de aquel tipo que en la primera cita buscó en Google los valores nutricionales de su ensalada.

Hailey gime alto y esconde la cara entre las manos, lo que provoca una mirada irritada de la pareja de ancianos de la mesa de al lado. —No me lo recuerdes, por favor. Estoy oficialmente maldita. Solo atraigo a hombres que viven en una simbiosis insana con sus madres o cuya mayor profundidad emocional es un juego de mánager de fútbol fantástico. Es un drama.

—Quizá deberías cambiar tus criterios de búsqueda. Mi hermano vuelve a estar soltero y busca inversores para sus tablas de surf —suelto, dibujando un tenedor exageradamente grande junto a la taza en mi cuaderno.

Hailey resopla divertida, retira las manos de la cara y da un sorbo a su café. —Tim es un encanto y ahora mismo está bastante

pasable, pero no, gracias. Además, tenemos nuestro pacto.

Mi lápiz se detiene en seco en mitad de un trazo fluido. La punta de grafito se clava en el papel y se rompe con un chasquido leve y fino.

—El pacto —repito en voz baja. Siento la boca seca de repente.

—No salimos con los hermanos de la otra —cita Hailey solemnemente, una regla que sellamos a los dieciséis años en el suelo de su habitación con vino barato y una bolsa de nachos—. Ya sabes: la familia es tabú. Evita dramas en Acción de Gracias y asegura la amistad.

El latte macchiato se me revuelve en el estómago. El pacto. Esa regla tonta, infantil, casi sagrada entre mejores amigas. Mi mente va a mil por hora. No solo rompí ese pacto a la ligera. Lo pulvericé. Lo hice pedazos aquella noche tras la victoria de la Copa en una suite de hotel; lo quemé con sudor y promesas susurradas, y de los escombros crié a un hijo.

La mientes cada día, Jade.

Y anoche, cuando Cayden estaba tan increíblemente cerca, cuando sentí el ritmo de su respiración pesada sobre mi piel y el fuego de la chimenea proyectaba sombras sobre nuestros rostros, estuve a milímetros de traicionar el pacto por segunda vez. Lo deseaba. Quería romper la distancia y lanzarme a esa catástrofe que sé positivamente que me destruirá.

—Eh, Tierra llamando a Jade. ¿Está todo bien? —La voz de Hailey me saca de mi espiral interna. Me mira preocupada—. Te has quedado pálida.

Me obligo a dejar a un lado el lápiz roto. Acaricio con el pulgar la línea dura marcada en el papel para ocultar el temblor de mis manos.

—Todo bien —consigo decir, forzando una sonrisa que se siente como una máscara de arcilla—. Solo pensaba en cómo reaccionaría Tim si aparecieras por allí. Probablemente intentaría venderte una tabla hecha de algas prensadas.

Hailey vuelve a reír, inocente y libre de cualquier sospecha. Sigue hablando de una visita a una galería y de un restaurante nuevo que quiere probar, pero sus palabras me llegan como si estuviera bajo el agua. Miro mi boceto. La taza, el tenedor, las sombras duras y cortadas. Parece un bodegón a punto de derrumbarse. Exactamente como mi vida.

13

Jade

Al llegar de nuevo a la villa de Cayden, cuelgo mi abrigo en el guardarropa del vestíbulo y me quedo, una vez más, impresionada por la pura magnitud de las estancias. Los techos son tan altos que la luz de los focos empotrados se pierde antes de alcanzar el suelo de mármol, liso como un espejo.

Subo deprisa la amplia escalera; mis tacones se hunden en la alfombra anudada a mano que engulle mis pasos por completo.

—¿Parker? —llamo al bajar la manilla de su puerta—. ¿Estás con los deberes?

Mi voz se pierde en la enorme habitación. Su mochila yace descuidada sobre la moqueta, con la cremallera abierta de par en par, y un cómic abierto descansa sobre las sábanas intactas. Una punzada de inquietud me atraviesa el pecho. Parker no suele salir de su cuarto en entornos extraños sin enviarme un mensaje antes. Saco el teléfono del bolsillo y presiono los números de su contacto con tanta fuerza que la yema de mi pulgar se queda blanca. El tono de llamada suena tres, cuatro veces, antes de que la voz del buzón me informe de que no está disponible.

Las dimensiones colosales de esta mansión hacen que el pánico empiece a subirme por la garganta. Recorro el pasillo de vuelta, con la mano deslizándose deprisa por la madera lisa de la barandilla mientras casi bajo los escalones corriendo.

En la planta baja, me dirijo decidida a la cocina y encuentro a Helena. Está frente a la extensa isla de mármol. El golpe rítmico y constante de su cuchillo sobre la tabla de madera forma un contraste bizarro con mi pulso acelerado.

—Helena, ¿ha visto a Parker? —pregunto. Me obligo a inspirar hondo para ocultar el leve temblor de mi pecho—. No está en su cuarto y no coge el teléfono.

La ama de llaves detiene su movimiento y aparta los trozos de verdura con la hoja del cuchillo. —El joven me preguntó hace media hora por palos de hockey viejos. Creo que está en el pabellón de entrenamiento, al fondo de la propiedad.

Asiento con rapidez, salgo de la casa por la puerta trasera del porche y me adentro en la luz del atardecer. El aire en Montreal sabe a tierra húmeda y a helada inminente. Sigo el sinuoso camino de grava, pasando bajo árboles antiguos cuyas sombras largas y estrechas se estiran como dedos sobre el césped impecable, hasta que la arquitectura metálica del complejo privado de Cayden se alza ante mí.

Empujo la pesada puerta de acero. De inmediato, me golpea ese olor inconfundible: una mezcla de agua congelada, desgaste de caucho y el filo metálico y frío de las cuchillas recién afiladas. Es un olor que, sin previo aviso, me catapulta once años atrás.

Entro en el pasillo de los espectadores, sumido en la penumbra, y me detengo en seco. Mis dedos se hunden en la tela de los bolsillos de mi abrigo.

Abajo, en la pista blanca y brillantemente iluminada, Parker da vueltas. Lleva una equipación prestada que le queda algo grande en sus hombros estrechos, y conduce un disco negro sobre las marcas con una concentración que hace que su rostro parezca mucho mayor.

Y no está solo.

Cayden está apoyado con aire relajado en la valla. Lleva un jersey antracita con las mangas remangadas hasta los codos y sigue cada movimiento de mi hijo con una intensidad vigilante, casi inquietante. La distancia física entre ellos es de varios metros y, sin

embargo, una cuerda invisible y vibrante parece tensarse desde el hombre en el borde de la pista hasta el niño en el centro.

—Tu centro de gravedad está demasiado alto, Parker —la voz de Cayden retumba en el pabellón vacío. No es un tono de reproche, sino una instrucción técnica y precisa—. Estás apoyado sobre las cuchillas en lugar de clavarlas en el suelo. La fuerza viene de los muslos, no de los hombros. Flexiona más.

Parker frena en seco. Una fina nube de cristales blancos salta sobre la línea roja. Él asiente, se limpia el sudor de la frente con el guante y flexiona las rodillas de forma notable. Coge impulso, echa el palo hacia atrás y dispara. El disco golpea con un estruendo seco y satisfactorio contra la red de la portería.

—Mejor —comenta Cayden asintiendo con aprobación—. Esta vez la muñeca estaba más estable. Si ahora ajustas el ángulo dos grados, el portero no verá el tiro hasta que ya esté dentro.

Me quedo en la sombra del pasillo, incapaz de dar un paso adelante o atrás. Un dolor sordo se extiende tras mi esternón y me corta el aire. Sigo observándolos y veo cómo Parker inclina ligeramente la cabeza mientras escucha las instrucciones de Cayden: una copia exacta del gesto que hace Cayden cuando analiza una estrategia. Veo los hombros anchos y tensos del hombre y los hombros estrechos y ávidos del niño. Comparten la misma postura, el mismo impulso instintivo hacia la portería, esa conexión inexplicable y profundamente arraigada con el deporte sobre el hielo.

Me muerdo el interior de la mejilla con tanta fuerza que siento el sabor metálico de la sangre en la lengua. He pasado más de una década haciendo lo imposible por proteger a Parker del cinismo de este hombre. Y ahora están los dos aquí, separados por mi red de mentiras, comunicándose en el único lenguaje que ambos dominan a la perfección.

Les estoy robando los años juntos, la naturalidad de una relación padre e hijo, las mañanas de domingo en los lagos helados, solo para mantener en pie mi propia y laboriosa mentira.

Pero no tengo otra opción. ¿O sí?

Parker da otra vuelta; el palo se desliza fluido sobre la superficie lisa. Cayden lo observa y, por un instante fugaz, la máscara dura e inalcanzable del multimillonario desaparece de su rostro. Mira al niño con una especie de respeto mudo, un reconocimiento honesto por el talento natural evidente que florece ante sus ojos.

No, no puedo decirles la verdad. Es demasiado peligroso.

Si Cayden supiera qué sangre corre por las venas de Parker, destrozaría este pabellón para reclamar a su hijo, o huiría despavorido ante la responsabilidad, empujándonos a todos al abismo.

Inspiro lenta y profundamente por la nariz, yergue los hombros y salgo de la sombra de las gradas hacia el haz brillante de los focos. Mis pasos sobre el suelo de caucho me anuncian.

El disco golpea una vez más contra el borde. Cayden gira la cabeza. Sus rasgos se cierran al instante; la suave aprobación da paso de nuevo a esa vigilancia fría que lleva como una segunda piel.

—¡Mamá! —grita Parker, deslizándose a una velocidad increíble hacia la valla. Su rostro brilla por el esfuerzo—. ¿Has visto eso? El tiro de muñeca sale mucho mejor si desplazo el peso. ¡El Sr. Miller me ha enseñado exactamente cómo calcular el ángulo!

Fuerzo las comisuras de mis labios hacia arriba, aunque los músculos de mi cara se sienten entumecidos. —Lo he visto, cariño. Vas increíblemente rápido. —Aparto la mirada deliberadamente de Parker y la clavo en el hombre que está a pocos metros—. No sabía

que el entrenamiento de patinaje estaba incluido en el contrato del perfil.

Cayden apoya los antebrazos en la valla. Su mirada es insondable, un lago profundo que no revela ninguna emoción. —El chico tiene una capacidad de comprensión impresionante. Sería un desperdicio dejarlo tropezar por la pista sin un buen entrenador. Su sentido del equilibrio es notable. ¿Has pensado alguna vez en apuntarlo a un club federado?

—Juega en el equipo de la escuela —evado, hundiendo las manos en los bolsillos de mi abrigo—. No tenemos tiempo para programas de élite caros. Además, los estudios son lo primero.

Cayden levanta una ceja, un desafío mudo que deja flotando en el aire. Sabe perfectamente que un talento de ese calibre no debería marchitarse en un equipo escolar mediocre. —El tiempo se saca, señorita Sterling. Solo hay que establecer las prioridades adecuadas.

Ignoro el comentario punzante y me acerco más al panel de cristal transparente. —Parker, déjalo ya, por favor. Tienes que ducharte y tenemos que ocuparnos de tu redacción de alemán.

Parker suelta un suspiro largo y sonoro, deja caer los hombros y golpea con el palo contra el material plástico de la valla. —Solo diez minutos más, mamá. Por favor. Acabo de cogerle el truco.

—Ahora, Parker —digo con un volumen que se impone al zumbido de los refrigeradores y no deja margen a la negociación.

Mi hijo murmura algo ininteligible, se da la vuelta y se desliza a regañadientes hacia los vestuarios situados al fondo. El clic metálico de la puerta resuena en la instalación y nos deja a Cayden y a mí a solas.

—Lo tienes con la correa muy corta —constata Cayden, apoyado inmóvil en el borde—. El chico tiene fuego. Si lo frenas

permanentemente solo para mantenerlo en tu burbuja cómoda, acabará explotándote en la cara.

El calor me sube directo a las mejillas. La pura arrogancia con la que disecciona mi crianza toca exactamente la fibra que él quería tocar. —No tienes la más mínima idea de nuestra vida, Cayden. Ves a un chico lanzando un disco a la red y en tu cabeza ya suenan los símbolos del dólar, los contratos publicitarios y la presión. Yo veo a un niño que merece una infancia normal. Lejos de todo el circo mediático que casi te hace pedazos a ti.

Su mandíbula se tensa antes de separarse de la valla y acercarse a mí. —¿Una infancia protegida? ¿Alojándolo en hostales de mala muerte frente al televisor mientras persigues un trabajo que odias profundamente? No te engañes, Jade. Lo mantienes pequeño porque tienes miedo de que algún día se te escape de las manos. *Spoiler*: va a pasar de todos modos.

El golpe es tan certero que, por un segundo, me quedo literalmente sin aire. No sospecha ni remotamente cuánta razón tiene. Obligo a mis pies a quedarse quietos sobre el suelo de caucho y levanto la barbilla con desafío.

Mis dedos buscan casi a ciegas el pequeño cuaderno de cuero en el bolsillo del abrigo. Me aferro al material liso como si fuera mi único clavo ardiendo en esta tormenta.

—No vamos a discutir sobre mis cualidades como madre, desde luego —sentencio, y mi voz recupera el tono de periodista profesional. Lisa, inalcanzable, distante—. Solo estoy aquí para recordarte nuestro horario. En exactamente una hora empieza el siguiente bloque de la entrevista. Estaría bien que fueras menos repelente; de lo contrario, los lectores pensarán que eres un imbécil aún más grande de lo que eres en realidad.

Cayden me escanea a fondo. Una sonrisa lenta y burlona asoma en la comisura de su boca mientras su mirada cae

deliberadamente sobre mis dedos crispados en el cuaderno de notas.

—En una hora puntual, señorita Sterling —sonríe, y el tratamiento de "usted" regresa al espacio como un arma desenfundada—. Traiga su libreta. Tendrá cada detalle que necesite para su historia. Pero no se haga ilusiones. Su distancia profesional no funcionará como solución a largo plazo. No mientras duerma bajo mi techo.

14

Jade

Tras dejar el pabellón de entrenamiento, Parker casi va dando brincos por el sinuoso camino de grava que conduce al edificio principal. Sus mejillas siguen muy rojas y agita las manos en el aire con entusiasmo mientras me explica una jugada por tercera vez.

—Tienes que girar la muñeca en el último momento, mamá. Justo cuando el peso está en la pierna delantera —parlotea sin parar —. Cayden... bueno, el Sr. Miller, dice que la mayoría de los porteros se fijan justo en ese milisegundo. Si lo retrasas, no tienen ninguna posibilidad.

Asiento y lo miro, intentando emitir algún sonido de interés. Pero mi mente sigue atrapada en el pabellón, con el hombre que se niega a bajar la guardia y que, al mismo tiempo, me clava el dedo en mis peores inseguridades con la precisión de un francotirador.

La vibración insistente en el bolsillo de mi abrigo me saca de mis pensamientos. Saco el teléfono y, al ver el nombre de mi madre en la pantalla, se me encoge el estómago de golpe.

Me detengo en el camino y le hago una seña a Parker. —Ve adelantándote, Parker. Te sigo ahora mismo.

—¡Vale! —grita alegre sobre su hombro, acelerando el paso hacia la enorme terraza.

Inspiro profundamente, pulso el botón verde y me pego el teléfono a la oreja. —¿Mamá? ¿Está todo bien?

—Jade, estoy en medio de tu cocina —suena su voz al otro lado. Se oye completamente agitada, con un temblor de angustia. De fondo, distingo el goteo irregular del grifo estropeado de mi fregadero—. El correo se amontona en el buzón, pero no hay ni rastro de vosotros. ¿Dónde estáis? ¿Dónde está mi nieto?

Cierro los ojos y me presiono con fuerza el puente de la nariz con los dedos. No le había contado nada del encargo exclusivo; quería ahorrarle la preocupación inevitable, pero ese plan idiota acaba de saltar por los aires.

—No estamos en el apartamento, mamá. Estamos bien —respondo, poniendo toda mi energía en mantener un tono sereno—. Collins me asignó un trabajo nuevo a última hora. Un reportaje en el que tengo que acompañar al objetivo las veinticuatro horas. No estaremos en casa en las próximas semanas.

Una inspiración brusca e incrédula suena a través del altavoz. —¿Un trabajo? ¿Te has vuelto loca? ¡No te llevas a Parker a tus viajes de investigación! ¿Dónde estáis exactamente?

La verdad amarga se me pega al paladar. Mi madre vivió en directo todo el colapso de hace once años. Ella secó mis lágrimas. Ella tiró a escondidas los recortes de periódico sobre los líos de Cayden. Ella me dio la mano cuando el médico giró la pantalla del ecógrafo y el latido diminuto retumbó en la consulta. Es la única persona en este mundo que sabe de verdad quién es el padre de Parker.

Siento que la siguiente mentira aflora en mí, queriendo salir de forma natural. Pero si hay alguien en el mundo a quien no puedo mentir, es a mi madre.

—Estamos en Westmount —murmuro finalmente. Tengo la garganta seca—. En casa de Cayden Miller. En su villa.

El silencio al otro lado de la línea lo dice todo. Es el horror absoluto de una madre que ve cómo su hija salta de cabeza hacia una sierra mecánica en marcha.

—¿Has perdido completamente el juicio? —susurra al fin. No grita, pero el pánico de su voz me asesta un golpe brutal en el estómago—. ¿Llevas al niño directamente a su casa? ¿Le sirves a ese hombre a su propio hijo en bandeja de plata después de que

hayamos luchado cada día durante más de una década para evitar precisamente eso?

—¡No tuve otra opción, mamá! —siseo débilmente al auricular. Camino unos pasos hacia los árboles, lejos de la casa.

—Siempre hay otra opción.

—Para ti es fácil decirlo. Collins me habría puesto en la calle en el acto. Y tú conoces nuestras finanzas mejor que nadie. Los pagos de la residencia de papá no dejan de subir. Mi sueldo ya no llega para nada. Haré este trabajo, entregaré el perfil y, con el bono, podremos asegurar la estancia de papá durante todo el año que viene.

Un sollozo leve y quebrado llega por la línea. El sonido me corta el alma; mi madre no llora casi nunca. Ni siquiera el día en que mi padre dejó de reconocerla y tuvo que ser ingresado.

—¿Mamá? ¿Qué ha pasado? —pregunto de inmediato. Toda mi actitud defensiva se desmorona—. ¿Es por papá?

—Ha tenido un brote muy fuerte esta noche —consigue decir. Oigo el roce de un pañuelo de papel—. Estaba totalmente desorientado y empezó a golpear al aire, Jade. Se cayó y se hizo una herida profunda en la cabeza. Los cuidadores tuvieron que inmovilizarlo. Los médicos dicen que los fallos neurológicos están aumentando rápido. Esta mañana lo han trasladado a la unidad de agudos.

Clavo las uñas en la corteza rugosa del viejo roble que tengo al lado hasta que el dolor me ancla a la realidad. Mi padre. El hombre fuerte e invencible que me llevaba sobre sus hombros por el bosque, ahora está atado a una cama de hospital, aterrorizado y atrapado en su propia mente desvanecida.

—Oh, Dios —susurro, mientras los ojos se me llenan de lágrimas calientes—. ¿Le han hecho radiografías? ¿Tiene dolores?

—Ahora duerme. Le están ajustando la medicación —responde. Su voz suena, de repente, infinitamente vieja—. La estancia en la unidad de agudos implica una atención mucho más intensiva. El director de la residencia me ha puesto los nuevos papeles sobre la mesa. El copago sube casi mil dólares al mes. No sabía cómo decírtelo. He venido aquí porque solo quería darte un abrazo.

Si existe un Dios en este mundo, me gustaría preguntarle qué coño estaba pensando al cargarle todo esto a mi familia.

Sin embargo, me yergo, enderezo la espalda y obligo a mis rodillas a sostener mi peso. No puedo derrumbarme. No aquí. No ahora.

—Escúchame bien, mamá —digo con una firmeza que saco de lo más hondo de mi ser—. Firma esos papeles. No te preocupes lo más mínimo por el dinero. El bono del contrato con el *Chronicle* está asegurado. Transferiré cada céntimo directamente a la cuenta de la residencia. Papá tendrá los mejores cuidados. No vamos a dejarlo tirado.

—Jade... —empieza ella, y el agotamiento cede ante ese miedo materno profundo—. Me preocupa tu padre, sí. Pero me dais mucho más miedo tú y mi nieto. Si ese hombre sospecha mínimamente a quién tiene delante... Cayden Miller no comparte. Se toma sin piedad lo que considera su propiedad. Tiene los millones y los abogados feroces para destrozarte en cualquier tribunal del país. Si se entera de que le has ocultado a su hijo durante once años, te quitará al niño por puro orgullo herido.

—No se va a enterar —digo, poniendo cada gramo de convicción en esas palabras. Me doy la vuelta y camino despacio por la grava hacia la mansión—. No quiere hijos, mamá. Me lo dijo a la cara en la cena. Para él, los niños no son más que factores de interferencia impredecibles.

—Estás jugando con fuego, hija mía —susurra triste—. Y te quemas con él una y otra vez. Él ya te hizo pedazos una vez. No

permitas que ahora destruya también el resto de tu vida.

—No lo permitiré. Lo prometo —respondo firme. Trago con dificultad el nudo masivo que tengo en la garganta y que me corta la respiración—. Ve a casa y descansa. Te llamo mañana por la mañana. Dile a papá que lo quiero en cuanto abra los ojos.

—Cuidaos mucho, Jade.

—Lo haré. Te quiero.

El clic de la conexión finalizada resuena en mi oído mientras bajo el teléfono y miro la pantalla oscura.

Mi padre está inmovilizado en una unidad de agudos. Mi madre se rompe bajo el peso de la responsabilidad. Y yo estoy en la casa del hombre que podría destruir mi existencia entera con una sola llamada a su abogado. Y por si fuera poco, le miento cada día a Hailey, la mujer que es más que una hermana para mí, fingiendo ser la amiga fiel cuando enterré nuestro pacto hace una eternidad en una habitación de hotel en Montreal.

Regreso y empujo la pesada puerta de cristal, deslizándome sin ruido por el pasillo trasero y evitando pasar por la cocina para no cruzarme con Helena.

Mi cuerpo funciona con el piloto automático. En la primera planta, abro a ciegas la puerta de uno de los enormes baños de invitados. Entro, cierro y giro la llave dos veces antes de apoyarme contra la madera.

El baño es absurdamente grande. Mármol oscuro, grifos de latón pesados, toallas blancas y esponjosas apiladas en estantes.

Mis rodillas ceden sin previo aviso.

Me deslizo por la puerta hasta acabar en las baldosas frías, encogiendo las piernas contra mi cuerpo. El dique que he mantenido

con todas mis fuerzas durante días se desmorona bajo la presión inmensa.

La primera lágrima quema en mi mejilla, un preludio de la inundación que ya no puedo controlar. Me presiono ambas manos contra la boca y me muerdo con fuerza la base de la palma para ahogar los sollozos como sea. Nadie en esta casa puede oírme. Ni Parker, ni el personal discreto, y mucho menos el hombre que probablemente esté ahora concentrado en sus informes de negocios.

El llanto sacude mi cuerpo sin piedad. No es un llanto silencioso y digno. Es una pérdida de control fea y asquerosa que me quema los pulmones y nubla mi vista con un velo de agua salada. Mi pecho sube y baja con espasmos dolorosos mientras trato desesperadamente de recuperar el aire.

La cantidad de mentiras me está consumiendo. Las mentiras a mi madre. Las mentiras a Hailey. Las mentiras al hombre cuyos ojos veo cada día en el rostro de mi hijo. Estoy haciendo malabares con antorchas encendidas sobre una cuerda floja que se comba.

Me acurruco sobre las baldosas duras, con el rostro hundido en mis manos húmedas. Para Collins, para Parker y, sobre todo, para Cayden Miller, tengo que ser la periodista dura a la que nada la altera.

Pero aquí, en el suelo frío de este palacio impecable, solo soy una mujer al límite de sus fuerzas, aterrorizada ante la idea de perder lo que queda de su vida a manos de un hombre que, hace once años, ya me rompió el corazón.

15

Cayden

El pesado corcho se desprende con un chasquido rotundo y profundo. Viendo el Burdeos color rubí en dos copas de cristal de cáliz ancho, ignoro el hecho de que normalmente detesto todo lo que no sepa a turba escocesa y barricas de roble quemadas. Esta noche necesito otro sabor en la lengua.

El fuego de la chimenea proyecta sombras inquietas en las paredes de libros de la biblioteca. Jade entra en la estancia y sus pasos sobre el parqué suenan notablemente más vacilantes que hace un rato en el pabellón de entrenamiento. Sus párpados están mínimamente hinchados; si no la conociera, juraría que se ha hartado de llorar.

¿Pero la conozco realmente? ¿Qué sé yo de ella, en realidad? Apenas nos hemos visto en los últimos doce años. Para ser sinceros, no desde la noche en que ganamos el título, cuando nos amamos con tanta pasión en mi habitación de hotel.

Mentiría si dijera que nunca pienso en esa noche. Al mismo tiempo, también mentiría si dijera que no me he acostado con muchísimas otras mujeres desde entonces. Y, sin embargo, hay algo en Jade que ninguna de esas otras tiene.

Se ajusta el cárdigan de punto grueso sobre los hombros, se deja caer en el sofá de cuero frente a mí y cruza las piernas.

Le deslizo la copa por la mesa baja de madera. Ella se queda mirando el líquido granate como si le acabara de ofrecer veneno puro.

—Parker duerme —dice, y su voz suena ligeramente quebrada. Abre su cuaderno de notas desgastado, saca la pluma de la espiral y

se refugia de inmediato tras su escudo profesional—. Sigamos, Sr. Miller. El perfil no se escribe solo.

Tomo mi copa, me reclino profundamente en el sillón y doy un trago generoso.

—Usted pregunta, señorita Sterling.

Se aclara la voz suavemente. —Los primeros años como profesional. El primer gran contrato millonario. Era un adolescente con una cuenta corriente que parecía el balance anual de una mediana empresa. ¿Qué le hace ese flujo repentino de riqueza a un hombre joven?

—Te convierte en un idiota —respondo sin rodeos, haciendo girar el vino en mi mano—. Vas un martes por la mañana a un concesionario y señalas tres deportivos solo porque te gustan los colores de la carrocería. Compras relojes tan pesados que a la larga te destrozan la muñeca. Todo el mundo te da palmaditas en el hombro. Todos se ríen de tus chistes malos. Te crees de verdad que el sol sale solo porque tú abres los ojos por la mañana.

Jade anota algo; su pluma vuela sobre el papel. —Los patrocinadores hacían cola literalmente. Usted era la imagen de fragancias caras, trajes de lujo a medida, coches. El mundo entero estaba a sus pies.

—El mundo solo quiere llevarte en volandas mientras pueda lanzarte desde lo más alto para ver con qué fuerza te estrellas contra el hormigón.

Ella levanta la vista. El agudo enfoque periodístico de sus ojos se mezcla con una curiosidad honesta, sin filtros. —Finalmente fue convocado para la selección nacional. El jugador más joven de toda la plantilla. El emblema de una nación entera.

—Esa fue la cima —gruño en voz baja—. El aire allí arriba era tan increíblemente fino que acabas perdiendo el juicio

inevitablemente. Dejas de ver a las personas de tu alrededor como seres humanos. Se convierten en atrezo de tu propia película sobreactuada.

—Y entonces llegó el campamento de entrenamiento en las montañas, en el pequeño pueblo de Banff —insiste ella, y su voz adquiere un matiz más dulce—. La ruptura. El día en que...

—Borramos esa excursión específica del protocolo —le corto con dureza. Mi pulso se acelera al instante—. Ese lugar no existe esta noche. Haz otra pregunta.

Jade deja la pluma quieta. Me mira con aire inquisitivo. —Forma parte inevitable de tu historia. De la evolución...

—Mi historia, mis reglas —la interrumpo de nuevo. La agudeza de mi tono no admite réplica. Señalo la mesa con la barbilla—. Bebe tu vino, Jade.

Parpadea, desconcertada por el repentino regreso al "tú" familiar, pero finalmente agarra la copa. Se la lleva a los labios y da un trago grande, imprudente. Suelta una pequeña tos cuando el alcohol denso le quema la garganta, pero un rubor cálido le sube de inmediato a las mejillas.

—Eras realmente insoportable de tan arrogante —dice, y con el descenso del nivel del vino también se desmorona su distancia formal. Deja la pluma junto al cuaderno—. ¿Te acuerdas de cuando apareciste en Thunder Bay con aquel deportivo rojo ridículo y casi te llevas por delante la valla del jardín del Sr. Canterbury al aparcar?

Una risa honesta y profunda escapa de mi pecho, sorprendiéndome a mí mismo. —Se bloqueó la pinza del freno. Al menos eso es lo que le juré solemnemente a mi padre antes de que me quitara las llaves del coche durante una semana entera.

Jade suelta una risita. El sonido es infinitamente cálido, un eco brillante y despreocupado que, por un momento, difumina las

paredes macizas de esta biblioteca. —Tu padre estaba furioso. Se plantó en la entrada gritando que ganarías millones, pero que seguías sin saber cómo mirar por el retrovisor.

—Tenía razón —admito, dando otro trago. El vino empieza a hacer efecto, relajando los músculos tensos de mi cuello.

Seguimos hablando. Sobre los anuncios estúpidos en los que tenía que decir frases escritas por agencias de relaciones públicas salidas del infierno. Sobre los trajes espantosos que llevaba en mis primeros años profesionales. El peso del día se va desprendiendo de nosotros capa a capa. Jade encoge las rodillas en el sofá, rodea la copa con ambas manos y me mira. El brillo duro de sus ojos ha desaparecido, sustituido por un destello casi melancólico.

Esa distancia, normalmente tan omnipresente entre nosotros, se reduce de una forma totalmente antinatural, aunque ninguno se mueva de su sitio.

—Estás increíblemente cansada de luchar constantemente, Jade —digo en medio del silencio crepitante.

Ella baja la mirada. Sus dedos se aferran al tallo de la copa. —Todos luchamos, Cayden. Solo que algunos saben disimularlo mejor que otros.

Dejo mi copa en la mesa, apoyo los codos en las rodillas y me inclino hacia delante. Su perfume embriagador, mezclado con la nota intensa del vino tinto, me atrae de forma irremediable.

—Entonces quítate la máscara de guerrera por un minuto —susurro.

Alargo la mano sobre la mesa baja. Mis dedos rozan el cuero de su cuaderno antes de deslizarlo suavemente hacia fuera de su mano y dejarlo caer sobre la madera. Ella no se retira.

Me levanto despacio, rodeo la mesa y me siento a su lado en el sofá. El calor que emana de su cuerpo quema a través de la fina tela

de su cárdigan. Levanto la mano y apoyo los dedos en su mejilla. Su piel es increíblemente suave. Mi pulgar acaricia la línea de su mandíbula y ella cierra los ojos por una fracción de segundo. Un suspiro leve y tembloroso roza mis labios.

Ya no hay una decisión consciente. La gravedad toma el control absoluto.

Mis labios encuentran los suyos. No es un choque precipitado, sino una colisión lenta y obligatoria. Sabe al Burdeos oscuro, a una nostalgia reprimida y a todos los años perdidos que se han apilado como un muro invisible entre nosotros. Deslizo mi mano en su cabello, la atraigo más hacia mí hasta que su pecho presiona contra el mío.

Jade devuelve el beso con una desesperación hambrienta. Sus manos se clavan en la tela de mi jersey. El mundo fuera de esta biblioteca deja de existir en este instante. No hay trato multimillonario por el estadio, ni Elias Hayes, ni mentiras. Solo este pulso acelerado bajo mis dedos y el jadeo fino en su garganta.

Intensifico el beso, quiero más de ella, pero de repente su cuerpo se tensa.

Sus manos, que hace un segundo se aferraban a mi jersey, se presionan planas contra mi pecho. Me aparta con un jadeo de pánico.

—No —suelta sin aliento.

La suelto de inmediato; mi propia respiración es pesada e irregular. —Jade...

—Esto... esto no puede ser —tartamudea. Tiene los ojos muy abiertos, un pánico salvaje brilla en ellos, como si acabara de asomarse directamente a un abismo.

Salta del sofá; sus movimientos son totalmente erráticos y descoordinados. Agarra el cuaderno a ciegas, arranca la pluma de la

mesa y casi tropieza con el borde de la alfombra.

—Jade, quédate aquí —digo intentando levantarme, pero ella levanta las manos en un gesto defensivo.

—¡Déjame en paz, Cayden! —replica, y su voz se quiebra por la mitad.

Se da la vuelta y sale prácticamente corriendo de la biblioteca. El leve eco de sus pies en la escalera desaparece rápido en la arquitectura colosal de esta casa.

Me quedo solo en el sofá, mirando las dos copas de vino a medio vaciar en la mesa y pasándome el dorso de la mano por la boca. Su sabor sigue pegado a mis labios.

16

Cayden

Tengo todo el cuerpo en tensión. Cada fibra de mis músculos está tan estirada que duele. Ese beso... no fue un tanteo cauteloso. Fue una recaída en todo lo que llevo intentando reprimir desde hace once años. Sus labios sobre los míos, suaves y exigentes a la vez; su cuerpo, que por un momento se apretó contra el mío como si quisiera más.

Y luego la retirada, el pánico en sus ojos, como si acabara de darse cuenta de quién soy. De quiénes somos.

Dejo el vaso sobre la mesa con los dedos temblorosos, derramando unas gotas rojas sobre la madera pulida. Al diablo. Las manchas encajan con el caos que tengo en la cabeza. Tengo que salir de aquí antes de hacer alguna estupidez, como ir tras ella y estamparla contra la pared más cercana.

Salgo de la biblioteca y subo la escalera con pasos duros y rápidos. Al pasar por la puerta del ala este, la tentación me quema por dentro; las ganas de entrar y tomarla. Me la imagino ahí, tras la puerta, con la espalda apoyada contra la madera, tan sin aliento como yo. Con el pelo revuelto, las mejillas encendidas, los labios aún hinchados por nuestro beso. Veo cómo la agarro, cómo ahogo sus protestas con un beso y la someto ahí mismo, sobre la alfombra, hasta que vuelva a gritar mi nombre. Hasta que se retuerza bajo mi cuerpo, clave sus uñas en mi espalda y me suplique más.

—Contente, Miller —gruño entre dientes.

Llego a mi dormitorio, me quito el jersey por la cabeza y lo lanzo a una esquina. La camisa lo sigue; los botones protestan cuando los arranco con impaciencia. Algunos saltan y ruedan por el suelo, pero no me importa. Mi reflejo en el cristal oscuro del ventanal parece el de un loco. Tengo las pupilas tan dilatadas que el

azul de mis ojos apenas existe. Mi pecho sube y baja con pesadez, los músculos tensos como si estuviera listo para una pelea. Y abajo... estoy excitado, de una forma tan masiva que me provoca un dolor casi físico. El pantalón me aprieta y cada movimiento roza de forma desagradable, recordándome lo que no puedo tener.

Cada vez que cierro los ojos, vuelvo a sentir la presión suave de sus labios y ese jadeo corto y hambriento en su garganta justo antes de que la atrapara el pánico. Ese sonido... fue como una chispa en yesca seca. Prendió todo lo que llevaba años manteniendo bajo control. No puedo pensar, no puedo respirar sin que ella esté en mi cabeza.

Entro en el baño y abro el grifo de la ducha al máximo. No espero a que el agua se caliente. Necesito el frío. El frío punzante y chocante que me saque de esta locura. Me desnudo por completo y me meto bajo el chorro helado.

El agua golpea mi pecho como picaduras de aguja, corre por mis hombros, por mi espalda, sobre las viejas cicatrices que me recuerdan batallas pasadas. Pero no me alivia. El frío muerde, pero el fuego bajo mi piel quema más. Arde, se extiende; apoyo ambas manos contra las paredes de mármol frío de la ducha y dejo caer la cabeza. El agua fluye sobre mi espalda, sobre mis cicatrices, pero mi mente está a kilómetros de distancia.

La veo delante de mí. No a la periodista con sus preguntas afiladas y su pose profesional. Sino a la Jade que estaba sentada en mi sofá hace un momento, la Jade que me besó como si no hubiera un mañana. Me imagino cómo sería si estuviera aquí conmigo bajo el agua. Su piel mojada y brillante, las gotas resbalando por sus curvas, por sus pechos, su vientre y más abajo. Veo sus pezones endurecerse por el frío, sus labios entreabiertos mientras busca aire.

Mi fantasía cobra vida, se vuelve demasiado real. Me imagino de pie tras ella, mis manos firmes en sus caderas mientras hundo mi cara en su nuca mojada.

Le daría la vuelta, la presionaría contra la pared, el mármol frío en su espalda y mi cuerpo frente al suyo, caliente y duro. Mis labios sobre los suyos, hambrientos, exigentes, sin más vacilaciones. Sin juegos. Solo nosotros.

Bajo la mano por mi cuerpo y agarro mi sexo endurecido, que ya no puede esperar más para liberarse. Cierro los ojos y vuelvo a estar en aquella habitación de hotel en Montreal. Veo a Jade desnuda sobre la cama, con las piernas abiertas y los ojos oscurecidos por el deseo. "Cayden", susurra, y su voz suena ronca y suplicante.

En mi fantasía ella está aquí, ahora. La levanto, sus piernas se enredan en mi cintura y entro en ella, duro y profundo. El agua cae sobre nosotros, volviéndolo todo resbaladizo e intenso. Ella suelta un jadeo, sus uñas se clavan en mis hombros, dejando marcas en mi piel. Empujo, una y otra vez, sintiendo su estrechez, el calor que me rodea. Es perfecta, encaja conmigo como ninguna otra. Cada embestida es un reclamo de propiedad, un intento de borrar los años de separación.

Me la imagino echando la cabeza hacia atrás, con su pelo mojado pegado a la pared, gimiendo mi nombre. "Cayden... por favor...". Sus manos recorren mi espalda, le muerdo el cuello, succiono la zona sensible bajo su oreja y ella tiembla, apretándose más contra mí. Mis manos recorren sus pechos, amasándolos, rodando sus pezones entre mis dedos hasta que gime.

La fantasía escala. Le doy la vuelta, presiono su torso contra la pared, con sus manos planas sobre el mármol. Su trasero se presiona contra mí, invitándome y exigiéndome. La agarro del pelo, tiro de su cabeza ligeramente hacia atrás, beso su nuca mientras entro en ella de nuevo. Desde atrás, más hondo, más fuerte. El agua corre sobre nosotros, volviendo los movimientos fluidos y animales. Ella se empuja hacia mí, adaptándose a mi ritmo, y me pierdo en ella. Cada estocada es rabia, es nostalgia, es la pasión reprimida de años.

Mi mano se mueve ahora más rápido, el agarre es más firme. Me imagino cómo llega al clímax, sus músculos contrayéndose a mi alrededor, su cuerpo temblando. Suelta un grito, su gemido resuena en la ducha mezclándose con el estruendo del agua. Y yo la sigo, empujo una última vez profundamente, descargándome en su interior, marcándola como mía.

Pero solo es una fantasía. Mi mano no es un sustituto para ella. El clímax se acumula, la tensión en mi interior se vuelve insoportable, una ola que me arrolla. Aprieto los dientes, un gruñido escapa de mi garganta y entonces todo explota. Violento, descontrolado, me presiona contra las baldosas. Mi respiración es entrecortada, apoyo la frente contra la piedra fría mientras el agua cae implacable sobre mí. La liberación me recorre, hace que me tiemblen las piernas... y, sin embargo, no me siento satisfecho.

El alivio ha sido solo un sustituto barato de lo que realmente necesito. Miro mi reflejo en el cristal empañado y me paso el dorso de la mano por la boca. El deseo no se ha ido; al contrario, se ha clavado aún más hondo en mi interior.

Me seco mecánicamente, sin mirar de verdad. Mis pensamientos giran en torno a Jade.

Me pongo un pantalón cómodo, me tumbo en la cama y me quedo mirando el techo. La luna proyecta una luz plateada a través de las cortinas, dibujando sombras en las paredes. Pero en mi cabeza está oscuro, lleno de imágenes de ella. Me la imagino tumbada en su habitación, quizá también despierta, quizá pensando también en mí.

17

Jade

What the fuck. Me había prometido a mí misma mantener las distancias con Cayden. Ha funcionado exactamente tres días. Al menos logré echar el freno de mano antes de que pasara algo más. Y aun así, anoche apenas pegué ojo porque mi cabeza se negaba a darme tregua.

Ahora estoy sentada desayunando, intentando fingir que todo está en perfecto orden. Mi mirada viaja hacia la pantalla digital del microondas, que marca las siete y media.

A mi lado, sentado en el taburete de la barra, Parker devora una tortita ahogada en sirope de arce. El olor dulce y extremadamente pegajoso flota en el aire cálido de la enorme cocina. Él balancea el pie al ritmo de alguna canción imaginaria contra el revestimiento de la isla y navega por las tablas de clasificación de hockey en su tablet con una concentración total. El sonido de su masticación es lo único que se oye en la estancia, hasta que, de repente, la puerta se abre de par en par.

Se me vuelca el estómago y me aferro a la cerámica caliente de mi taza con tanta fuerza que me duelen las articulaciones. Me preparo para la confrontación con Cayden; espero una mirada de reproche, una vacilación en el umbral, cualquier señal de que aquel estallido explosivo en la biblioteca ocurrió de verdad.

Pero cuando entra en la cocina, no pasa absolutamente nada de eso.

Lleva un pantalón de tela azul oscuro de corte estrecho y una camisa gris claro con las mangas remangadas hasta los antebrazos. Tiene el pelo impecable. Ni una sombra oscura bajo los ojos, ni tensión en los hombros. Desprende ese olor insultantemente fresco

a gel de ducha caro y una naturalidad tan dominante que me dan ganas de estampar mi taza de café contra la pared.

—Buenos días, enano —dice al pasar, revolviéndole el pelo a Parker por un instante.

Parker sonríe con los carrillos llenos; una gota de sirope le cuelga de la barbilla. —Buenos días, Sr. Miller. Las tortitas de Helena son una pasada. Se está perdiendo algo grande.

—Yo prefiero limitarme a la cafeína —responde Cayden, dirigiéndose decidido hacia la cafetera y pulsando el botón de un espresso.

Gira la cabeza hacia mí. Su mirada encuentra la mía. Pero no hay nada. Ni un destello oculto, ni una milésima de segundo de más en mi boca. Me mira como si fuera una empleada cualquiera con la que se acaba de cruzar por casualidad en la sala de descanso.

—Buenos días, señorita Sterling —dice, agarra un azucarero y deja caer media cucharada en su tacita—. Espero que haya pasado una noche agradable.

Trago saliva con dificultad. Este tipo tiene seriamente la sangre fría de plantarse aquí y borrar por completo de los archivos el beso, mi huida de pánico y toda la tensión sexual.

—La cama era excelente, gracias por preguntar —suelto entre dientes. Mi voz sube media octava más de lo previsto. Me obligo a devolverle la mirada sin parpadear. Si quiere jugar a esto, jugaremos. No le voy a dar el gusto de ser la primera en derrumbarse.

Cayden se apoya con una mano en el borde de la isla, se lleva la taza a los labios y bebe. Me observa por encima del borde de porcelana. Una mínima contracción, extremadamente lenta, en la comisura derecha de su boca me revela que está disfrutando al

máximo de mi irritación. Sabe perfectamente que no he pegado ojo mientras él posa de anfitrión relajado.

—Los Royals juegan hoy en casa, ¿verdad? —salta Parker de repente, limpiándose el sirope de la barbilla con la manga y tecleando emocionado en su pantalla—. Contra los Vipers. Es un partido crucial para los puestos de *playoff*. Los Vipers tienen una defensa asquerosa, pero nuestra línea de ataque es mucho más rápida.

Dejo mi café sobre el plato con un golpe demasiado fuerte. —Parker, hoy tenemos muchas tareas pendientes. Tienes que revisar la redacción de alemán, terminar los deberes de mates para el lunes y yo tengo que transcribir mis notas de ayer.

A Parker se le caen los hombros al instante. Aparta el plato a medio terminar y me mira con esa típica expresión de perrito abandonado, en la que los ojos exactamente iguales a los de Cayden me taladran la cara. —¡Pero es viernes, mamá! Tenemos todo el día de mañana para las mates. ¿No podemos ir al partido? ¿Por favor? ¿Solo esta vez?

—No —digo con firmeza, sacudiendo la cabeza.

—Claro que sí —dice Cayden exactamente al mismo milisegundo.

Nuestras voces chocan de frente. Me quedo sin aire, me giro en el taburete y le lanzo a Cayden una mirada que debería prenderle fuego en el acto. Él deja su taza vacía en el fregadero con toda la calma del mundo y cruza los brazos. La fina tela de su camisa se tensa sobre sus bíceps.

—Tiene un partido en casa de su propio equipo prácticamente en el jardín, señorita Sterling —constata Cayden. Inclina la cabeza mínimamente—. Sería un desperdicio absoluto tenerlo aquí encerrado simplificando fracciones mientras abajo en la ciudad ocurre la verdadera matemática del juego.

—Eso no lo decides tú, desde luego —le espeto. El "tú" se me escapa antes de que pueda volver a levantar la distancia profesional. Me aferro al borde de la isla de cocina—. No voy a arrastrar a mi hijo a un estadio abarrotado donde solo acabará estorbando y te arruinaremos la noche.

Cayden rodea la isla despacio y se planta justo al lado de mi taburete. La distancia entre nosotros se reduce a la longitud de un brazo.

—Soy el dueño de este club, Jade —declara, mirándome directo a los ojos—. Estoy presente en cada partido en casa. Sin embargo, no sigo estos partidos entre aficionados que beben cerveza en asientos plegables, sino en mi palco privado. Allí nadie estorba. Hay mucho espacio, una vista sin interrupciones y, probablemente, un catering mejor del que hayas visto jamás en una tribuna de prensa.

—Aun así, no vamos a... —empiezo, pero él se inclina un poco más y me corta la palabra.

—Usted firmó un contrato —me recuerda, volviendo al "usted". Sus ojos se entornan en dos rendijas azules. El hombre de negocios ha tomado el mando—. Acceso sin restricciones. ¿Quiere escribir un perfil sobre el hombre que pretende construir un estadio de miles de millones? ¿Quiere entender por qué invierto mi dinero en este club? Entonces tiene que ver cómo juega mi equipo. Mi vida esta noche transcurre en ese palco. Si se toma su trabajo en serio, vendrá. Y el niño vendrá con nosotros.

Utiliza mi propia obligación profesional como una palanca para invalidar mis argumentos. Me acorrala sin piedad. Y lo peor de todo: tiene razón. Si quiero entregarle este reportaje a Collins, tengo que observar a Cayden en su elemento. Tengo que anotar cómo maldice cuando sus jugadores fallan un pase. Tengo que ver cómo despacha a los patrocinadores en el palco.

Miro a Parker. Mi hijo contiene el aliento y nos mira a Cayden y a mí con los ojos muy abiertos, pasando de uno a otro. La ilusión

brilla tanto en su rostro que vuelvo a sentir una punzada profunda. Si digo que no ahora, le romperé el corazón. Y Cayden lo sabía perfectamente cuando jugó sus cartas.

—Está bien —suelto finalmente entre dientes. Me niego rotundamente a mirar a Cayden y clavo la vista en las vetas oscuras del granito—. Iremos. Pero Parker hará sus deberes mañana por la mañana sin discusión.

—¡Sí! —grita Parker, saltando del taburete y levantando ambos puños como si acabara de ganar la copa—. ¡Va a ser genial! ¡Voy a ponerme la camiseta azul ahora mismo!

Sale disparado de la cocina. Sus zapatillas chirrían sobre las baldosas, la puerta se abre y se cierra, y entonces un silencio atronador nos envuelve a Cayden y a mí.

Levanto la cabeza despacio y Cayden sigue ahí, increíblemente cerca. La máscara técnica de dueño del equipo se ha desplazado un milímetro. Una expresión de satisfacción profunda y acechante asoma en sus rasgos.

—Estás jugando sucio, Cayden —susurro. Tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos—. Actúas como si estuvieras relajado, como si anoche no hubiera pasado absolutamente nada, y al segundo siguiente me obligas a meterme en un palco contigo donde estaremos atrapados el uno junto al otro media noche.

Apoya una mano plana sobre mi muslo, se inclina sobre mí y acerca su rostro tanto al mío que huelo su *aftershave*, que casi me hipnotiza.

—No la obligo a nada, señorita Sterling —dice. Su voz vibra en lo profundo de su pecho—. Simplemente me ciño a los acuerdos contractuales. Usted quería acceso sin adornos. No quería evasivas. Pues bien, va a recibir exactamente lo que firmó.

No retrocedo ni un milímetro en mi taburete, aunque mi cuerpo se pone en alerta roja ante su cercanía. —Esto no tiene nada que ver con el contrato. Solo quieres desestabilizarme.

Una sonrisa de depredador aparece en sus labios. —Si se deja desestabilizar por un simple partido de hockey, definitivamente se ha equivocado de carrera en esta profesión tan dura. ¿O es que tiene pánico de estar conmigo en una habitación donde no hablemos de balances?

—No te tengo ningún pánico —siseo, bajándome por fin del taburete y chocando bruscamente contra su brazo al pasar.

—Excelente —dice él, retrocediendo medio paso y ajustándose el puño de la camisa como si ni siquiera lo hubiera rozado—. Entonces póngase algo adecuado. Henry sacará el coche a las dieciocho horas. No le amargue la noche al chico luego con su mal humor.

Se da la vuelta y sale de la cocina con esos pasos tranquilos y despreocupados, dejándome sola frente a la barra.

Ese imbécil. No es que finja que no pasó nada. Desearía poder decir que todo esto me deja fría. Pero no es así.

18

Cayden

Observo la expresión de Parker mientras Henry conduce el pesado Bentley por la empinada rampa de hormigón hacia el garaje subterráneo VIP del estadio. Los fluorescentes pasan sobre el barniz reluciente del capó como franjas blancas y borrosas.

El chico no deja de moverse en el asiento de cuero de la parte trasera. Tira del cuello de su camiseta azul y mira fascinado los enormes pilares de la estructura por los que pasamos. Jade está sentada justo a su lado. Lleva una americana negra sencilla sobre un top de seda fina. Aunque al principio se oponía a esta salida, parece expectante por lo que pueda ocurrir esta noche.

El coche se detiene suavemente ante la entrada reservada. Leon, el robusto jefe de seguridad del turno, se acerca de inmediato y abre mi puerta con un movimiento fluido. El estruendo amortiguado de las diez mil personas que ya llenan el pabellón se transmite hasta aquí abajo como un zumbido permanente en el suelo.

—Buenas noches, jefe —me saluda Leon mientras se ajusta el cuello del uniforme—. Elegante traje el de hoy.

Bajo del coche y me abrocho la americana. —Gracias, Leon. ¿Qué tal esa rodilla izquierda? ¿Ha servido de algo la fisioterapia después del esguince de la semana pasada?

Una sonrisa se extiende por su rostro mientras apoya el peso en la pierna a modo de prueba. —Mucho mejor. Dele las gracias al médico del equipo de mi parte. Ese hombre tiene manos de santo.

—Se las daré. No dejes que entren demasiados patrocinadores a la vez en el palco, necesito un poco de aire para respirar esta noche.

Espero a que Jade y Parker bajen del coche y saludo con la cabeza a Rita al pasar. Ella está empujando un carrito metálico lleno de cajas de catering hacia los ascensores de servicio. —Rita, tu hijo tiene el examen final de acceso a la universidad el lunes, ¿verdad? Dale ánimos de mi parte. Se ha preparado mucho para esto.

La mujer se detiene en seco y radia alegría. —Se lo diré, Sr. Miller. Está muertito de nervios.

—Lo logrará —sentencio y me dirijo al ascensor de pasajeros.

Entramos en la cabina espaciosa y Parker pregunta de inmediato: —¿Qué planta?

—Pulsa el tres —respondo mientras las puertas se cierran tras nosotros.

Al llegar arriba, las puertas se deslizan sin ruido revelando el *Diamond Club*. El espacio es gigantesco, un paisaje abierto de sillones de cuero, ventanales infinitos y una barra exenta que parece a punto de ceder bajo el peso de incontables botellas de cristal. Al lado está la zona del restaurante, donde los primeros inversores y miembros de la junta ya se inclinan sobre sus platos bajo una luz tenue. El aire vibra, cargado del aroma de perfumes caros, el tintineo de cubiertos de plata y la inevitable y voraz expectativa de una victoria.

Jade atrae a Parker instintivamente un paso tras ella. Escanea la enorme sala como un perro guardián que detecta una amenaza en cada esquina y quisiera proteger a su cachorro. Me acerco a ella y apoyo la mano plana en la parte baja de su espalda. Es solo un contacto fugaz, pero ella se sobresalta al instante, como si la hubiera rozado con una llama viva. —Vamos hacia delante. Allí estaremos tranquilos, lejos de los demás trajeados, y Parker tendrá la mejor vista.

Nos dirigimos a un rincón apartado frente al enorme ventanal panorámico. Bajo nosotros se extiende la inmensa pista blanca. Las

gradas se llenan rápido; un estruendo ensordecedor estalla cuando los primeros jugadores saltan al hielo para calentar. Las vibraciones de la multitud suben por los cristales. Parker pega la nariz al cristal frío, totalmente cautivado por la velocidad de los atletas.

—Así que aquí escondes a nuestra invitada más importante del mes —una voz alta y divertida corta el ruido de fondo.

Alex se abre paso hábilmente entre dos patrocinadores y se planta ante nuestra mesa. Lleva una americana gris, una sonrisa ganadora y la ligereza inquebrantable de un hombre que siempre encuentra las palabras adecuadas. Le da la mano a Jade antes de que yo pueda abrir la boca.

—Alex Mercer. Nosotros gestionamos el papeleo. Es un honor conocer a la mujer que obliga a Cayden a comunicarse por fin como un ser humano normal.

Jade le estrecha la mano. Una sonrisa honesta y sin tensiones asoma a sus labios, provocándome una punzada violenta e incontrolada en el pecho. —Jade Sterling. Y créame, la comunicación por ahora va muy lenta.

—Eso es por su cabeza testaruda —ríe Alex con fuerza y se sienta sin invitación en el sillón libre junto a Parker—. Solo tienes que llevarle la contraria. En cuanto nota que su tono de gruñón no funciona, se vuelve dócil. Y tú debes de ser Parker, ¿verdad? Me han dicho que analizas nuestra defensa mejor que el entrenador jefe.

Parker aparta la vista del cristal, radia felicidad y asiente con entusiasmo.

Me reclino relajado en el sillón y observo la escena. La tensión asfixiante de las últimas veinticuatro horas se evapora a cada minuto que pasa mientras Alex inunda la sala con su carisma natural. Jade respira con más profundidad, relaja los hombros y, por primera vez en todo el día, no veo ante mí a la periodista mordaz, sino a la

mujer que anoche sostenía la copa de vino en mi biblioteca y temblaba bajo mis manos.

—Podemos borrar definitivamente el "usted" de nuestro vocabulario —suelta Alex, deslizando la carta de bebidas de cuero sobre la mesa—. Yo soy Alex. Tú eres Jade. Y ese de ahí es el tipo que paga las facturas de todo esto. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —dice ella, mirándome fijamente.

El árbitro lanza el disco abajo y el estadio ruge. Una sacudida física recorre a las diez mil personas de las gradas, una energía colectiva que electriza el aire. A partir de ese momento, los patrocinadores del fondo dejan de existir para mí. Ignoro las risas de la barra y me concentro totalmente en lo que ocurre abajo. Para mi propia sorpresa, Parker comenta cada jugada conmigo de tú a tú.

—Los Vipers están cerrando mucho el flanco izquierdo —grita por encima del ruido y señala con el dedo la formación del equipo contrario—. Si nuestro número nueve da el pase un segundo antes, rompe la defensa por completo.

—Exactamente ese es el fallo del sistema —asiento, inclinándome hacia él para seguir la jugada—. Los Vipers esperan que entremos por el centro. Si retrasamos el ritmo, se crea un hueco enorme justo en la línea azul.

Menos de dos minutos después, cae el primer gol de los Royals. El disco entra imparable en la red. La sirena aúlla con fuerza y la luz roja tras la portería parpadea histérica. Parker levanta los brazos y celebra a pleno pulmón. Le doy una palmada en el hombro, un reflejo impulsivo e instintivo que no puedo contener. La musculatura bajo su camiseta se tensa, él me sonríe y, por un momento, comparto simplemente el entusiasmo puro de este chico.

Al girar la cabeza, atrapo la mirada de Jade. Casi no ha seguido el juego en los últimos minutos. Nos observa. Un brillo dulce e infinitamente cálido ilumina sus ojos azules, golpeándome con la

fuerza de un impacto directo en el estómago. En ese instante, la reportera armada desaparece por completo. Baja su guardia y lo que queda a la vista me corta la respiración. Es una mezcla de afecto y una melancolía profunda y dolorosa que no alcanzo a comprender.

El partido termina cinco a dos a nuestro favor. Una victoria dominante y sin fisuras que caldea el ambiente en todo el palco. Alex pide de inmediato otra ronda de *gin-tonics*. Brindamos, y esta vez ella no bebe solo por compromiso; vacía el vaso de un trago.

Cuando bajamos al garaje una hora después, el subidón de adrenalina ha cedido ante un calor agradable. El viaje de vuelta a Westmount transcurre en un silencio cómodo. Parker se queda profundamente dormido a los tres minutos exactos. Su cabeza descansa en el hombro de Jade, tiene la boca entreabierta y respira profundamente contra la tela de su americana.

El Bentley se desliza con suavidad por las calles mojadas de Montreal. Estoy sentado frente a ellos y no puedo apartar la vista del rostro de Jade. Se ha quitado los zapatos y ha encogido las piernas sobre el asiento. La periodista estricta se ha perdido en algún lugar entre el tercer *gin-tonic* y el cuarto gol de los Royals. Tiene los párpados pesados y una sonrisa dulce y relajada en los labios.

El coche toma una curva larga. La rodilla de Jade se desliza y choca suavemente contra la mía. Esta mañana, en el desayuno, se habría retirado al instante pidiendo disculpas y pegándose a la puerta tanto como fuera físicamente posible. Ahora se queda así. No retira la pierna. El calor de su cuerpo quema a través de la fina tela de mi pantalón directo a mis nervios. Mi mano descansa sobre el cuero del asiento y las yemas de sus dedos rozan mis nudillos de forma casi imperceptible. Un chispazo eléctrico que me enciende la sangre. Giro la mano despacio y acaricio su dedo con mi meñique. Ella inspira hondo, pero no retira la mano.

Henry detiene el coche suavemente ante el gran portal de la villa. El motor se apaga.

—Deja, Henry —murmuro cuando él intenta abrir la puerta desde fuera. Bajo yo mismo, doy la vuelta y me acerco al lado de Jade. Me inclino hacia el interior del coche; el olor de su perfume y el leve rastro de alcohol se mezclan en un cóctel que me roba el juicio—. Yo lo llevo.

Jade asiente muda y se aparta un poco. Deslizo mis brazos bajo las rodillas de Parker y su espalda. Él murmura algo ininteligible, apoya la cabeza instintivamente contra mi pecho y sigue durmiendo. Entramos en la casa y Jade sube descalza junto a mí la amplia escalera hacia el ala este; sus pasos son totalmente silenciosos sobre la alfombra.

Llevo a Parker a su cuarto y lo dejo con cuidado en el colchón. Jade se pone a mi lado, le quita la camiseta con suavidad, lo tapa con la manta y ajusta la almohada. Su mano se queda un momento de más en su mejilla; una expresión de amor tierno y absoluto que me hace contener el aliento.

Salimos al pasillo y Jade cierra la puerta con un clic suave. Entonces se gira hacia mí. Todavía tiene las mejillas algo encendidas por el alcohol; su pecho sube y baja demasiado rápido. Me mira y ya no hay defensas. Ni excusas, ni libretas, ni distancia protectora. Solo está ese deseo ardiente y desprotegido que nos ha tenido al límite todo el trayecto en el coche.

—Cayden —susurra. Su aliento cálido roza mi barbilla, una mezcla de advertencia y capitulación total.

No le doy oportunidad de formular otra excusa. Me inclino, paso un brazo tras sus rodillas, el otro firme en su espalda y la levanto en vilo. Ella suelta un jadeo leve. La sorpresa la deja petrificada un segundo antes de que sus brazos se enreden instintivamente en mi nuca para no caer. Sus curvas suaves se presionan contra mi pecho.

—¿Qué haces? —alienta, pero en su voz no hay ni rastro de resistencia real. Sus dedos se hunden en el pelo de mi nuca.

—Voy a terminar exactamente lo que empezamos anoche en la biblioteca —susurro contra su piel cálida.

Me giro y la llevo por el pasillo largo. Lejos del ala de invitados, pasando bajo los retratos mudos de las paredes, directo hacia las macizas puertas dobles de mi propio dormitorio. Y esta vez, no pienso dejar que se me escape de nuevo.

19

Jade

Los pasos de Cayden son silenciosos sobre la alfombra gruesa. Siento la cabeza pesada contra su hombro; su aroma familiar —esa nota masculina y cruda que solo le pertenece a él— me nubla los sentidos por completo. Me aferro a su nuca, sintiendo los tendones tensos bajo mis dedos y el latido rápido y fuerte de su corazón justo contra mi pecho.

Las puertas dobles de su dormitorio se abren de par en par. Me lleva dentro y cierra la puerta con una patada brusca; el estruendo resuena en la habitación. La luz tenue de las farolas se filtra por los ventanales, pero yo solo veo la vena pulsante en su cuello, que late rápido, igual que el pulso entre mis muslos.

No me lanza a la cama. En su lugar, me presiona con la espalda contra el panel de madera fría junto a la puerta. Sus manos grandes agarran mis caderas, se deslizan bajo el dobladillo de mi americana y me atraen hacia él con tanta fuerza que siento cada centímetro duro de su erección a través del pantalón.

Sus labios chocan contra los míos. El beso sabe a ginebra, a desesperación y a hambre pura. Me abro a él de inmediato, dejo que su lengua se deslice profundamente en mi boca, succionándola, tirando de su pelo para acercarlo aún más. Mis dedos tiran con impaciencia de los botones de su camisa, pero él simplemente se la arranca del cuerpo. Luego, me quita la americana de los hombros, agarra el dobladillo de mi top de seda y me lo quita por la cabeza con un solo movimiento brusco.

Su mirada se clava en mi piel desnuda. Mi pecho sube y baja rápido; mis pezones ya están duros, dolorosamente sensibles. Me mira como si quisiera devorarme. —Joder, Jade... —dice, antes de bajar la cabeza y tomar uno de mis pezones en su boca. Succiona con fuerza, muerde ligeramente, tira con los dientes; un dolor agudo

y dulce se dispara directo a mi vientre. Suelto un jadeo, arqueo la espalda y me presiono contra él.

Mis manos recorren su torso ahora desnudo. —No me vuelvas loco —gruñe contra mi piel.

Sus manos se deslizan bajo mi falda, encuentran mi braguita fina. Con un tirón, la arranca hacia abajo; la tela cede con un leve rasguño. Luego desliza dos dedos entre mis piernas, separa mis labios y me encuentra empapada. —Tan malditamente húmeda... —murmura, casi con reverencia, antes de hundir un dedo en mi interior. Gimio fuerte, mis caderas se sacuden hacia él. Curva el dedo, golpeando exactamente ese punto; estallan estrellas tras mis párpados.

Tropezamos hacia atrás hasta la cama. Caigo de espaldas sobre las sábanas frías y él me sigue de inmediato, oprimiéndome con su peso, aunque se apoya sobre sus antebrazos. Su knee separa mis muslos y siento la punta ancha de su sexo en mi entrada, pulsando de expectación.

Besa mi cuello hacia abajo, succionando lo suficiente como para dejar marcas. Su lengua dibuja rastros húmedos sobre mis clavículas, entre mis pechos. Le agarro del pelo, le obligo a subir, le beso salvajemente mientras mi otra mano baja. Lo rodeo con mis dedos; Dios, está tan duro, tan grueso, las venas se marcan. Lo guío hacia mí, froto el glande contra mi humedad, provocándonos a ambos.

—Ahora —susurro ronca—. Te quiero dentro. Ya.

Cayden gime profundamente, se posiciona y empuja. Suelto un grito ahogado, mis uñas se clavan en sus hombros. Quema un instante, luego solo queda esa sensación abrumadora de plenitud. Me estira, llena cada milímetro, presionando contra lugares que nadie ha tocado en once años.

Se queda quieto, dejándome sentirlo. Su respiración llega a rachas contra mi cuello; sus brazos tiemblan por el autocontrol. —Jade... —gime, mi nombre suena como una oración y una maldición al mismo tiempo.

Entonces empieza a moverse. Primero despacio, tortuosamente despacio, se retira casi por completo solo para volver a hundirse profundamente. Cada estocada golpea justo donde debe, frotando ese punto sensible en mi interior. Gimoteo, enredo mis piernas alrededor de sus caderas, atrayéndolo más adentro. Se vuelve más rápido, más duro; el armazón de la cama cruje en protesta, la piel golpea contra la piel.

El olor a sexo, sudor y ginebra flota pesado en el aire. Siento cada centímetro de él pulsando dentro de mí, cómo mis paredes se contraen a su alrededor. Mis manos arañan su espalda, dejando surcos rojos.

—Llega para mí —me ordena, y su mano se desliza entre nosotros, encuentra mi clítoris y lo frota con círculos duros y rápidos. Es demasiado. La tensión explota. Mi orgasmo me golpea como una tormenta; me contraigo a su alrededor, grito su nombre, tiemblo sin control. Ola tras ola me recorre, mis músculos lo ordeñan rítmicamente.

Cayden le sigue segundos después. Empuja una última vez profundamente, hundiéndose hasta el fondo, presionándose contra mí. Un gruñido profundo y animal vibra por su cuerpo mientras se corre dentro de mí; espasmos calientes y duros que me llenan. Sus músculos se tensan como el acero, luego se desploma sobre mí, con el rostro hundido en el hueco de mi cuello.

Después, solo se oye nuestra respiración entrecortada y el latido salvaje de nuestros corazones. Lentamente se rueda hacia un lado, pero me atrae de inmediato hacia él: mi espalda contra su pecho, su brazo pesado rodeando mi cintura. Su sexo descansa

todavía semiduro entre mis muslos, pegajoso por los dos. Su aliento roza cálido mi nuca.

Acaricio perezosamente su antebrazo, sintiendo el vello fino, la piel de gallina que provoca mi tacto. Estoy dolorida, satisfecha, exhausta... y al mismo tiempo llena de una ligereza engañosa.

Las consecuencias ya acechan: Parker duerme a solo tres puertas de distancia. Mañana tendré que mirarlo a los ojos. Y al hombre que acabo de devorar en cuerpo y alma. Al padre de mi hijo, del que él no sabe nada.

Pero ahora... ahora me aferro a su calor. Sus dedos dibujan círculos perezosos en mi vientre, bajan más, acarician suavemente mi centro todavía sensible. Me estremezco, aprieto los muslos; se me escapa un suspiro leve y satisfecho.

Cierro los ojos. La caída libre ha terminado. El impacto vendrá mañana. Pero en este momento... en este momento simplemente le pertenezco.

20

Cayden

Mi mano busca a ciegas por la vasta superficie del colchón y no encuentra nada más que una tela lisa y fría.

Al abrir los ojos, la cruda luz matutina inunda los grandes ventanales de mi dormitorio, obligándome a parpadear y cerrar los párpados de inmediato. Me giro sobre la espalda, me paso la mano erráticamente por el pelo e inspiro hondo. La habitación está vacía. El pesado edredón del otro lado está pulcramente doblado; la almohada solo conserva una leve hendidura donde descansó su cabeza la pasada noche.

Sin embargo, su fragancia embriagadora sigue adherida con terquedad a las fibras del algodón caro. Se mezcla con el olor acre e inconfundible de la piel sudada y el rastro del *gin-tonic*, poniendo mis sentidos en estado de alerta al instante.

Jade se ha escabullido.

Me incorporo despacio mientras un leve crujido en mi hombro protesta. El escozor fino en mi espalda recorre exactamente los lugares donde, en las primeras horas de la mañana, ella clavó sus uñas en mi carne. Me paso la mano por la cara y siento la barba áspera de un día. Normalmente, experimento un alivio profundo y sincero cuando despierto y mi acompañante ya no está. Odio el desayuno forzado, la charla insustancial sobre el café y esa expectativa tácita que se aprieta como una soga en mi cuello. Las mujeres con las que he malgastado mi tiempo estos años querían un trozo de Cayden Miller. Pero no del hombre, sino del multimillonario.

Anoche no hubo nada de eso en esta habitación. No hubo vacilaciones calculadas ni falsa admiración. Solo estuvo esa desesperación pura y cruda con la que Jade se aferró a mí, como si yo fuera el único punto firme en un universo que se desmoronaba a

su alrededor. La sensación de cómo temblaba bajo mi cuerpo, de cómo susurraba mi nombre en la oscuridad, ha hecho vibrar una cuerda en mi interior que llevaba una década ignorando con éxito. Fue una conexión que se ancló de forma masiva e inamovible en mi pecho. Una revelación que, para ser sincero, me inquieta mucho más que cualquier posible fracaso de un negocio.

Saco las piernas por el borde de la cama y me pongo un pantalón de chándal gris.

Al llegar a la cocina, veo a Helena junto al fregadero, puliendo la cubertería de plata con movimientos tranquilos y rítmicos. En cuanto nota mi presencia, coloca una taza grande bajo el dispensador de la cafetera.

—Buenos días, Sr. Miller. ¿Ha descansado bien? —pregunta en su habitual tono neutral.

—Días, Helena. La noche ha sido corta —gruño, aceptando la taza de cerámica caliente. El primer sorbo de café negro me quema la garganta de forma agradable, despejando la última niebla del alcohol. Me apoyo con la cadera en la isla de la cocina y dejo que mi mirada recorra la estancia—. ¿Dónde está el chico? ¿Aún no ha saqueado la cocina esta mañana?

Helena guarda el cuchillo pulido en el cajón forrado de terciopelo. —Parker ya ha desayunado. Henry se lo ha llevado a la ciudad hace media hora. Querían ver la nueva tienda de deportes del centro. Henry le prometió enseñarle los últimos modelos de palos de hockey.

Asiento conforme. Henry sabe exactamente cómo mantener entretenido al chico. —¿Y la señorita Sterling?

—Se puso las zapatillas de correr hace casi una hora y salió de casa —informa mi ama de llaves mientras saca un paño nuevo del armario—. Me pidió expresamente que le comunicara que acudirá puntual a la cita para la entrevista a las diez.

En otras palabras: necesita despejar la cabeza antes de volver a cruzarse con mi mirada.

—Gracias, Helena —digo, separándome de la isla y llevándome el café fuera.

Salgo por las altas puertas de cristal a la amplia terraza. La mañana en Montreal se muestra espléndida. El sol ya está alto y calienta las losas de piedra clara bajo mis pies descalzos; un viento ligero y fresco sopla desde el agua cercana, agitando las hojas de los viejos árboles que bordean mi propiedad. Camino hasta la balaustrada de piedra, apoyo los antebrazos en el material cálido y observo el sinuoso camino de grava que lleva a la puerta trasera del jardín.

Tras unos diez minutos, oigo el crujido rítmico de unas zapatillas sobre la grava fina.

Jade aparece por la puerta del jardín. Lleva unos leggings negros ajustados y una camiseta de tirantes gris sencilla que se pega a su cuerpo sudado. Se ha recogido el pelo en un moño desordenado; varios mechones húmedos se pegan a sus mejillas y a su cuello. Su respiración es pesada y entrecortada; es evidente que se ha llevado al límite físico en los últimos kilómetros (como si yo no lo hubiera hecho ya anoche).

Al llegar a los escalones de la terraza y verme apoyado en la balaustrada, su trote se ralentiza de inmediato hasta convertirse en un caminar vacilante. Un tropiezo inocultable recorre sus extremidades. Observo cómo inspira hondo y yergue los hombros antes de recorrer los últimos metros hacia mí.

Doy un sorbo relajado a mi café antes de sonreírle.

—Buenos días —suelto con tono melodioso, mientras mi mirada recorre sin ningún pudor su piel brillante, captando las finas perlas de sudor en su clavícula y deteniéndose en el movimiento rápido de

su pecho—. Eres madrugadora. Deberías habérmelo dicho; podríamos haber trasladado el desayuno directamente a la cama.

Jade se detiene a una distancia de seguridad de dos metros. Se apoya las manos en las caderas, buscando aire de forma audible. Su rostro está muy encendido, pero el color de sus mejillas no tiene nada que ver con el esfuerzo deportivo en este momento. Evita mirarme a los ojos y clava la vista en la pared de la casa, detrás de mí.

—Días, Cayden —responde. Su voz suena ronca; la entrega dulce de la pasada noche ha sido sustituida por una sobriedad cortante y extremadamente tensa—. Necesitaba moverme. Tenía la cabeza demasiado llena.

Me separo de la barandilla y doy un paso lento en su dirección. No retrocede, pero veo cómo se tensan los músculos de su cuello. El olor salado del sudor y del esfuerzo físico me llega, despertando de inmediato ese tirón hambriento en mi vientre.

—Nuestra cita oficial no es hasta dentro de cuarenta minutos —constato en voz baja, acercándome un paso más, hasta sentir el calor que irradia su cuerpo tras la carrera. Levanto la mano libre y le aparto con cuidado un mechón húmedo de la frente—. Es tiempo más que suficiente. Podríamos ducharnos juntos. Yo te lavo la espalda y tú, mientras tanto, me haces tus preguntas sobre los contratos de patrocinio. Muy productivo.

Mis dedos se deslizan suavemente por su mejilla, una oferta abierta y clara que revive al instante el recuerdo de su piel desnuda bajo mis manos.

Pero en lugar de abandonarse al contacto como anoche, Jade reacciona con rapidez y me agarra la muñeca. Su presión es firme, casi defensiva. Aparta mi mano de su rostro con determinación, pero sin agresividad, y da un paso completo hacia atrás.

—Deja eso, Cayden —dice en voz baja.

Frunzo el ceño y bajo el brazo. No hay una indignación fingida en sus ojos, ni un rechazo coqueto. Solo hay un desgarro profundo y sincero que se alza entre nosotros como un muro invisible.

—Jade —empiezo, y el tono burlón desaparece de mi voz—. Estamos solos. El chico está con Henry. No tienes que montar ninguna escena aquí fuera.

—No es ninguna escena —me interrumpe, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Se obliga a mirarme a los ojos —. Lo de anoche... fue un error. Un error gigantesco y monumental. El alcohol, el partido, el hablar tanto del pasado. Me dejé llevar. Pero eso no cambia los hechos.

—¿Un error? —repito, sintiendo cómo se me tensa la mandíbula —. ¿Me estás diciendo en serio que anoche, en mi cama, pensaste que era un error? Gritaste como si no hubiera un mañana, Jade. Te aferraste a mí como si tu vida dependiera de ello. Eso no fue el alcohol residual. Fue la pura verdad, y lo sabes perfectamente.

Traga saliva con dificultad. Un dolor fugaz cruza sus rasgos, prueba de que mis palabras han dado en el blanco. Sin embargo, se yergue un poco más y vuelve a levantar su fachada protectora sin piedad.

—No niego que estuviera bien, Cayden —responde, y su voz adquiere ese tono extremadamente liso y distante que tanto odio—. Pero ya no vivimos en el pasado. Yo ya no soy la chica de Thunder Bay y tú ya no eres el jugador que quiere conquistar el mundo. Tenemos un acuerdo de negocios. Estoy aquí para hacer un trabajo. Tengo una responsabilidad con Parker, tengo una responsabilidad con mi familia. No puedo permitirme estos deslizamientos. No volverá a ocurrir.

La miro fijamente. La convicción con la que formula esa mentira roza la locura. Intenta con todas sus fuerzas meter el fuego que arde entre nosotros en una caja estéril y controlada, y cerrar la tapa a presión.

—Te estás mintiendo a ti misma —le digo en voz baja, sin retroceder—. Puedes esconderte tras tu libreta y este trabajo todo lo que quieras. Pero estás huyendo de algo que acabará atrapándote de todos modos.

—No estoy huyendo —responde ella. Se da la vuelta y camina hacia las puertas de cristal abiertas—. Voy a ducharme. Sola. Nos vemos a las diez en punto en el despacho.

La dejo pasar por mi lado, sintiendo el aire de su movimiento e inspirando el aroma salado de su piel antes de que desaparezca en la sombra fresca de la casa.

El café de mi taza ya está tibio y sabe extremadamente amargo. Vacío el contenido restante en el parterre de flores junto a la balaustrada.

Realmente piensa que puede trazar una línea gruesa sobre la noche anterior y actuar como si nada hubiera pasado. Pero si cree que voy a permitir eso sin más, me conoce peor de lo que pensaba.

21

Jade

La punta dura de mi bolígrafo cava un surco profundo en el papel grueso del cuaderno. Repaso las líneas curvas de mis propios garabatos una y otra vez mientras espero a Cayden. Los músculos de mis pantorrillas arden con terquedad por los diez kilómetros sobre el asfalto.

Me paso la mano por el pelo todavía húmedo. He intentado lavarme no solo el sudor de la carrera, sino también los olores de la pasada noche. En vano.

Cada vez que parpadeo, siento el peso del cuerpo de Cayden sobre mí. La forma en que sus labios quemaban en mi cuello. Mi razón grita sin pausa que mi huida esta mañana en la terraza fue la única decisión correcta. Tengo que proteger a Parker. Tengo que mantener en pie este frágil edificio de mentiras, cueste lo que cueste. Sin embargo, mi cuerpo se rebela masivamente contra esa cordura. Lo de anoche no se sintió como un desliz. Se sintió como si, tras doce años bajo el agua, finalmente hubiera salido a la superficie para tomar una bocanada de aire profunda.

El clic suave del pomo me saca de mis pensamientos y Cayden entra en la habitación.

Se deja caer en el sillón de cuero frente a mí, estira sus largas piernas y mete las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Estás lista? —pregunta, señalando mi cuaderno con la cabeza.

—Ya tengo la página abierta —respondo. Sorprendentemente, mi voz suena firme. Hago clic en el bolígrafo y apunto la mina hacia el papel—. Ya hemos liquidado los primeros años profesionales. El

ascenso meteórico. Los contratos millonarios. Ahora llegamos a la parte donde la curva de éxito sufre un quiebre masivo hacia abajo.

Cayden cruza los brazos sobre el pecho. No deja de mirarme. —Banff.

—Exacto. El campamento de entrenamiento de la selección nacional —confirmo, deslizando el dedo índice sobre mis notas manuscritas—. El lío con la mujer del entrenador jefe. Ese fue el verdadero escándalo que te costó todo.

Su sonrisa de suficiencia me saca de quicio. Se reclina profundamente en el cuero suave, extiende los brazos sobre los apoyabrazos y se encoge de hombros con casi total indiferencia. —¿Qué quieres que te diga, Jade? Ninguna mujer puede resistirse a mí. Y si llama a la puerta de mi habitación en mitad de la noche, no voy a mandarla de vuelta al pasillo solo porque su marido resulte ser el que escribe los planes de entrenamiento de mi equipo. Pasamos un buen rato. Que él apareciera de repente fue solo mala suerte.

Aprieto los labios y, deliberadamente, no anoto ni una sola palabra.

—Te gusta posar como el "player" irresistible al que le dan igual las consecuencias de sus actos —digo, golpeando la madera del escritorio con el bolígrafo—. Pero la realidad fue otra. El entrenador te pilló en la cama con su mujer a las tres de la mañana.

La mueca de diversión desaparece de golpe de su rostro. Se inclina hacia delante, apoya los codos en las rodillas y me clava la mirada. La máscara se desmorona. —Sí. Lo hizo. Y me suspendió en el acto. Se plantó en mi habitación de hotel y me dijo fríamente a la cara que destruiría mi carrera por completo si alguna vez abría la boca sobre lo que pasó de verdad.

—Y el departamento de relaciones públicas de la federación lanzó en su lugar esa historia inventada a la prensa —añado, retomando el hilo—. Afirmaron que la noche antes del partido

estabas borracho en un club del centro. Un proceso disciplinario por fiestas desmedidas y falta de respeto hacia el equipo.

Cayden suelta una carcajada áspera y sin alegría. Agarra el abrecartas de plata de la mesa y hace girar el metal inquieto entre sus dedos. —Una mentira brillante para salvar la cara del entrenador y contener el escándalo. Los medios me destrozaron. La joven estrella engreída que antepone sus fiestas salvajes a la selección nacional de Canadá. Me tacharon de idiota arrogante y fiestero, y no pude defenderme ni con una sola frase porque, de lo contrario, la federación me habría inhabilitado para siempre.

Tira el abrecartas sobre la madera con un estruendo metálico. —Me gustaban las fiestas, Jade. Me gustaban las mujeres y todo el circo que las rodeaba. Nunca lo negaré. Pero en cuanto me calzaba los patines, para mí solo existía el juego. Demostré una disciplina increíble en el hielo, en cada entrenamiento. Jamás habría bebido la noche antes de un partido. Mi deporte era sagrado para mí.

Traga saliva con dificultad; su mirada se pierde por un instante en los intrincados dibujos de la alfombra persa bajo sus pies. —No pude jugar el Campeonato del Mundo ese año. Ese torneo... era todo por lo que había trabajado toda mi vida. Cuando me vi sentado en un bar de mala muerte, con el vaso en la mano, viendo cómo los chicos saltaban al hielo con la camiseta nacional... se me rompió el corazón, literalmente. En ese momento, algo dentro de mí se quebró para siempre. Supe que nunca volvería a pisar el hielo con el mismo orgullo.

Un silencio pesado y denso se instala entre nosotros. Veo el dolor real y auténtico en sus rasgos. Veo al hombre joven que perdió su mayor sueño por tomar una decisión increíblemente estúpida. Una parte de mí quiere alargar la mano sobre la mesa, tomar la suya y decirle que lo entiendo. Que todos cometemos errores que nos persiguen toda la vida, y que él no es la única persona que se queda despierta por la noche maldiciendo el pasado.

Pero entonces, inevitablemente, la imagen de la tira de plástico estrecha con las dos líneas rosas se proyecta en mi mente. El baño lleno de moho de mi viejo piso compartido de estudiantes. Las lágrimas, la soledad ardiente, el pánico ante el futuro mientras me quitaba cada céntimo de la boca para pagar los pañales de Parker. Me escondí de Hailey, enterré mis sueños de una gran carrera periodística, mientras él saltaba de cama en cama en Banff y provocaba escándalos que solo trataban sobre su propio egoísmo. Yo pagué el precio de su imprudencia, cada día de los últimos once años.

Me aferro con tanta fuerza a mi bolígrafo que el plástico cruje bajo la presión de mis dedos.

—Vaya —digo, y mi voz corta el silencio de la biblioteca como una cuchilla—. Entonces ahora ya sabes bastante bien lo que se siente cuando se rompen corazones por acostarse con la gente equivocada.

La expresión de Cayden se congela al instante. La suave vulnerabilidad desaparece en el acto, dando paso a una rabia incontenible y ardiente que hace que sus ojos azules parezcan casi negros. Se levanta del sillón con tal violencia que el pesado mueble chirría con fuerza sobre el parqué.

—¿Sabes qué? —espeta, mientras sus manos se cierran en puños macizos—. Estoy poniendo mi alma sobre esta mesa. Te estoy contando cosas que ni mi propio abogado sabe con detalle porque pensaba... porque estúpidamente pensaba que lo de anoche significó algo.

—¡Lo de anoche no tiene nada que ver con esta entrevista! —rebato, levantándome también de mi silla. Mi cuaderno de notas resbala de la mesa y cae al suelo con un golpe sordo.

—¡Deja de esconderte tras ese maldito trabajo! —ruge. El volumen hace que los cristales de la biblioteca vibren de forma audible—. Aprovechas cada oportunidad que tienes para clavarme el

cuchillo un poco más hondo en la espalda, solo para protegerte de lo que está pasando entre nosotros. Me rehúyes desde que has abierto los ojos esta mañana. Eres una cobarde, Jade.

—¡Soy realista! —le devuelvo el grito. Mi pulso golpea sin tregua contra mi carótida; la sangre caliente me ruge en los oídos—. Miro los hechos a la cara, Cayden. Nosotros herimos a la gente. Tú lo hiciste entonces, lo hiciste en Banff y volverás a hacerlo. ¡No voy a ponerme en esa fila esperando a que vuelvas a dejarlo todo hecho un caos!

—Vete a la mierda —gruñe. El desprecio amargo de su voz me golpea como un impacto físico. Da un paso hacia la puerta, se detiene y me lanza una última mirada aniquiladora—. He terminado por hoy.

Se gira y sale de la biblioteca como un vendaval. Abre la puerta de madera maciza y la estampa con tal fuerza que el marco de un cuadro de la pared oscila peligrosamente y se queda torcido.

Me quedo temblando en la enorme estancia. Mi respiración llega en rachas planas y dolorosas. Lágrimas calientes me queman los ojos, pero me obligo a no parpadear.

22

Cayden

Los amigos de verdad son los que no hacen preguntas estúpidas. Los llamas, balbuceas algo por el auricular sobre un día de mierda y, unas horas después, están sentados contigo a la mesa en la otra punta del continente. Nadie exige un orden del día. Todos cancelan sus citas. Es ese vínculo invisible de la *Chester Street Society* que nos mantiene unidos desde la universidad.

Los bajos pesados del equipo de música retumban en el suelo de este bar de lujo en el SoHo y suben por mis zapatos de cuero directo al pecho. El aire aquí dentro sabe a nueces pecán tostadas, a cigarros carísimos y a turba escocesa. Apuro el resto del whisky, sintiendo el familiar y agudo quemazón en la garganta, y hago una seña al barman para la siguiente ronda.

Mi jet privado ha cubierto la distancia de Montreal a Nueva York en tiempo récord, pero las más de trescientas millas de separación entre Jade y yo no han servido de absolutamente nada. En mi cabeza, ella sigue de pie en mi biblioteca. Su mirada se clava en mi pecho y sus palabras cortan más hondo que un bisturí recién afilado.

A mi lado, Griffin se hunde en el respaldo de cuero del banco. Se afloja el nudo de la corbata, se desabrocha el cuello y posa un vaso con marcas de agua sobre la madera pulida. Marcel y Beckett están sentados justo enfrente. Ninguno de los tres dudó ni un segundo cuando pedí que nos viéramos.

—Parece que te hayas estampado de frente contra el pilar de un puente a cien por hora —abre la veda Marcel. Sonríe de lado, pero su mirada es afilada—. Y como no sueles huir de Canadá un domingo por la tarde presa del pánico, descarto el trato del estadio. ¿Hayes no te habrá cortado el grifo de casualidad?

—El proyecto sigue en pie —gruño, aceptando el nuevo *tumbler* que el camarero deposita sin ruido ante mí. El líquido ambarino choca pesado contra el cristal—. Los Royals dan beneficios, los permisos de obra están aprobados. Hayes me toca las narices, pero se mantiene quieto... siempre y cuando consiga ese maldito perfil.

Beckett apoya sus enormes antebrazos sobre la mesa y se inclina. Me mira a mí, luego a Griffin y otra vez a mí. —Entonces es la periodista.

—Se llama Jade —suelto antes de poder siquiera reprimir el impulso.

Silencio. Los tres intercambian una de esas miradas insoportables y mudas.

—Jade, entonces —insiste Griffin, dando un trago generoso a su bebida. Se limpia la boca—. ¿Qué ha hecho?

—Sencillamente me vuelve loco. —Me paso las manos con fuerza por la cara—. Esta mañana nos hemos gritado de todo. No deja de hurgar en viejos errores. Banff. La suspensión. No pierde oportunidad de recordarme lo idiota e imprudente que fui.

—¿Y ya no lo eres? —Marcel se reclina. No suena con malicia, sino casi divertido, y eso es peor—. Te conocemos desde hace una eternidad, Cayden. En aquel entonces dejaste un rastro de devastación que se veía desde la Luna. ¿Lleva unos días contigo y pretendes que te ponga una aureola?

—¡No quiero una aureola! —le grito, y varias personas de la mesa de al lado se giran, pero me da igual—. Solo quiero que deje de esconderse tras su libreta. Anoche... estuvimos juntos en la cama. Hubo una cercanía increíble entre nosotros. Y hoy todo es peor que antes.

Beckett suelta una risita y sacude la cabeza. —Te la has tirado y luego has volado a Nueva York.

—No he...

—Has huido. —Griffin me señala con el dedo. Sin disculpas, sin rodeos—. Cayden. Llevas años huyendo de todo lo que pueda suponerte un compromiso real.

El golpe acierta. Se clava en mis entrañas y, como no sé qué responder, me quedo mirando el vaso. He huido esta mañana porque la idea de que ella pudiera arrepentirse de verdad de nuestra noche me desgarra por dentro. Esa es la verdad.

La vibración aguda del teléfono de Beckett sobre la madera corta el silencio. Echa un vistazo a la pantalla. De inmediato, la dureza desaparece de sus rasgos. Muestra una sonrisa amplia y dulce que no le veo a menudo.

—Scarlett —dice a modo de disculpa mientras desbloquea el aparato—. Ha enviado un vídeo de los niños de esta tarde.

Gira el teléfono y lo desliza hacia el centro de la mesa. Dos niñas pequeñas ríen a pleno pulmón mientras un Golden Retriever visiblemente confundido, con manchas de pintura de dedos azul y roja, camina por la imagen. Huellas de colores sobre el parqué claro. Scarlett al fondo, a medio camino entre la risa y un colapso nervioso real.

Marcel suelta una carcajada. —Espera a que lleguen a la edad en la que deciden redecorar las paredes permanentemente. Ollie intentó lavar a Amalie con la manguera del jardín en el pasillo la semana pasada. Juliet le había dicho antes que estaba sucia. Juliet casi se resbala en el suelo mojado y me pasé media tarde secando agua de la alfombra.

Griffin levanta su copa. —Eso no es nada. Los míos descubrieron el pegamento rápido la semana pasada. El resto os lo ahorro.

Ellos hablan. Yo escucho.

En realidad, me digo a mí mismo que escucho. En realidad, estoy ahí sentado esperando a que deje de dolerme: ese tono con el que hablan de sus hijos. No las anécdotas en sí. Sino cómo suenan sus voces cuando hablan de ello. Esa mezcla de agotamiento y... amor.

Agarro mi vaso y lo poso con demasiada fuerza sobre el posavasos.

—¿Podemos cambiar de tema?

Los tres se detienen. Beckett levanta una ceja. Marcel me mira —no sorprendido, sino atento— y me da una palmada en el hombro.

—Relájate, Miller. —Me guiña un ojo—. Cuando tengas tus propios hijos algún día, lo entenderás. Lo cambia todo por completo. Dejas de ser el centro del universo.

Cuando tengas tus propios hijos algún día.

La frase se queda grabada. Debería ser insignificante; el típico comentario de tipos que creen haber descubierto algo que el resto del mundo no conoce. He oído esa frase cien veces y cien veces he asentido para pasar el tema.

Esta vez no.

Veo a Parker delante de mí.

No como un concepto abstracto. Concreto: cómo está ahí abajo, en la superficie blanca de mi pabellón de entrenamiento, conduciendo el disco sobre las marcas como si olvidara que lo estoy mirando. El peso cálido y pesado de su cuerpo dormido en mis brazos cuando lo bajé del coche anoche. Su alegría sin filtros en el palco VIP... no impostada, no dirigida a mí, simplemente real. La forma en que inclina la cabeza cuando piensa en una estrategia de juego. Y esos ojos grandes y despiertos que me miran como si yo no fuera el tipo de los escándalos, sino simplemente alguien que entiende de deporte.

Se me tensa la nuca.

—¿Cayden? —Griffin frunce el ceño. Se inclina sobre la mesa—. Te has ido por completo.

Parpadeo. El aire del bar me parece, de repente, demasiado escaso. Me paso el dorso de la mano por la boca y aparto mi vaso vacío.

—Tengo que volver.

Me levanto de golpe. La silla chirría contra el suelo. Agarro mi abrigo y me lo echo al brazo.

—¿Ahora? —Beckett mira su reloj de pulsera—. Es casi medianoche.

—Mi piloto me espera. —Saco un fajo de billetes del bolsillo interior y lo dejo sobre la mesa. Luego me apoyo con ambas manos en el borde y miro a mis amigos—. Teníais razón —digo. Sin rodeos —. He huido. De la única cosa que debería tener importancia real en mi vida.

23

Jade

La vibración implacable de mi teléfono sobre la mesita de noche de cristal se abre paso en mi sueño ligero e inquieto. Giro la cabeza, parpadeando contra la cruda luz del sol que se filtra por las rendijas de las pesadas cortinas, y busco el aparato a ciegas. Mis dedos rozan el cristal frío, agarran el borde y meten el móvil bajo la calidez del edredón.

Un solo vistazo a la pantalla iluminada basta para que mi pulso pase de cero a cien. Tom Collins.

Mi redactor jefe nunca llama un lunes antes de las seis de la mañana solo para preguntar cómo estoy. Una llamada de Collins siempre significa problemas. Me incorporo en la cama, me aparto un mechón de pelo de la cara y me aclaro la garganta para quitarle el rastro de sueño a mi voz.

—Sterling —respondo, obligándome a usar un tono profesional y despierto.

—Jade. Explíqueme por qué mi bandeja de entrada parece un maldito desierto —ladra Collins sin preámbulos ni saludos. De fondo oigo el tecleo típico y el griterío amortiguado de la redacción del *Chronicle*.— Hemos orientado toda la portada del mes que viene a este reportaje. El equipo de maquetación le ha reservado veinte páginas. ¿Y qué recibo yo? Nada. Un gigantesco agujero negro.

Saco las piernas por el borde de la cama y siento la alfombra suave bajo mis pies. La tensión se aprieta como una banda elástica alrededor de mi pecho. —Estoy en ello, Tom. Estoy reuniendo el material. Miller no es un tipo que muestre sus cartas a la primera de cambio.

—Lleva instalada allí exactamente una semana —me interrumpe con brusquedad, y el clic impaciente de su bolígrafo se transmite con fuerza por la línea.— Una semana entera, Sterling. En mi mundo, eso significa que debería tener siete actualizaciones detalladas sobre mi mesa. Un informe breve cada mañana. En lugar de eso, reina el silencio. Ni un estado provisional, ni una estructura básica, ni una sola cita transcrita. ¿Cómo va la cosa realmente?

Me levanto y empiezo a caminar inquieta entre el armario macizo y el ventanal. Mi mente busca febrilmente una respuesta que no suene a pérdida total de control. —Todo va según lo previsto —miento.— Le acompaño a los partidos, hacemos las entrevistas en su biblioteca. Tengo muchísimas notas sobre el acuerdo del estadio, su pasado y los planes para los Royals.

Collins resopla con desprecio. —Eso es material de relaciones públicas aburrido, Jade. Eso lo saco de los comunicados de prensa o de la empresa de Hayes. Necesito al hombre tras la fachada. Necesito la mugre, el roce, las emociones reales. Y sobre todo, necesito algo escrito de una puñetera vez. Sus respuestas suenan a frases aprendidas del equipo de prensa de Miller. ¿Le queda grande este encargo?

Vete a la mierda, bastardo arrogante, pienso, pero no digo nada. Me quedo quieta en medio de la habitación, presionando el teléfono contra mi oreja hasta que el plástico me duele. *¿Le queda grande?* No quiero admitirlo, pero no tiene ni idea de hasta qué punto ha dado en el clavo.

—No me queda grande —suelto entre dientes. Obligo a mis piernas a reanudar el movimiento para aplacar el pánico naciente.— Estoy profundizando en la materia. Miller se bloquea si vas demasiado rápido. Levanta un muro en cuanto una pregunta no le gusta. Tengo que ser tácticamente hábil para sacarle las respuestas de verdad.

—Pues cambie su táctica —exige Collins implacable. El volumen de su voz aumenta.— No le pago unas vacaciones en una villa de Westmount. Quiero ver resultados. Para mañana por la tarde quiero un borrador sólido en el servidor. Tres mil palabras. El hilo conductor, las primeras citas potentes, la dirección del perfil. Si ese borrador no aparece mañana en mi monitor, la retiro del proyecto y envío a alguien que tenga el colmillo necesario para esta historia. ¿Nos hemos entendido?

—Tendrá el borrador en el servidor mañana —respondo, sin saber si podré cumplir esa promesa.

—No me estropee esta historia, Sterling —advierte una última vez antes de colgar abruptamente.

Aparto el teléfono de mi oreja y miro la pantalla oscura. El silencio amenazante de la enorme habitación de invitados vuelve a caer sobre mí. Dejo caer el brazo y tiro el aparato sobre las sábanas revueltas.

¿Le queda grande? Una carcajada amarga y sin alegría escapa de mi garganta. Me cubro la cara con las manos, frotándome los ojos con la palma. Mi vida entera me sobrepasa tanto en este momento que apenas sé dónde tengo la cabeza.

Mi padre se desvanece en una unidad de agudos y probablemente ya no reconozca ni el rostro de mi madre, que se está rompiendo bajo el peso de las nuevas facturas de la residencia. Mi redactor jefe me amenaza con despedirme del encargo más importante de mi carrera, el que debe pagar precisamente esas facturas. Y por las noches me pierdo sin voluntad en los brazos del hombre del que llevo doce años huyendo, solo para lanzarle los peores reproches a la mañana siguiente por puro pánico y echarlo de su propia casa.

Me giro y me miro en el gran espejo junto a la puerta. La mujer que me devuelve la mirada está extremadamente pálida y agotada. Las ojeras profundas ya no se pueden tapar con ningún maquillaje.

Cayden estuvo desaparecido todo el día de ayer. Tras nuestra pelea catastrófica en la biblioteca, abandonó la propiedad y no regresó ni tarde por la noche.

Parker y yo pasamos la tarde en la sala de cine privada de la planta baja. La pantalla ocupaba casi toda la pared y el sonido de la serie documental sobre hockey vibraba en los asientos. Parker estaba envuelto en una manta, con un bol gigante de palomitas, totalmente absorto en las jugadas de los profesionales.

Pero su concentración se interrumpía constantemente mirando hacia la puerta de roble. Se mordía el labio, inquieto en el asiento de cuero, esperando oír algún ruido en el pasillo. Al terminar el episodio, dejó el bol sobre la mesita.

—¿Dónde está el Sr. Miller? —preguntó, y la decepción en su voz me dolió.

Me incorporé en el asiento, ocultando el temblor de mis rodillas. El sabor de mi propia mentira me amargaba la boca.

—Está fuera por negocios, cariño —respondí, esforzándome para que mi tono sonara casual.— Recibió una llamada urgente para reunirse con unos inversores. El proyecto del estadio quita mucho tiempo.

Parker frunció el ceño, un gesto que ha heredado directamente del hombre que en ese momento probablemente estaba en algún bar intentando ahogar nuestra pelea en alcohol.

—¿Incluso los domingos? —insistió mi hijo.— La gente no trabaja los domingos por la noche.

—Sí, incluso los domingos —confirmé, apartando la mirada de él porque no podía sostener sus ojos azules en ese momento.— Los hombres en su posición nunca terminan su jornada. Siempre deben estar disponibles.

Le mentí a la cara para encubrir mis propios errores. Cayden no estaba trabajando; había huido de mí porque yo no sé gestionar mis propias emociones.

Me obligo a salir del recuerdo y entro en modo trabajo. Collins quiere un borrador. Necesito un documento con hechos periodísticos que demuestre que estoy cumpliendo mi labor.

Voy al baño, abro el grifo del agua fría y me mojo la cara varias veces con fuerza. El estado de *shock* deja paso a una nueva energía. Me seco con una toalla esponjosa y me pongo unos vaqueros estrechos y un jersey crema.

Al salir al pasillo, me golpea el silencio opresivo de la villa. Henry ya llevó a Parker a la escuela en el centro hace una hora. Cayden casi con seguridad no está en la casa. Solo se oye el zumbido lejano de la aspiradora de Helena en el ala oeste. Siento que estas paredes gigantes se acercan a mí cada minuto.

Tengo que salir de aquí. Necesito un cambio de aires urgente antes de sentarme ante el portátil. Necesito ruido de tráfico, gente extraña, café normal en vaso de cartón. Saco el teléfono del bolsillo y busco rápido en mis contactos.

Me detengo en el nombre de Hailey.

La idea del pacto y mi doble traición me hace dudar, pero la desesperación por no asfixiarme en esta casa pesa más en este momento. Hailey es mi ancla y la prueba de que hay vida fuera de esta burbuja de multimillonarios.

Pulso el botón de llamada. Suena solo dos veces antes de que responda.

—¡Jade! —dice su voz alegre, en total contraste con mi destrucción interna.— Dime que tienes media hora para mí. Estoy frente a un escaparate y necesito una segunda opinión sobre unas botas.

Suelto un suspiro de alivio y la tensión de mis hombros se relaja un poco. —Hailey. Eres mi salvación.

—Parece que acabas de escapar de un edificio en llamas —nota ella de inmediato, y su risa deja paso a la preocupación.— ¿Qué ha pasado? ¿Mi hermano mayor te ha vuelto loca del todo?

—Collins me ha despertado esta mañana de un grito —evado la verdad centrándome en el trabajo.— Quiere ver un borrador mañana y tengo un bloqueo de escritor monumental. Las paredes de la villa me aplastan. Parker está en el colegio y necesito distraerme.

—Pues coge tu abrigo y vente ahora mismo —ordena Hailey sin dudar.— Vamos a mandar el artículo muy lejos unas horas. Nos vemos en la calle Sainte-Catherine. Beberemos café carísimo, haremos terapia de compras y criticaremos a Collins hasta que te sientas mejor. Es una orden de mejores amigas.

—Es el mejor plan que he oído en toda la semana —respondo, y por primera vez asoma una pequeña sonrisa de gratitud a mi cara. — Salgo ahora mismo. Envíame tu ubicación.

—En ello estoy. ¡Date prisa antes de que alguien me quite las botas!

Cuelgo. Guardo el teléfono, agarro mi abrigo negro y me pongo los botines planos.

Mientras bajo la amplia escalera, mi voz interior vuelve a preguntarme cuánto tiempo más podré mantener este edificio de mentiras. Porque la huida a la ciudad es solo un pequeño parche en una herida que sangra mucho. Sé que tendré que volver a mi escritorio en esta villa por la tarde. Sé que tarde o temprano tendré que mirar a Cayden a los ojos. Y sé, sobre todo, que estaré mintiendo a Hailey toda la mañana mientras recorremos las tiendas.

Pero por las próximas horas, me aferro a la ilusión de normalidad. Empujo la pesada puerta principal, salgo al aire fresco

de Montreal y dejo atrás, por un momento, la jaula de oro de Cayden Miller.

24

Cayden

El viaje de ayer a Nueva York y el whisky escocés están pasando factura; siento una pesadez de plomo en las extremidades que intento ignorar mientras estoy sentado en la oficina de Hayes en la ciudad.

Bajo la mano y deslizo mi teléfono bajo el borde de la maciza mesa de cristal, ocultándolo un poco más en mi palma. Mi pulgar roza la pantalla. No hay mensajes nuevos. El nombre de Jade sigue inalterado en lo más alto de mi historial de chat, acompañado de un silencio paralizante. La he llamado dos veces esta mañana; las dos veces me ha desviado directamente al buzón de voz. Me está ignorando mientras yo estoy aquí sentado intentando arrastrar un proyecto de miles de millones hasta la línea de meta.

—La grada norte llevará el nombre de Tech-Cor —la voz alta de Elias Hayes me arranca de mis pensamientos.

Golpea con la tapa de su pluma estilográfica dorada el plano de construcción de gran formato extendido sobre la mesa entre nosotros. Hayes lleva un traje de raya diplomática y muestra sus dientes de un blanco impoluto. —Pagarán el triple de la suma habitual por los derechos de denominación —continúa Hayes, trazando una línea roja sobre el papel—. A cambio, exigen acceso exclusivo a los palcos VIP de la segunda planta. Y tenemos que aumentar la capacidad de aparcamiento bajo el ala sur a un mínimo de cinco mil plazas. Mis inversores no quieren ver atascos en las vías de acceso cuando se inaugure el estadio.

Me reclino en la silla de cuero ergonómica y cruzo los brazos. —Cinco mil plazas de aparcamiento subterráneo se comerían el presupuesto para los sistemas de ventilación del edificio principal. El terreno no permite esa profundidad sin que pongamos en peligro los cimientos del antiguo barrio portuario. Nos mantenemos en tres mil

plazas y creamos un sistema de transporte lanzadera inteligente desde el centro. Los aficionados quieren una experiencia moderna, no una búsqueda de aparcamiento de dos horas en un búnker subterráneo.

Hayes deja la pluma lentamente. Apoya los antebrazos en la mesa, entrelaza sus dedos cuidados y me fija con sus ojos grises. La fachada sonriente se desmorona por un momento, revelando al capitalista depredador que hay debajo.

—Sabe, Cayden —comienza, y su tono se vuelve casi paternal —. Vamos a dejar a un lado estos detalles técnicos por ahora. Vamos a detener la planificación profunda. Mi gente en la sombra se está poniendo cada vez más nerviosa.

Me obligo a devolverle la mirada sin parpadear. —Los permisos de construcción están prácticamente aprobados. Los Royals están jugando una temporada excepcional. No hay ninguna razón lógica para que los inversores estén nerviosos.

—Oh, la hay —contradice Hayes suavemente. Se reclina y se alisa la solapa de la chaqueta—. El dinero fluye con facilidad, pero ninguna de esas personas va a lanzar medio millardo de dólares en un proyecto liderado por un hombre cuya reputación pública sigue siendo... digamos, impredecible. Formulamos esta condición claramente desde el principio. Necesito ese perfil en el *Chronicle*. Necesito la garantía de que la ciudad de Montreal volverá a celebrarlo a usted como a su hijo pródigo y no como al profesional del escándalo de entonces.

Hace una breve pausa dramática para dejar que el peso de sus palabras cale en la habitación. —Hasta que ese artículo no esté impreso y ofrezca exactamente lo que acordamos, no fluirá ni un solo centavo más en la planificación de la obra. Si el perfil fracasa o si la señorita Sterling hurga demasiado en viejas heridas, retiraré a mi gente por completo.

Un nudo se aprieta en mi estómago. Si Hayes se retira, no solo se va a pique la construcción del estadio. Los contratos preliminares con las constructoras están firmados; las indemnizaciones se comerían todo mi patrimonio restante y llevarían a los Royals a la bancarrota.

—El reportaje será un éxito absoluto —digo. Mi voz no transmite ni un ápice de mi tensión interna al exterior. Le estoy vendiendo la mayor mentira de mi vida sin pestañear—. Sterling y yo estamos trabajando de forma extremadamente productiva. Tiene acceso total y las entrevistas van de maravilla. El primer borrador está prácticamente en la imprenta y el enfoque es totalmente positivo. Me come de la mano.

Hayes me escruta durante largo rato. Busca grietas en mi afirmación, el sudor en mi frente que pueda delatarme. Finalmente, asiente brevemente y una sonrisa sin alegría aparece en su rostro.

—Me alegra oír eso, Cayden. De verdad. Siempre leo el *Chronicle* con mucha atención. No me decepcione.

25

Jade

La energía de la calle Sainte-Catherine me golpea con toda su fuerza, amortiguando el incesante ruido de mi propia cabeza. Taxis tocando el claxon, el chirrido metálico de los autobuses al frenar y un barullo de conversaciones me envuelven por completo.

Hailey ya me está esperando frente a una boutique elegante. Lleva un abrigo de lana de un rojo vibrante que destaca en el paisaje urbano gris como una señal de advertencia, y agita una bolsa de compras estrecha en el aire.

—¡Ahí estás! —exclama, agarrándome del brazo y arrastrándome sin previo aviso al interior caldeado de la tienda. El aroma denso a ante caro y a moda fuera de mi alcance me recibe al entrar.

—Menos mal que has venido a rescatarme —murmuro, dejándome caer en uno de los sofás del fondo.

Hailey me pone de inmediato un par de botas de cuero negro de caña alta en las manos. —Pruébatelas. Ya. Necesito tu visto bueno antes de hacer llorar a mi tarjeta de crédito definitivamente.

Examino el cuero liso, paso el pulgar por las costuras finas y me quedo mirando la etiqueta del precio, cuya cifra casi me da el golpe de gracia. Mi vista se nubla. En lugar de las botas suaves, de repente vuelvo a ver a Cayden en la biblioteca, con las manos cerradas en puños macizos, acusándome de clavarle un cuchillo en la espalda.

—¿Jade? —Hailey chasquea los dedos justo delante de mi nariz. El sonido me devuelve a la realidad—. Estás mirando esos zapatos como si acabaran de atropellar a tu mascota. ¿Qué pasa?

Se sienta a mi lado en el sofá de terciopelo, cruza las piernas y me clava la mirada. El radar de Hailey para mis cambios de humor funciona casi sin fallos desde nuestros días en la universidad.

Dejo las botas en el suelo, me reclino y cierro los ojos un segundo. —Collins me ha destrozado literalmente por teléfono esta mañana. Quiere un borrador sólido para mañana por la tarde. Tres mil palabras. Como mínimo.

—Pues escríbele esas tres mil palabras —responde Hailey levantando una ceja—. Has estado una semana entera pegada a los talones de mi hermano. Debes de tener cuadernos enteros llenos de notas.

—Los tengo —suspiro, masajeándome las sienes—. Pero Collins no quiere frases de relaciones públicas sobre la capacidad del estadio o acuerdos de patrocinio. Quiere el abismo. Quiere al auténtico Cayden Miller. Al tipo que arruinó a la selección nacional.

Hailey inspira hondo de forma audible. El ambiente relajado de compras ha desaparecido. —Banff.

—Exacto. Banff. —Inspiro profundamente—. Se lo mencioné anoche porque quería su versión de la historia. Se cerró en banda, discutimos y se marchó de casa sin decir palabra. No tengo ni idea de cómo voy a montar un artículo con estos escombros para mañana que deje satisfecho a Collins y no me cueste el puesto.

Mi mejor amiga apoya los codos en las rodillas y se queda mirando las botas negras en el suelo. La ligereza alegre desaparece por completo de su rostro. En este momento se parece muchísimo a Cayden: la misma mandíbula testaruda, la misma arruga pensativa en la frente.

—Banff es su detonante —dice en voz baja—. Volvió de aquel campamento y se pasó un mes entero sin dirigirle la palabra a nadie. Mi padre estaba furioso, los reporteros acampaban literalmente en

nuestros parterres. Cayden simplemente se sentaba en su antiguo cuarto de niño y se quedaba mirando la pared.

—Me contó que la federación mintió —añado, observando de cerca la reacción de Hailey—. Que no estuvo de fiesta por ahí borracho, sino que estaba en la cama con la mujer del entrenador jefe y los pillaron.

Hailey resopla con desprecio. —Sí. Evelyn Davis. La esposa de nuestro venerado seleccionador nacional. La prensa se lanzó como una manada de lobos hambrientos sobre la mentira de la fiesta, y la federación dejó que Cayden se desangrara gustosamente para proteger la reputación del entrenador. ¿Sabes qué es lo más absurdo de todo?

Niego con la cabeza en silencio.

—Cayden cargó con toda la culpa él solo —continúa Hailey. Sus dedos se clavan en la tela roja de su abrigo—. Se plantó allí y guardó silencio para que la vida de esa mujer no fuera también destrozada públicamente. Evelyn Davis nunca se pronunció al respecto. Simplemente desapareció del mapa, mientras mi hermano veía cómo sus sueños del Mundial y toda su reputación ardían en llamas.

La escucho y, con cada una de sus palabras, una llave invisible gira en mi cabeza. Cayden guardó silencio. Cargó el escándalo sobre sus propios hombros y aceptó el castigo. No se defendió, ni siquiera cuando la prensa lo tachó de *playboy* poco profesional.

—La protegió —susurro casi de forma inaudible, y un nudo masivo se forma en mi garganta. El multimillonario intocable al que supuestamente todo le da igual se dejó atropellar mediáticamente para salvar el honor de esa mujer.

—Exactamente —confirma Hailey con amargura—. Y por eso reacciona de forma tan extrema cuando desentierras el tema. Le recuerda cuánto se aprovecharon de él.

Se gira en el sofá y me agarra por los hombros. Su presión es firme, sus ojos brillan.

—Jade, eres periodista —dice—. ¿Por qué no dejas de darte cabezazos contra el muro de hormigón de mi hermano? Si Cayden no habla, deja que se hunda en su orgullo. No lo necesitas para esas tres mil palabras.

Parpadeo confundida. —¿A qué te refieres?

—¡Ve a la fuente! —me insta, sacudiéndome ligeramente—. Pregunta a la gente que estuvo allí. Encuentra a Evelyn Davis. Encuentra a ese cobarde de ex-entrenador. Tienen que vivir en algún sitio. No te quedes sentada en la biblioteca de Cayden esperando a que te sirva las citas perfectas en bandeja de plata. Excava la verdad tú misma. Demuéstrale a Collins de lo que eres capaz.

La adrenalina se dispara en mi torrente sanguíneo. El agotamiento de la mañana se esfuma. Hailey tiene toda la razón. Si quiero salvar este artículo y poner los hechos sobre la mesa, tengo que iluminar la otra cara de la moneda.

Tengo que saber qué pasó realmente en aquella noche en Banff. No desde la perspectiva de la víctima que guardó silencio, sino desde la de la gente que dejó que lo hundieran.

Abrazo a mi amiga y salto del sofá de terciopelo.

—Eres un maldito genio, Hailey —exclamo, buscando rápido el teléfono en mi abrigo—. Aún conservo mis antiguos accesos a los archivos de prensa. Si rastreo los papeles del divorcio o antiguos registros de direcciones del entrenador Davis, encontraré a esa mujer. Puedo escribirle a Collins un borrador que no se base solo en las declaraciones de Cayden, sino que revele el trasfondo del escándalo.

Hailey sonríe de oreja a oreja y se reclina satisfecha. —¿Lo ves? La terapia de compras siempre funciona. Aunque ahora

probablemente no me compre las botas porque me has descentrado por completo.

—Cómpratelas —digo, ayudándola a levantarse del sofá y dándole otro abrazo rápido y fuerte. El peso de las mentiras sigue sobre mis hombros, pero por primera vez en días tengo un plan claro. —Tengo que irme ya mismo al portátil.

Salgo disparada de la boutique antes de que pueda responder y entro en una pequeña cafetería abarrotada en la esquina siguiente. Allí consigo una mesa de madera minúscula junto a la ventana.

Abro mi portátil, ignoro el ruido de la máquina de espresso a mis espaldas y me conecto a los archivos judiciales y de prensa nacionales a través del servidor del *Chronicle*. El cursor parpadea expectante en el campo de búsqueda.

Tecleo tres palabras.

Evelyn Davis Banff.

El motor de búsqueda procesa la información un instante antes de que cientos de artículos del año del escándalo inunden la pantalla. Aparto los titulares sensacionalistas sobre la supuesta noche de fiesta de Cayden y filtro los resultados buscando específicamente en columnas de sociedad y registros públicos de los años posteriores. Si Evelyn Davis se ocultó de verdad, tiene que haber dejado rastro en alguna parte. Un divorcio. Un cambio de nombre. Una nueva existencia profesional.

Mi instinto periodístico ha tomado el mando. Navego por antiguos extractos del registro de la ciudad de Calgary, donde el entrenador estaba empadronado entonces.

Proceso de divorcio Davis vs. Davis. Mi pulso se acelera. Abro el documento PDF adjunto. Las líneas bailan en mi pantalla. El matrimonio se divorció oficialmente casi un año después del

incidente en Banff. Evelyn Davis recuperó su apellido de soltera tras el divorcio.

Sigo bajando; mis ojos vuelan sobre la letra pequeña de los bufetes de abogados. Ahí está.

Evelyn Rice.

Abro una pestaña nueva y busco el nombre en las bases de datos actuales de Montreal y Toronto. La lista de resultados es manejable. Un par de perfiles de LinkedIn, una mención en un informe de caridad local. Mi mirada se clava en una entrada.

Evelyn Rice. Propietaria de Rice Fine Arts Gallery, Viejo Montreal.

La galería no está ni a veinte minutos en coche de aquí.

Entro en la web de la galería y encuentro un diseño profesional pero discreto. Bajo la sección de 'Contacto' hay un número de teléfono. No dudo ni un segundo. Si empiezo a pensar, perderé el valor. Agarro mi teléfono, marco el número de la pantalla y me lo pego a la oreja.

Suena tres veces hasta que responde una voz de mujer.

—Rice Fine Arts, habla Evelyn Rice. ¿En qué puedo ayudarle?

Inspiro hondo por la nariz y yergue los hombros aunque ella no pueda verme. —Buenos días, Sra. Rice. Mi nombre es Jade Sterling. Soy periodista del *Montreal Chronicle*.

Se produce un silencio repentino al otro lado de la línea.

—¿El *Chronicle*? —repite ella, y la calidez amable desaparece de su voz.— No tenemos planeadas nuevas exposiciones para este trimestre, señorita Sterling.

—No se trata de su galería de arte —intervengo de inmediato, colándome en el mínimo resquicio de su atención antes de que

cuelgue.— Se trata de Cayden Miller. Y del campamento de entrenamiento en Banff hace once años.

Aunque no dice nada, casi puedo oír cómo su mente trabaja a toda velocidad.

—No tengo nada que decir sobre eso —dice.

—Cayden está construyendo un nuevo estadio aquí en Montreal —suelto a toda prisa; las palabras casi se atropellan.— Vuelve a estar en el centro de la atención pública. Las viejas historias están aflorando de nuevo. La maquinaria de relaciones públicas de la federación difundió una mentira para proteger a su exmarido. Cayden guardó silencio todos estos años para mantenerla a usted fuera de la línea de fuego. Pero la verdad va a salir a la luz, Sra. Rice. Con o sin su versión de los hechos. Ahora tiene la oportunidad única de contar su historia antes de que los medios se lancen de nuevo sobre los viejos rumores.

Pasan los segundos mientras observo a los transeúntes fuera en la calle, esperando a ver si mi cebo ha funcionado.

Un suspiro llega a través del teléfono.

—No sabe en qué se está metiendo, señorita Sterling —susurra finalmente.— La verdad sobre Banff es mucho más complicada que una simple aventura en una habitación de hotel.

—Entonces explíquemelo —digo.— Hablemos. Sin micrófonos, sin cámaras ocultas. Solo nosotras dos.

—Esta tarde —dice Evelyn Rice finalmente, y su tono vuelve a ser profesional.— A las tres. Venga a mi galería. Iremos a mi despacho privado. Y si sus preguntas no me gustan, haré que mi servicio de seguridad la ponga en la calle al instante.

—A las tres —confirmo de inmediato.— Estaré allí puntual. Muchas gracias, Sra. Rice.

26

Cayden

El volante de mi Porsche se siente firme bajo las palmas de mis manos. Dejo el motor al ralentí y observo el portal de entrada de la *Middle School* en el centro de Montreal. El reloj del salpicadero marca las quince horas en punto.

Mi cráneo sigue latiendo al ritmo del whisky escocés de anoche. El vuelo de regreso desde Nueva York fue una lección de autoconocimiento. Huí de una mujer que me dijo la verdad a la cara. Mis amigos en el bar habían puesto el dedo con precisión en la llaga. Tiro del freno de mano en cuanto pierdo el control.

Las puertas dobles del edificio escolar se abren de par en par y una corriente de alumnos se derrama sobre la acera. Apago el motor, bajo del coche y me apoyo contra el vehículo.

Diviso a Parker a los pocos minutos. Lleva su mochila sobre un hombro y gesticula con entusiasmo con dos chicos de su edad que caminan a su lado. Uno de sus amigos le da un codazo repentino en el costado. Abre mucho los ojos y señala con la barbilla directamente hacia mi deportivo.

Parker gira la cabeza. Se le desencaja la mandíbula y se queda petrificado en mitad de la acera.

Levanto la mano.

—¿Sr. Miller? —exclama. Deja plantados a sus amigos y corre por la franja de césped. Los otros dos chicos me miran estupefactos, luego susurran emocionados entre ellos. Cualquier niño de diez años en esta ciudad conoce mi rostro por la televisión.

Parker frena ante mí buscando aire. Su mirada recorre el coche y luego se clava en la mía.

—¿Qué hace usted aquí?

—Henry tenía una cita esta tarde —invento una excusa rápida mientras me cruzo de brazos—. Y he pensado que las fracciones pueden esperar. Sube.

Su rostro se ilumina. Rodea el coche y se deja caer en el asiento de cuero. Subo y pulso el botón de encendido. El motor de seis cilindros ruge. Parker se pega al respaldo con una sonrisa de oreja a oreja.

Nos incorporamos al tráfico de la tarde.

—¿Adónde vamos? —pregunta Parker, acariciando con reverencia el salpicadero.

—Al centro de entrenamiento —respondo mientras subo una marcha—. Los Royals están en el hielo. Vamos a ver cómo ensayan el *powerplay*.

Parker alza los puños y celebra ruidosamente.

—¿Qué tal el colegio? —pregunto, cambiando de carril y acelerando en la rampa de acceso a la autopista.

—Normal. Las matemáticas son un asco. ¿Quién necesita fracciones en la vida real?

—Todo el mundo —replico seco—. Las estadísticas de hockey son puras fracciones. Porcentajes de pases, de paradas, eficiencia en el *powerplay*. Si quieres entender el juego, tienes que captar los números.

Él pone una mueca. —Eso mismo dijo mamá.

El nombre de su madre me provoca una punzada innegable. No he sabido nada de ella desde mi vuelo de anoche. Mis llamadas de esta mañana han ido directas al buzón de voz.

Aparcamos frente al pabellón de entrenamiento y el servicio de seguridad nos permite el paso de inmediato. Guío a Parker por el túnel de jugadores, donde el olor a refrigerante nos inunda la nariz. Luego, nos asomamos a la valla.

Las cuchillas de los jugadores raspan el hielo. Los discos chocan contra el plexiglás. El entrenador Carter hace sonar el silbato y su voz resuena en todo el estadio. Parker se aferra al borde, observando cada jugada. Sus ojos saltan frenéticos de los defensas a los delanteros.

—¿Ves la formación? —pregunto poniéndome a su lado—. Entrenan la situación de superioridad. Fíjate en los extremos.

Parker asiente y entorna los ojos, analizando el movimiento de los cuerpos sobre el hielo.

—El extremo izquierdo está mal colocado. Está arrastrando a la defensa directo a la línea de pase. Tiene que abrirse un metro más hacia fuera.

Lo miro de reojo. El chico ha detectado el problema en diez segundos. En ese preciso instante, el entrenador grita exactamente la misma crítica por todo el hielo.

Siento que el orgullo me hincha el pecho. Es una sensación absurda. Las palabras de mis amigos en Nueva York resuenan en mi cabeza: *«Cuando tengas hijos propios, lo entenderás»*. Pongo la mano en el hombro de Parker. No se aparta; incluso se apoya mínimamente contra mi brazo sin quitar la vista del hielo.

Pasamos una hora junto a la valla. Le explico las tácticas del entrenador y Parker absorbe cada dato. Hace preguntas que algunos profesionales de mi plantilla ni siquiera sabrían formular. Al terminar el entrenamiento, algunos jugadores nos saludan al pasar. Parker irradia felicidad.

Salimos del pabellón.

—¿Tienes hambre? —pregunto.

Él asiente con ganas. Dirijo el Porsche hacia el centro y nos detenemos en una heladería. El dueño me reconoce al instante, me saluda con la cabeza y le entrega a Parker un helado gigantesco. Yo pido un café solo.

Nos sentamos en un banco frente al local. El sol de la tarde nos calienta la cara mientras Parker saborea su helado. Tiene manchas de chocolate en la barbilla y columpia las piernas.

—¿Sr. Miller? —pregunta de repente.

—Cayden. Dime Cayden.

Él sonríe. —Vale. Cayden. ¿Estará mamá enfadada porque nos hemos ido así?

—Le he escrito un mensaje —respondo tras un sorbo de café—. No te preocupes. Yo lo aclaro con ella. Solo le estamos robando un poco de tiempo.

Parker rebaña lo que queda en su tarrina. Su expresión se vuelve seria.

—Últimamente está muy estresada. Por su jefe. Y por mi abuelo.

Frunzo el ceño. Jade no ha mencionado a su padre ni una sola vez; ha mantenido su situación familiar bajo llave.

—¿Tu abuelo?

—Está enfermo —murmura Parker mirando sus zapatillas. Arrastra la puntera por el suelo—. A veces ya no se acuerda de nosotros. Mamá tiene que trabajar mucho para pagar la residencia. A veces llora a escondidas en la cocina cuando cree que ya estoy dormido.

No sé qué decir.

Jade carga con mucha más responsabilidad de la que quiere admitir. Lucha en demasiados frentes a la vez: la presión de su redactor jefe, los costes de la residencia de su padre, el miedo por su hijo. Y yo la acusé de cobarde cuando, en realidad, solo intenta mantener su vida a flote.

Dejo la taza vacía en el alféizar de la heladería.

—Tu madre es una guerrera —digo en voz baja. Le quito la tarrina vacía y la tiro a la papelera de la esquina—. Vamos a casa. Tienes deberes que terminar.

Parker gime, pero no protesta.

El viaje de vuelta a Westmount es más tranquilo porque Parker está agotado. Su cabeza cae contra el reposacabezas y casi duerme cuando cruzo el portal de hierro forjado de mi villa. Henry ya nos espera en la escalera.

—La señorita Sterling se marchó esta mañana y aún no ha regresado —me informa mientras ayudo a Parker a bajar del coche.

—Gracias, Henry —asiento.

Parker me mira con ojos cansados. —Ha sido un día genial, Cayden.

—Yo también lo creo, Parker.

27

Jade

El olor a pintura al óleo cara desplaza el hedor penetrante de la gran ciudad en cuanto la puerta de cristal de la *Rice Fine Arts Gallery* se cierra tras de mí. El estruendo de la calle Sainte-Catherine cesa al instante. En las paredes blancas cuelgan lienzos de gran formato que muestran paisajes abstractos en colores vibrantes. Mis tacones resuenan sobre el parqué pulido mientras maniobro entre esculturas colocadas con esmero. Mi pulso golpea con un ritmo incómodo contra mi carótida; no tengo idea de qué me espera tras la siguiente puerta.

En la parte trasera de la sala, una cortina se descorre y una mujer aparece bajo la suave luz de los focos del techo. Evelyn Rice posee esa elegancia discreta que el dinero por sí solo no puede comprar. Su cabello cobrizo está recogido en un moño bajo; finas líneas enmarcan sus ojos, narrando una vida que no siempre siguió el plan previsto. Lleva una chaqueta de punto suave sobre un vestido de seda vaporoso. Al verme, se detiene y me escruta con una mezcla de curiosidad y cautela palpable.

—¿Señorita Sterling? —pregunta, y su voz posee un tono sorprendentemente melódico.

—Sra. Rice —respondo, acercándome y tendiéndole la mano—. Gracias por recibirme. De verdad lo aprecio mucho.

Duda un instante antes de estrechar mis dedos. Su apretón es inesperadamente firme. —Mejor venga a mi despacho. Aquí fuera hay demasiado ajetreo para este tipo de conversación, y estoy esperando una entrega de marcos nuevos.

La sigo por un pasillo estrecho hasta una habitación contigua que sirve a la vez de oficina y estudio. Un escritorio de roble macizo domina el centro, mientras que en las esquinas se amontonan

bocetos y paletas de colores. Evelyn señala una silla tapizada. Me siento, saco mi cuaderno del bolso y preparo el bolígrafo.

—Dijo por teléfono que quería hablar de Banff —comienza sin rodeos. Llena dos vasos con agua de una jarra y me desliza uno por la mesa.

—Estoy escribiendo un perfil detallado sobre Cayden Miller para el *Chronicle* —explico, midiendo mis palabras con sumo cuidado—. Se encuentra en un punto de inflexión masivo en su carrera. El proyecto del estadio lo devuelve al foco público, pero al mismo tiempo los medios están desenterrando el pasado. Quiero escribir los hechos. No quiero reproducir cuentos de relaciones públicas que la federación inventó hace más de una década.

Evelyn se sienta despacio en su silla. Entrelaza las manos sobre la madera y se queda mirando sus uñas cuidadas un buen rato, como buscando la frase adecuada. —La prensa lo destrozó literalmente, señorita Sterling. La federación lo sacrificó sin pestañear. Y yo miré en silencio.

Suspira de forma audible. El último resto de distancia profesional se desmorona, revelando a una mujer que carga con una culpa inmensa. Once años son una eternidad cuando tienes que acallar tu propia conciencia a diario.

—Cuénteme sobre el tiempo antes del escándalo —la insto con suavidad, abriendo la primera página en blanco de mi cuaderno. Al hacerlo, caen algunos de mis propios bocetos, esos que he hecho estos días para calmar mis nervios.

—¿Son suyos? —pregunta Evelyn.

—Esto… sí, no, quiero decir… es una afición. Más bien una terapia para mis nervios cuando todo me sobrepasa.

Asiente, como si supiera exactamente de qué hablo. —Tiene talento.

Asiento agradecida, pero no sé qué más decir, así que cambio de tema. —¿Cómo conoció a Cayden?

—Yo trabajaba entonces como fisioterapeuta del equipo nacional —dice, y una sonrisa asoma a su boca—. Masajeaba músculos tensos y vendaba articulaciones. Pero, ante todo, era la esposa del entrenador jefe. Ese era mi título oficial. Los jugadores solo veían en mí el apéndice mudo del entrenador Davis.

Asiento comprensiva y anoto la fecha de hoy en el papel.

—Mi exmarido vivía exclusivamente para el deporte —continúa ella, mientras su mirada viaja hacia un óleo en la pared opuesta—. La táctica era su religión, las victorias su oxígeno. Pasaba media noche sobre sus esquemas de juego. La otra mitad la pasaba en habitaciones de hotel ajenas. Tuvo incontables aventuras durante nuestro matrimonio y pensaba seriamente que yo no lo sabía. Me creía deliciosamente ingenua.

Una punzada aguda recorre mi estómago. El hombre que arruinó a Cayden por un desliz moral era él mismo un adúltero profesional.

—Cayden llegó nuevo al campamento ese año —cuenta Evelyn, y su voz gana calidez—. Era la joven estrella en ascenso. Traía consigo un revuelo mediático increíble. Los jugadores veteranos se acobardaban ante mi marido; Cayden no. Tenía respeto por el logro deportivo, pero no temía a la autoridad.

Acaricia distraída el cartón de un cuaderno de dibujo. —Nos encontrábamos en las cenas obligatorias del equipo. Mi marido presidía la mesa y daba voces sobre las jugadas. Yo solía estar sentada en silencio, mirando mi plato. Cayden se sentaba a menudo frente a mí y solía hacer bromas cuando mi marido miraba a otro lado. Poseía ese encanto desarmante que llena una habitación al instante. Él me vio, Jade. Me vio como ser humano y no como propiedad del entrenador.

La escucho con atención. La imagen unilateral del *playboy* arrogante que tenía en mi cabeza sufre grietas profundas. Evelyn describe a un hombre joven que prestó atención a una mujer solitaria en una mesa abarrotada.

—Venía a menudo a la sala de tratamiento tras el entrenamiento —prosigue, bebiendo un poco de agua—. Tenía una lesión de hombro persistente. Nada grave, pero había que tratarlo. Hablábamos durante las sesiones. Me preguntaba por mis intereses reales. Le hablé del arte, de mi pasión por la pintura. Mi marido, en todos nuestros años juntos, no me preguntó ni una sola vez por mis cuadros. Cayden quería ver fotos en mi teléfono. Elogiaba mi técnica. En esos breves momentos, me hacía sentir viva de nuevo.

Trago saliva; los paralelismos me golpean de frente. Cayden tiene esa capacidad rara de hacer sentir a la gente que es el centro del universo en ese instante. Lo hizo con Parker en el palco VIP. Y lo hizo en el pasado con Evelyn.

—Y entonces llegó esa noche en Banff —guío la conversación hacia el punto de ruptura.

Evelyn cierra los ojos y apoya la frente en las yemas de sus dedos. El recuerdo parece dolerle físicamente. —Estábamos en el hotel del equipo. Mi marido me había dejado en evidencia ante todo el grupo en la cena, sin motivo alguno. Hizo un comentario despectivo sobre mi peso porque una jugada no le salió bien y necesitaba una válvula de escape. Me levanté y me fui a mi cuarto. Lloré durante horas. En algún momento de la noche, salí al pasillo y llamé a la puerta de Cayden.

Levanta la cabeza y me mira a los ojos. —Al principio no se trataba de sexo, señorita Sterling. Solo necesitaba a alguien que me consolara. Necesitaba desesperadamente que alguien me confirmara que no era un pedazo de basura. Cayden me dejó entrar. Estaba furioso con mi marido por lo de la cena. Me preparó unas copas del

mueble bar y hablamos largo rato. El alcohol hizo el resto y una cosa llevó a la otra.

Me quedo con el bolígrafo quieto, imaginando la escena. La desesperación de esa mujer. El instinto protector impulsivo de Cayden mezclado con su aversión por el entrenador.

—Mi marido se despertó en algún momento —susurra Evelyn, y sus manos empiezan a temblar levemente—. No me encontró en la cama, pero conocía al portero de noche de antes. Consiguió las tarjetas maestras de las habitaciones y entró sin previo aviso en el cuarto de Cayden.

Un escalofrío me recorre la espalda. El momento en que la bomba explotó.

—Gritó como un loco —dice sin tono—. Me llamó zorra y me escupió a la cara. Amenazó a Cayden; le dijo que lo echaría de la selección en el acto. Que usaría sus contactos para asegurarse de que ese chico engreído no volviera a pisar el hielo canadiense.

—¿Cómo reaccionó Cayden? —pregunto, inclinándome sobre el escritorio.

—Se puso de inmediato delante de mí para protegerme —responde Evelyn. Una lágrima resbala por su mejilla y se la limpia rápido—. Estaba allí en calzoncillos y no levantó la voz ni una sola vez. Miró a mi marido a los ojos y dijo: "Déjala fuera de esto. Castígame a mí. Pero deja su dignidad en paz".

Aprieto los labios con fuerza. Cayden la protegió. Se sacrificó por completo para salvarla de la humillación pública. Sabía exactamente lo que se jugaba. Y lo hizo de todos modos.

—La federación intervino a la mañana siguiente —continúa Evelyn—. Necesitaban una excusa plausible para la expulsión fulminante de su estrella. No podían permitir que el entrenador jefe quedara como un marido cornudo; eso habría socavado su autoridad

ante el equipo. Así que inventaron lo de la noche de fiesta excesiva. Cayden fue suspendido. La prensa se lanzó sobre él como lobos. Lo soportó todo en silencio. En todos estos años, nunca ha dicho una sola palabra sobre mí a los medios.

—¿Por qué guardó usted silencio? —se me escapa.

Evelyn baja la mirada avergonzada. —Fui una cobarde increíble. Tenía un miedo atroz a mi marido, al linchamiento público. Quería proteger a mis dos hijos, que entonces eran pequeños. Me convencí desesperadamente de que Cayden saldría adelante de alguna forma. Tenía tanto talento... Pensé que su reputación deportiva se recuperaría en unos meses.

Suelta una risa sin alegría. —El matrimonio no duró ni un año más después de aquello. Nuestro divorcio fue una guerra total. Mi marido acabó pagándome una indemnización alta para que me callara definitivamente. Cogí el dinero y abrí esta galería en Montreal. El arte fue mi salvavidas. No he vuelto a ver a Cayden desde aquella noche en Banff. Nunca le di las gracias por lo que hizo por mí.

Dejo el bolígrafo despacio. La verdad está sobre la mesa y es totalmente distinta a los informes sensacionalistas de los archivos. Cayden no fue el culpable. Fue el chivo expiatorio conveniente para un sistema tóxico y misógino en el deporte profesional.

—¿Mantiene contacto con su exmarido hoy? —cambio de tema, necesitando un momento para procesar mis propias emociones.

Evelyn niega con la cabeza. —Apenas hablamos. Y si lo hacemos, es exclusivamente por nuestros hijos. Ahora son adolescentes y necesitan una figura paterna, aunque él sea una persona extremadamente difícil. De hecho, tuvimos una pelea por teléfono hace poco. Siempre cambia sus planes a costa de los chicos.

—¿Qué pasó?

—Le tocaba su fin de semana de visitas —explica visiblemente molesta—. Los chicos llevaban semanas ilusionados. Querían ir juntos a un partido de hockey importante. Pero él llamó el jueves por la noche y lo canceló todo.

—Debió de ser decepcionante para sus hijos —asiento.

—Para él, su carrera sigue siendo lo más importante —resopla Evelyn con desprecio. Golpea la madera de la mesa con el dedo—. Me dijo por teléfono que tenía una reunión urgente; una cena de negocios inaplazable en Montreal. Dijo que el hombre era alguien extremadamente influyente.

—¿Mencionó el nombre del hombre por casualidad?

Evelyn frunce el ceño intentando recordar. —Presumió muchísimo por teléfono. Le encanta soltar nombres importantes para impresionarme. Era un inversor conocido. Alguien con muchísimo capital.

Chasquea los dedos. —Hades. No. No era ese. Hayes. Elias Hayes. Ese era el nombre.

28

Cayden

Debo admitir que mi concepto de familia ha cambiado desde que Jade y Parker viven bajo mi techo. Antes veía la familia como una carga y una obligación molesta; ahora ya no estoy tan seguro. Los chicos en Nueva York me lavaron bien el cerebro y el día con Parker ha hecho el resto. Es un niño tan dulce; por muy cansado que estuviera, subió sin protestar a terminar sus deberes.

Tomo mi móvil y pulso el icono verde de llamada. Me pongo el aparato en la oreja y escucho el tono monótono. Tras el tercer toque, la línea se abre con un chasquido.

—¿Cayden? —La voz de mi madre casi se quiebra. De fondo se oye el tintineo de porcelana. —¿Ha pasado algo? ¿Está Hailey en el hospital?

—Nadie está en el hospital, mamá —apoyo el codo en la encimera. —Relájate.

Se produce una pausa palpable. —Llamas un día de diario. En mitad de la tarde. ¿Qué ocurre?

—Solo quería saber cómo estabais —respondo. Ni yo mismo puedo creerme mis propias palabras.

Se aclara la garganta. —Tu padre está bien. Está arreglando la valla del jardín. Las bisagras llevan semanas chirriando y se niega en redondo a llamar a un profesional.

—Es un testarudo —constato.

—Una de las cualidades que ha heredado a sus hijos —responde ella.

La conversación avanza a trompicones mientras nos lanzamos frases triviales. Le cuento la victoria de los Royals y ella me habla del

perro nuevo de los vecinos. En algún momento, dejo de soportar la charla insustancial.

—Venid el sábado a tomar café —digo.

Un estruendo metálico suena al otro lado; probablemente se le ha caído una cuchara. —¿A Westmount?

—Exacto. Helena seguro que prepara algún pastel.

Su escepticismo viaja por el auricular directo a mi oído. —Hace tanto tiempo que no te visitamos en tu casa. ¿Estás enfermo?

Tengo que reprimir una carcajada. —Me encuentro de maravilla. Simplemente venid. ¿Sobre las quince horas?

—Allí estaremos —murmura ella, todavía sonando completamente desconcertada. —Hasta el sábado, hijo mío.

Justo cuando cuelgo, la puerta batiente se abre de golpe.

Jade.

Se queda quieta en mitad de la estancia, con el abrigo todavía a medio poner sobre los hombros y los dedos blancos de tanto apretar la correa de su bolso. Me mira, pero no con la frialdad de los últimos días; hay algo más. Algo que me pone los pelos de punta.

—¿Dónde estabas? —le pregunto.

—Eso mismo podría preguntarte yo a ti.

—Estaba fuera por negocios —digo.

—¿Con mi hijo?

—No cogías el teléfono, así que difícilmente podía pedirte permiso —replico.

En ese momento, oigo los pasos de Parker sobre nosotros. El trote familiar por el pasillo del ala este y esa breve pausa antes de la

escalera.

Jade también lo oye. Su mirada se dispara hacia el techo.

—Ahora no —dice ella. —Hablaremos de esto después de cenar, cuando él esté dormido. En la biblioteca.

29

Jade

La leña cruje con fuerza en la chimenea abierta de la biblioteca, escupiendo una lluvia de chispas contra la rejilla metálica protectora. El calor del fuego llega hasta mi sillón y me quema la piel, pero no es suficiente para disipar el temblor de mis dedos. Deslizo el cuaderno con la información garabateada sobre Evelyn Rice y Elias Hayes bajo una pila de recortes de periódicos viejos.

Miro a Cayden. Está junto al enorme globo terráqueo que sirve de minibar, sirviendo dos copas. Los músculos bajo su camisa se mueven con cada gesto. Mi conciencia se activa y me insta a contarle lo que he descubierto sobre Hayes.

Pero, ¿qué he descubierto realmente? Que hay un vínculo entre el hombre que lo expulsó de la selección nacional y el hombre del que depende para la construcción del estadio. Puede ser casualidad. Si sacamos conclusiones precipitadas, la jugada podría salirnos muy cara. Cayden se enfrentaría a Hayes en el acto y posiblemente arruinaría el trato sin poder demostrar nada. Tengo que protegerlo de su propio temperamento, y eso me obliga a este silencio insoportable.

Cayden trae las dos copas y me tiende una.

—Parker duerme —dice dando un sorbo. Apoya los antebrazos en los muslos y me observa por encima del borde del cristal. —Espero que te haya parecido bien la excursión de hoy.

Rodeo mi copa con ambas manos para ocultar el temblor. —No habla de otra cosa. Hoy le has cumplido un sueño al ir a recogerlo al colegio en el Porsche.

Cayden sonríe, y es una sonrisa que sale del corazón. Me recuerda al hombre del que me enamoré hace tantos años.

—He hablado por teléfono hace un rato —dice cambiando de tema y dejando su copa en la mesa baja. Su mirada se clava en mi rostro. —He llamado a mi madre.

Parpadeo sorprendida. —¿Has hablado con tus padres?

—Hemos quedado para tomar café —continúa, reclinándose en el sillón. —El próximo sábado. Aquí en la casa. Hailey también vendrá.

—Me alegro mucho por ti —respondo, y mi voz suena más suave de lo que pretendía. —Hailey probablemente se eche a llorar en cuanto cruce la puerta. Te echa de menos.

—Yo también la extraño —admite él con una franqueza inesperada. Se inclina hacia delante en el sofá. La distancia entre nuestras rodillas se reduce a unos pocos centímetros. —Me estoy dando cuenta de que he descuidado mucho el tiempo con la familia estos últimos años.

Apenas puedo creer lo que oigo, pero no digo nada. En su lugar, sigo mirando el fuego.

—Parker me contó algo más mientras comíamos helado —dice en voz baja.

Oh, no. ¿Qué viene ahora?

—Habló de tu padre —añade Cayden.

—Parker a veces habla demasiado —murmuro, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Se preocupa por ti —dice Cayden. —Me habló de la residencia. De la enfermedad. Dijo que lloras a escondidas por las noches en la cocina porque no sabes cómo pagar las facturas.

Un rubor ardiente me sube a las mejillas. Me siento completamente desnuda. Esta villa, este trabajo, mi fachada entera

empieza a desmoronarse.

—Ese tema no pertenece a esta entrevista —rebato, agarrando mi bolígrafo para aferrarme a cualquier forma de profesionalidad. —Es un asunto privado. Yo lo solucionaré.

Cayden se inclina aún más, hasta que puedo sentir el calor de su cuerpo. —¿Por qué no dijiste nada? Nos conocemos de toda la vida. Estás aquí en mi casa, casi hundiéndote bajo ese peso, mientras yo inyecto millones en estadios.

—¡Porque no es asunto tuyo! —le espeto, y mi voz casi se quiebra. El bolígrafo resbala entre mis dedos y cae a la alfombra. —No estoy aquí para darte lástima. Hago mi trabajo. Escribo este artículo para Collins, cobro mi bono y pago la residencia de mi padre. No necesito que nadie me rescate.

Él sacude la cabeza. —No se trata de lástima. Se trata de apoyo. Déjame ayudarte.

Ahí está de nuevo, el Cayden que cree que con dinero se arregla todo. Me ofrece su dinero como quien paga la cuenta de un café. Mi orgullo se alza en una ola gigantesca. Si aceptara ese cheque, la monstruosa mentira sobre nuestro hijo terminaría por aplastarme. ¿Le oculto a Parker desde hace once años y ahora pretendo que financie mi vida? La idea me corta la garganta.

Salto del sillón. Mis rodillas casi golpean la mesa.

—¡Quédate con tu maldito dinero! —grito, retrocediendo un paso largo. La rabia hierve en mis venas y desplaza la culpa. —¿Crees en serio que puedes resolver cualquier problema del mundo con tu cuenta bancaria? ¿Crees que pones unos billetes sobre la mesa y te compras la redención?

Cayden se levanta y bloquea el camino a la puerta. —No quiero comprar nada. Quiero quitarte una carga enorme de encima. ¿Por

qué te resistes tanto a mi ayuda? ¿Por qué tienes que cargarlo todo sola?

—¡Porque soy independiente! —bramo, señalándole el pecho con el dedo. —Me las he apañado sola los últimos once años. He ganado cada céntimo por mi cuenta. No voy a dejar que me pagues solo para que tú te sientas mejor. Piensas que el dinero repara las cosas rotas. No lo hace. Solo vuelve a la gente dependiente de ti.

Sus ojos azules se entornan. El ambiente pacífico ha ardido por completo. Da un paso agresivo hacia mí hasta que mis hombros casi rozan la madera de las estanterías.

—Eres increíblemente testaruda —gruñe. Su aliento roza mi cara. —Me acusas de esconderme tras mi dinero. Pero tú haces exactamente lo mismo con tu falso orgullo. No dejas que nadie se te acerque. Levantas muros alrededor de ti y de Parker tan altos que ni con una escalera se pueden saltar.

—¡Pues no subas por mis muros! —le devuelvo el golpe, presionando las palmas de mis manos contra su pecho para mantener la distancia. El haz de músculos bajo su camisa se tensa al instante.

No retrocede ni un milímetro. Sus manos se lanzan hacia delante y sujetan mis muñecas. Su agarre es firme. Aparta mis manos de su pecho y las presiona contra los estantes a izquierda y derecha de mi cabeza.

—No voy a subir por tus muros. Voy a derribarlos —susurra. —Deja de luchar contra mí. Deja de verme siempre como al enemigo.

La rabia de mis venas se transforma en un solo latido en una emoción completamente distinta. Mi pulso recorre mi cuerpo a una velocidad demencial. Miro su boca, siento el calor de su piel a través de la tela de su camisa.

—Suéltame —susurro, pero mis palabras suenan a capitulación.

Cayden suelta mis muñecas, pero no retrocede. Sus manos viajan en su lugar hacia mis caderas. Me atrae hacia él con un movimiento fluido. El contacto de nuestros cuerpos envía una descarga eléctrica por mi columna.

Inclina la cabeza. Su boca encuentra la mía con una urgencia hambrienta que pulveriza al instante cualquier pensamiento racional.

Abro los labios y dejo de ofrecer resistencia. Mis dedos se hunden profundamente en su pelo. El sabor a vino y deseo estalla en mi lengua. La pelea, la residencia, las pruebas de mi cuaderno... el mundo entero fuera de esta biblioteca deja de existir.

Cayden me empuja más contra la estantería y un libro de arte cae al suelo con un golpe seco, pero ignoramos el sonido por completo. Rodea mi cintura con un brazo y me levanta sin esfuerzo hasta sentarme en el borde del macizo escritorio. El frío de la caoba traspasa la tela de mi pantalón.

Sus labios viajan de mi boca a mi cuello, dejando un rastro húmedo en mi piel. Mi espalda se arquea involuntariamente. Un jadeo leve escapa de mi garganta. Tira del dobladillo de mi jersey hacia arriba; sus palmas cálidas se deslizan por mi vientre desnudo, dejando pequeños incendios a su paso.

—Me vuelves loco —murmura contra mi clavícula. Sus dedos suben y rozan el borde de mi sujetador.

Me aferro a sus hombros anchos. Quiero decírselo todo. Quiero hablarle de Evelyn Rice. Quiero confesarle lo de Parker. La verdad presiona con fuerza contra mis labios, pero el desbordamiento físico me obliga al silencio. Lo atraigo aún más hacia mí. Me pierdo deliberadamente en este calor embriagador para retrasar la inevitabilidad de la realidad unas horas más.

Sus manos viajan a mi nuca, echa mi cabeza hacia atrás y vuelve a besarme. Una pasión sin límites barre los últimos restos de mi resistencia. Mañana tendré que recoger los escombros. Pero esta

noche, me aferro al hombre que no he podido desterrar de mi cabeza en más de una década.

30

Cayden

El beso no es un reencuentro suave: es una guerra que ambos ganamos y perdemos al mismo tiempo. Mis manos están en sus caderas, presionándola contra el escritorio, y siento cómo su cuerpo cede.

—Joder, Jade... —susurro contra sus labios sin interrumpir el beso. Mi lengua se sumerge más profundo, exigiendo, tomando. Ella gime suavemente en mi boca, y el sonido me llega directo al sexo. Tantos años comparando a cada mujer con la que me he acostado con ella... pero esto es diferente.

La levanto y la siento en el borde del macizo escritorio. Los papeles crujen, una pluma rueda por el suelo. Me importa un bledo. Sus piernas se abren automáticamente, enredándose en mis caderas. La tela de su pantalón roza mi miembro endurecido, y le muerdo el labio inferior porque, de lo contrario, gemiría en voz alta.

—No tienes idea de cuántas veces imaginé esto —susurro, mientras mis dedos ya suben el dobladillo de su jersey—. Cuántas veces me quedé despierto por la noche imaginando que te tomaba justo aquí. En esta mesa. En mi casa.

No responde con palabras. En cambio, me saca la camisa del pantalón; sus uñas arañan mi vientre. Le quito el jersey por la cabeza y lo tiro a algún lado. El sujetador de encaje negro es casi demasiado bonito para destrozarlo... casi. Un tirón y el cierre salta. Sus pechos caen pesados en mis manos, los pezones duros como piedras. Bajo la cabeza, succiono uno, muerdo ligeramente. Jade gime mi nombre, clavando sus dedos en mi pelo.

Quiero más. Lo quiero todo.

Con un brazo, despejo el resto del escritorio. Bolígrafos, cuadernos y un viejo pisapapeles caen sobre la alfombra. La tumbo sobre la superficie fresca, le abro el pantalón con una mano mientras la otra ya se desliza en su braguita. Está mojada. Tan malditamente mojada. Mis dedos se deslizan por su hendidura caliente, circulan sobre su clítoris y ella se arquea.

—Cayden... por favor...

Ese "por favor" saliendo de su boca es mejor que cualquier gol que haya marcado en mi vida.

Le quito el pantalón y la braguita a la vez, lanzándolos sobre mi hombro. Luego agarro sus tobillos y le abro las piernas de par en par. Su sexo brilla ante mí, rosado, hinchado, goteando. La miro, sosteniendo su mirada.

—Me perteneces esta noche. ¿Entiendes eso?

Ella asiente, respirando con temblores.

Me hinco de rodillas ante el escritorio. La alfombra es suave bajo mis piernas. Apoyo sus piernas sobre mis hombros, atraigo su trasero hasta el borde y hundo mi cara entre sus muslos.

La primera lamida es lenta y placentera. Recorro de abajo hacia arriba, recogiendo su jugo que ya corre por sus muslos. Sabe exactamente como en mi recuerdo: dulce, acre, a mujer y a hogar. Rodeo su clítoris, lo succiono suavemente entre mis labios mientras dos dedos se hunden en ella. Está estrecha. Tan estrecha que casi me corro solo de pensar en cómo se sentirá alrededor de mi miembro en un momento.

Jade gimotea, sus caderas se sacuden. —Oh, Dios... sí... justo ahí...

Lamo más rápido, penetrándola con los dedos al mismo ritmo. Sus manos se crispan en mi pelo, atrayéndome más hacia ella. Siento cómo sus muslos empiezan a temblar.

Pero quiero más. Quiero que ella también me saboree.

Me levanto, me abro el pantalón y dejo que caiga. Mi miembro salta, grueso, pulsante, el glande ya brillando con gotas de deseo. Me subo a medias al escritorio, girándola conmigo hasta que quedamos en una posición de 69 perfecta. Su cabeza cuelga del borde, mi cara otra vez entre sus piernas.

—Cómela —le digo, y ella no duda ni un segundo. Sus labios se cierran alrededor de mi glande. Me succiona profundamente, su lengua gira alrededor del tronco mientras yo hundo mi lengua de nuevo en su sexo. Nos lamemos el uno al otro como si no hubiera un mañana. Sus gemidos vibran alrededor de mi miembro, haciendo que mis testículos hormigueen. Succiono su clítoris con más fuerza, la penetro con la lengua mientras mis dedos separan su trasero y un pulgar presiona levemente su entrada anal.

Siento cómo su cuerpo se tensa. Sus muslos tiemblan alrededor de mi cabeza.

—Llégate para mí, nena —gruño contra su clítoris—. Llégate en mi lengua.

Ella explota. Solo cuando se relaja, me retiro de su boca, me giro y me posiciono entre sus piernas. El escritorio está exactamente a la altura correcta.

Agarro sus caderas, la atraigo hasta el borde y empujo dentro de ella.

—Jodeeeer... —gimo. Está tan estrecha, tan caliente, tan perfecta. Sus paredes me envuelven como un puño. No le doy ni un segundo para acostumbrarse. La penetro hondo, duro; el sonido de la piel contra la piel resuena en la biblioteca. Cada estocada hace que sus pechos boten. Me inclino, succiono sus pezones, los muerdo mientras la tomo con embestidas largas y profundas.

—Te sientes tan bien... tan malditamente bien... —jadeo—. He echado de menos esto. A ti. Esto.

Ella me rodea con las piernas, atrayéndome más adentro. —Más duro... Cayden... por favor... te necesito más duro...

Le doy lo que quiere. Me hundo en ella, el escritorio cruje bajo nosotros. Sus uñas arañan mi espalda, dejando marcas rojas. Siento que está por llegar de nuevo, cómo su sexo se contrae rítmicamente a mi alrededor. Esta vez casi me corro con ella, pero aún no quiero.

Me retiro de su interior, ignorando su gemido de protesta. La levanto de la mesa, la llevo los pocos pasos hasta la gruesa alfombra persa frente a la chimenea. El fuego sigue crepitando, proyectando sombras doradas en su piel desnuda.

Me acuesto sobre la espalda, mi miembro apuntando hacia arriba.

—Ahora tú —digo ronco—. Jinetéame. Muéstrame cuánto me quieres.

Jade se arrodilla sobre mí, con las piernas a los lados de mis caderas. Me mira con esa mezcla de deseo, amor y algo oscuro que no alcanzo a descifrar. Luego se baja lentamente sobre mí. Centímetro a centímetro, mi miembro desaparece en su estrechez caliente y húmeda. Cuando se sienta por completo, ambos gemimos al unísono.

Sus manos se apoyan en mi pecho. Comienza a moverse; primero lento, en círculos, haciéndome sentir cada milímetro. Luego más rápido. Sus caderas ruedan, me jinetea como una diosa. Sus pechos botan con cada subida y bajada, su pelo cae salvaje alrededor de su cara. Le agarro el trasero, ayudándola a tomarme más hondo, empujando desde abajo.

—Justo así... joder, Jade... jinetea mi miembro...

Se vuelve más rápida, más salvaje. El sudor brilla en su piel. Me incorporo, la rodeo con mis brazos, succiono sus pezones mientras sigue cabalgándome. Nuestros labios se encuentran de nuevo; el beso es húmedo, desesperado, lleno de todas las palabras no dichas.

Siento cómo mi orgasmo se construye, imparable.

—Me voy a correr... —le advierto.

—Dentro de mí —jadea—. Córrete dentro de mí, Cayden. Por favor.

Eso es todo lo que necesito. Me hundo una última vez profundamente en ella, sosteniéndola firme contra mí mientras exploto. Espasmos calientes la llenan, bombeando y bombeando hasta que me desplomo temblando en sus brazos. Ella llega al mismo tiempo, su grito muere en mi hombro.

Nos quedamos así sentados, fundidos, respirando con dificultad. El fuego crepita. Afuera, el viento aúlla alrededor de la villa.

Le aparto el pelo húmedo de la cara, beso su frente, sus párpados cerrados.

—Quédate conmigo —susurro—. Más de los treinta días.

No responde de inmediato. En cambio, apoya su cara en mi cuello y siento cómo una sola lágrima corre por mi piel. No sé qué significa esa lágrima.

Solo sé que no volveré a soltarla nunca más.

Y que mañana quizás el mundo se vea diferente.

Pero esta noche, ella es mía.

31

Jade

Parker entra en la cocina con un estruendo ensordecedor. Lleva su camiseta azul de entrenamiento sobre una sudadera gris, mientras sus patines cuelgan peligrosamente cerca de su cara sobre el hombro. Su rostro brilla de pura expectación.

—¡Nos vamos al hielo! —me grita, deteniéndose frente a mí tras un leve resbalón.

Cayden entra en la estancia apenas unos segundos después que mi hijo. Lleva un pantalón de chándal cómodo y sostiene dos palos de carbono en la mano derecha. Me sonríe y yo me estremezco por dentro.

Han pasado cuatro días desde nuestra noche en la biblioteca. Cuatro días en los que hemos construido una normalidad nueva, casi surrealista. Durante el día no nos tocamos, mantenemos una distancia respetuosa cuando el personal está presente, pero el estado de guerra constante ha desaparecido por completo. En su lugar ha surgido una rutina armoniosa. Nos pasamos el café por la mañana sin decir palabra, nos reímos de los análisis tácticos de Parker durante la cena y, cuando nuestras miradas se cruzan, chisporrotea el recuerdo tácito de la increíble y apasionada explosión entre nosotros.

—No os paséis —les advierto, volviendo a centrarme en mi portátil—. Helena traerá luego el pastel para la visita. Quiero ver a jugadores de hockey recién duchados sentados a la mesa.

—Estaremos de vuelta puntuales —promete Cayden. Le da una palmada en el hombro a Parker y lo empuja suavemente hacia el pasillo.

En cuanto la pesada puerta principal se cierra, el silencio habitual regresa a la villa.

De repente, todo en mí grita que ponga las cartas sobre la mesa de una vez. Cayden debe saber que Parker es su propio hijo. Esta enorme mentira me corta el aire sin piedad con cada segundo despreocupado que pasamos los tres aquí juntos. Y Hailey también debe enterarse hoy de que he roto por completo nuestro pacto de entonces.

Una merienda familiar con sus padres probablemente no sea el momento ideal para semejante bomba. Pero, ¿cuándo existe el momento adecuado para desquiciar un mundo entero? He arrastrado esta verdad de forma cobarde durante once años. Quizá esta tarde deba, simplemente, dejar de huir y cargar por fin con las consecuencias.

Inspiro profundamente, abro el programa de correo electrónico y adjunto el documento de texto. Mi informe provisional para Tom Collins. Le he entregado tres mil palabras bien articuladas sobre la presión deportiva y la responsabilidad financiera de la construcción del estadio. Sin escándalos. Sin detalles picantes del pasado. Pulso el botón de enviar y observo la barra de carga recorrer la pantalla.

Menos de dos minutos después, mi teléfono vibra sobre la encimera. El nombre de mi redactor jefe ilumina la pantalla. Deslizo el marcador verde y me pego el aparato a la oreja.

—Sterling —dice Collins sin saludar. El tecleo rítmico de su ordenador resuena por la línea—. Estoy leyendo su borrador. Es una pieza de lírica de relaciones públicas muy bonita. Brillante en lo lingüístico. Pero, ¿dónde demonios está el abismo? ¿Dónde está el escándalo de Banff?

Apoyo la frente en mi mano libre y me obligo a usar un tono tranquilo. —Cayden Miller es actualmente un hombre de negocios serio, Tom. Está construyendo un estadio de miles de millones. Los

Royals están haciendo una temporada sobresaliente. El pasado no tiene lugar en este contexto si queremos escribir un perfil auténtico.

—El pasado siempre tiene lugar si genera clics —resopla Collins con desprecio. Deja de teclear—. Escúcheme bien, Jade. No la elegí para este trabajo porque sepa escribir frases hermosas sobre financiación de obras. Elias Hayes la pidió expresamente a usted.

Me yergue en la silla. El asiento de la cocina cruje levemente con mi movimiento. —¿Hayes me pidió a mí?

—Exactamente —confirma Collins impaciente—. No quería a cualquier reportero deportivo que le bailara el agua a Miller. Quería a nuestra periodista de investigación más dura. Me dijo por teléfono que espera una cobertura implacable antes de poder tranquilizar definitivamente a sus inversores. Hayes quiere que usted desentierre los cadáveres del sótano. Cuenta con su credibilidad.

Mi mente entra de inmediato en estado de alarma. Termino la conversación con una frase escueta, dejo el teléfono junto a la cafetera y me quedo mirando la pantalla oscura.

¿Por qué un inversor, que supuestamente necesita una imagen limpia de su socio comercial, insiste expresamente en una periodista conocida por sus revelaciones despiadadas? Entonces, de repente, todo cobra sentido.

No quiere limpiar la imagen de Cayden. Quiere que una fuente seria e insobornable desentierre el escándalo para darle así una legitimación oficial. Hayes está construyendo su propia coartada.

Vuelvo a abrir el portátil y me conecto a los archivos municipales de construcción a través del acceso de prensa. Evelyn Rice me dio la primera pista, pero me faltan las piezas que conectan el puzle. Necesito hechos concretos antes de enfrentarme a Cayden.

Consulto los planes de urbanismo del antiguo barrio portuario. El terreno del nuevo estadio parpadea como una marca azul en el

mapa digital. Leo las actas del ayuntamiento. Toda el área está sujeta a las normativas de protección de la naturaleza más estrictas. Ningún promotor privado ha podido mover un solo gramo de tierra allí en los últimos diez años.

¿Cómo ha conseguido Cayden este permiso de construcción?

Navego por los documentos PDF y encuentro el párrafo decisivo. La ciudad de Montreal hizo una excepción única porque el interés público por los Royals es gigantesco. Sin embargo, la condición para el permiso era extremadamente alta. El conglomerado de empresas de Cayden se comprometió por contrato a financiar superficies de compensación masivas para la protección de la naturaleza en los alrededores y a gestionar el estadio, en gran parte, como un proyecto ecológico modelo.

El trato está vinculado al nombre de Cayden y a sus compromisos financieros. Si Cayden cae en desgracia por un escándalo masivo y el proyecto fracasa, ese permiso especial de excepción queda anulado.

Abro una pestaña nueva y compruebo las entradas del registro de la propiedad de las parcelas colindantes. ¿Quién compra suelo industrial en una zona portuaria donde, en teoría, no se puede construir?

Un nombre aparece repetidamente. *Icarus Holdings LLC*. Rastreo la empresa en las bases de datos de supervisión financiera. Buceo entre innumerables números de registro mercantil, filiales complejas y actas anónimas de consejos de administración. Mi dedo índice tamborilea nervioso en el borde de la mesa. Me lleva media hora larga atravesar la espesa capa de niebla burocrática.

La empresa matriz de *Icarus Holdings* es una firma de inversión de Nevada especializada en complejos de entretenimiento a gran escala. Ni clubes deportivos. Ni proyectos de conservación de la naturaleza.

Se me corta la respiración.

Aún no he captado la imagen completa, pero los contornos de esta conspiración se dibujan con una nitidez aterradora en mi monitor. Hayes utiliza el prestigio deportivo de Cayden y sus millones para sortear los obstáculos insalvables del ayuntamiento. Hace que Cayden pague las zonas de compensación y que el valor del suelo se dispare. En cuanto los contratos estén firmados, solo necesita una chispa para hacer saltar por los aires la reputación de Cayden.

Y esa chispa la proporciona Eric Davis. O, en el peor de los casos, la proporciono yo con mi artículo en el *Chronicle*, porque Hayes me puso en el campo de juego precisamente para eso.

Agarro mi bolígrafo y garabateo los nombres de las empresas en mi cuaderno. La cadena de pruebas aún tiene huecos. Debo averiguar cómo exactamente planea Hayes utilizar esas parcelas tras la posible ruina de Cayden y si realmente hubo sobornos al ayuntamiento para posicionar a *Icarus Holdings*.

La risa fuerte de mi hijo me arranca de mis pensamientos febriles.

La puerta se abre y Parker entra corriendo en el pasillo, con las mejillas encendidas por el aire frío del pabellón. Cayden lo sigue con pasos pausados, equilibrando los palos con naturalidad sobre el hombro. Se aparta un mechón de pelo húmedo de la frente y me lanza una mirada inquisitiva.

Cierro el portátil deprisa y escondo el cuaderno bajo un periódico sin leer.

—Habéis vuelto pronto —comento.

—Tenemos que ducharnos —anuncia Parker totalmente sin aliento mientras se quita los zapatos—. Lo has dicho tú misma. ¡Y este viejo de aquí tiene que lavarse la derrota de la ropa!

—Cuidado, campeón. Que hayas ganado una vez en el uno contra uno no te convierte en el MVP —sonríe Cayden y apoya los palos contra la pared. Se acerca a la isla de la cocina, se apoya con ambas manos y escruta mi rostro—. ¿Está todo bien? Parece que hayas visto un fantasma.

—Solo el habitual dolor de cabeza por Collins —evado, bajándome del taburete alto. No puedo contarle nada ahora—. ¿Qué hora es?

Cayden mira el reloj en su muñeca. —Poco más de la una. Mis padres estarán en la puerta en dos horas como máximo. Helena ya ha puesto la mesa en el jardín de invierno.

Asiento y le rozo fugazmente el antebrazo al pasar. El contacto ancla mi pulso acelerado por un instante. —Entonces voy a cambiarme yo también. Queremos mostrar nuestra mejor cara a tu familia, ¿no?

32

Cayden

Ver a mis padres me provoca una sensación extraña. El sol de primavera calienta la piedra natural de la terraza, Helena ha servido tarta de fresas y mi madre se mantiene tensa, sentada en el borde de su silla de mimbre. Lleva un traje gris ceniza y su pelo rubio está recogido en un moño que no deja escapar ni un solo mechón. Su mirada huye constantemente hacia el césped antes de refugiarse de nuevo en el mantel.

Mi padre está sentado justo enfrente. Si a su edad consigo mantenerme así de bien, no tendré queja. Lleva el pelo gris muy corto y luce un bronceado intenso, seguramente por las horas que pasa cuidando el jardín. Remueve su café mientras recorre la propiedad con la vista. Nadie parece saber cómo romper el hielo sin activar alguna de las viejas minas que nos rodean.

Hailey es quien acaba con el silencio denso al reírse de algo que dice Jade. Mi hermana ha traído a sus gemelos, pero Noah y Liam solo han aguantado diez minutos en esta mesa rígida; después han salido disparados al jardín con Parker. Ahora los tres persiguen un balón sobre la hierba.

—El terreno es imponente —dice mi padre finalmente. Apoya los antebrazos sobre la mesa—. Cuando compraste esta casa, pensé que era un error financiero. Pero se nota que has sabido revalorizarla.

—He pagado a los arquitectos adecuados —respondo.

—Las secciones de economía no paran de hablar del proyecto del estadio —insiste—. ¿Cómo va todo?

—Hoy no quiero hablar de negocios —corto su avance—. Solo hay tarta.

Mi padre arquea una ceja, pero parece aceptar la tregua.

Mi madre se aclara la garganta y se dirige a Jade.

—¿Tú acompañas a Cayden en este reportaje, Jade?

—Sí —responde ella—. Intento captar a la persona que se oculta tras los titulares.

Hailey sonríe con picardía.

—Tienes trabajo acumulado. A mi hermano no le gusta mostrar lo que siente.

—Está haciendo progresos —dice Jade devolviéndole la sonrisa.

Suelto una carcajada espontánea. La presión en la mesa se evapora y los presentes empiezan a relajarse. Jade y Hailey rescatan historias de sus años en la universidad, mientras mis padres recuerdan cómo éramos mi hermana y yo de pequeños. Una anécdota divertida abre paso a la siguiente.

Las horas pasan volando. El sol empieza a caer y baña el jardín con una luz cálida.

A ratos me distraigo observando a los chicos. Parker regatea con destreza ante Noah, cambia el peso del cuerpo hacia la pierna izquierda y golpea el balón con la derecha. La pelota pasa rozando los brazos de Liam y entra en la portería improvisada. Parker alza los puños y suelta una risa que le sale de lo más hondo. Me quedo mirándolo. No es solo el talento; tiene una determinación que no conoce límites.

Mi padre se limpia la boca y me clava la mirada. Saca el teléfono del bolsillo de su camisa, desliza el dedo por la pantalla y le tiende el aparato a Jade.

—Esto lo encontré la semana pasada —dice con un tono orgulloso—. Es Cayden en su primer torneo escolar. Tenía ocho años.

Mi madre suelta una risita.

—Lleva años fotografiándolo todo —le explica a Jade con un gesto de cariño—. Las viejas Polaroids, las fotos impresas... toda esa caja que guardábamos en el sótano. Dice que así las lleva siempre encima. Tardamos tres tardes enteras en terminar.

Jade se inclina y toma el teléfono.

Yo evito mirarla y me concentro en los chicos. Parker acaba de robar el balón y enfila hacia la portería con el torso inclinado y el brazo izquierdo extendido para mantener el equilibrio.

Entonces oigo ese sonido.

Es apenas un suspiro, una inhalación cortada, como si alguien le hubiera dado un golpe seco en el pecho. Giro la cabeza. Jade sujeta el móvil con ambas manos, con los ojos clavados en la pantalla.

Veo cómo el color abandona sus mejillas. Sus dedos aprietan el dispositivo. Levanta la vista de la pantalla hacia el césped, donde mi hijo corre con los brazos extendidos, y vuelve a bajarla hacia la foto.

Una y otra vez.

—¿Jade? ¿Pasa algo? —pregunta mi madre.

Jade deja el teléfono sobre la mesa despacio, como si el aparato quemara. Mantiene las manos apoyadas en el borde.

—Me alegra mucho que nos hayas invitado hoy, Cayden —dice mi padre intentando suavizar la extrañeza del momento—. Nos habíamos distanciado. No sabía que te habías convertido en un hombre tan volcado en la familia.

La frase queda suspendida en el aire y Jade se queda petrificada a mi lado. El movimiento que iba a hacer para coger su taza de café se detiene en seco. La porcelana choca contra el plato y

una gota mancha el mantel blanco. Mi madre frunce el ceño. Hailey posa su vaso con cuidado.

—¿Jade? —pregunta mi hermana—. ¿Estás bien?

Jade niega con la cabeza. Tiene los ojos muy abiertos y mira fijamente a mi padre. Se aferra a la mesa con tanta fuerza que sus nudillos están blancos.

—Hablando de secretos y familia... —consigue decir con una voz que tiembla desde la primera letra.

Mi padre arruga la frente, confundido.

Jade lo ignora y se gira hacia Hailey. El dolor que cruza su rostro es punzante.

—Hailey, he roto nuestro pacto —susurra. Las palabras tropiezan al salir—. Te mentí. Os mentí a todos.

Mi hermana la mira sin entender nada.

—¿De qué hablas?

Jade cierra los ojos un instante e inspira hondo. Es el aire que toma alguien justo antes de saltar al vacío.

—Parker no es el hijo de un mochilero de Toronto —suelta. Cada palabra pesa como el plomo. Abre los ojos y recorre con la mirada a mi madre y a mi padre. Me ignora por completo, esperando el impacto, los gritos o el odio—. Cayden... Cayden es su padre.

El silencio que se instala en la terraza es absoluto. Nadie se mueve. Nadie respira.

Mi madre la mira con la boca abierta, pálida tras una máscara de maquillaje que ahora parece artificial. Mi padre está congelado en su silla, con las venas marcadas en el dorso de las manos. Hailey tiene los ojos desorbitados y su mirada salta frenética entre Jade y

yo, esperando quizá que sea una broma. Pero la seriedad en el rostro de Jade no deja margen para el alivio.

Jade aprieta sus manos, aguardando la explosión. Espera que mi padre se levante y la desprecie. Espera el rencor de mi hermana. Espera que yo pierda el control.

Apoyo las manos en los reposabrazos y empujo mi silla hacia atrás. Todas las miradas se clavan en mí.

Me levanto y me sitúo en la cabecera de la mesa. No miro a mis padres ni a Hailey. Solo tengo ojos para la mujer que acaba de desnudarse emocionalmente ante mi familia. La mujer que es la madre de mi hijo.

—Lo sé —digo.

33

Jade

En el segundo en que las palabras abandonan mis labios, deseo desesperadamente recuperarlas.

Espero el estruendo ensordecedor. Espero la porcelana rompiéndose, los reproches aniquiladores de su padre, el grito de asombro de mi mejor amiga. Tenso mis hombros para amortiguar el impacto de esta mentira monumental.

Pero el impacto no llega.

La terraza permanece atrapada en un silencio sepulcral. Las risas de los niños llegan desde el césped, un sonido de fondo sarcástico para el colapso de mi mundo. Cayden está de pie en la cabecera de la mesa. No parece sorprendido ni enfadado.

—Lo sé —dice.

Mi corazón se salta un latido por completo y el aire escapa de mis pulmones con un siseo. Mi cerebro se niega rotundamente a procesar esas dos simples palabras.

—¿Qué? —susurro. El sonido raspa dolorosamente en mi garganta. Apoyo las palmas de las manos en la mesa para mantenerme erguida—. ¿A qué demonios te refieres con que lo sabes?

Cayden mete las manos en los bolsillos de su pantalón de tela. Ignora el jadeo horrorizado de su madre y la mirada inquisitiva de su padre. Su atención me pertenece exclusivamente a mí.

—Realmente creíste que te olvidaría después de aquella noche —comienza. Su tono es tranquilo—. Creíste que simplemente lo tacharía de la lista y seguiría adelante como si nada hubiera pasado.

Trago saliva frente al enorme nudo en mi garganta. Mis dedos tiemblan sin control.

—Pasé años distrayéndome —continúa, dando un paso hacia mí—. Construí mi fortuna. Negocié contratos de patrocinio. Me enterré en el trabajo. Pero busqué tu nombre a intervalos regulares. Conocía tus artículos. Tus saltos profesionales. Y supe que habías sido madre.

Me estuvo observando. Todos los años en los que me escondí de él, estuve en su radar.

—Os vi juntos —dice Cayden—. Parker tenía cinco años. Estabais en un parque cerca de tu antiguo apartamento. Yo estaba en mi coche. Tenía una cita por la zona.

Mis labios se abren, pero no sale ningún sonido. La idea de que nos observara desde la distancia es surrealista.

—Vi el parecido —confiesa. Su voz baja un tono—. Esa forma en que inclina la cabeza. El color de sus ojos. Mi mente dio la señal de alarma de inmediato. Pero lo rechacé.

—¿Por qué? —susurro.

Un músculo se tensa en su sien. Evita mi mirada un segundo y mira hacia los chicos en el césped. —Porque era un cobarde, Jade. Estaba en pleno proceso de creación de mi empresa. Volaba por medio mundo. Me convencí de que era coincidencia. De que un niño no encajaba en mi vida. De que, de todos modos, solo os decepcionaría.

El dolor en su rostro es real.

—Os dejé en paz —prosigue. Vuelve a fijar la vista en mí—. Pero miraba cada año. Quería saber si estabais bien. Vi su primer día de colegio en la foto de tu periódico local. Seguí sus progresos.

—Nos espiaste.

—Me preocupé por vosotros —me corrige de inmediato. Da otro paso más—. Hasta el año pasado. Entonces lo vi jugar.

Frunzo el ceño. Mi mente repasa los últimos meses. —¿Verlo jugar?

—El torneo escolar en las afueras —explica Cayden. Recuerdo aquel fin de semana—. Se movía sobre el hielo como un profesional. —El orgullo vibra en cada sílaba—. Tiene mi postura corporal. Mi intuición para el disco. En aquel momento en la grada, mi muro se derrumbó definitivamente. Tenía que tener la certeza.

—¿Qué hiciste?

—Pagué a un investigador —responde sin dudar—. Fue muy sencillo. Parker se tomó un batido después del entrenamiento. Tiró el vaso de plástico en una papelera frente al pabellón. Mi hombre aseguró el vaso. El laboratorio hizo el resto.

—¡Robaste su ADN! —grito. Mi voz se quiebra. La rabia atraviesa el estado de *shock*. Doy un paso atrás. Mi silla casi se vuelca—. ¡Hiciste una prueba de paternidad a mis espaldas!

Su padre se aclara la garganta al otro lado de la mesa. —Cayden, eso es una zona gris legal.

—Soy su padre —replica Cayden por encima del hombro, sin apartar los ojos de mí—. Necesitaba la prueba, Jade.

—Lo sabes desde hace un año —susurro. La revelación cala lentamente en mi conciencia—. Sabes desde hace doce meses que es tu hijo. ¿Por qué guardaste silencio? ¿Por qué no me echaste a los abogados encima?

—Porque te conozco —dice. Su voz baja a un tono suave que me descoloca por completo—. Si te hubiera amenazado con abogados, habrías huido. Te habrías llevado a Parker al otro lado del país. Habrías luchado contra mí. No quería una guerra por la custodia. No quería jugar a ser el padre de los fines de semana.

Inspira hondo. Su pecho sube y baja bajo la tela de su camisa.

—Quería teneros cerca —confiesa. La honestidad en sus ojos me quema la piel—. Quería que Parker me conociera por voluntad propia. Que tú vieras que ya no soy el idiota de entonces. Necesitaba una excusa para traerte a mi casa sin que salieras corriendo al instante.

Mi mente reordena las piezas del puzle a velocidad de vértigo. El encargo. El perfil. El pago generoso. Las condiciones.

—El *Chronicle* —susurro. Niego con la cabeza, estupefacta—. Tú urdiste ese reportaje.

—Alex diseñó la estructura —admite Cayden—. Le hicimos a tu redactor jefe una oferta que no podía rechazar. Hayes dio el visto bueno a la acción de relaciones públicas de buena gana; de todos modos necesitaba seguridad para su inversión. Hasta hoy cree que él eligió a la periodista por su reputación de integridad.

Suelto una carcajada. Es un sonido duro. —Usaste a Hayes. Manipulaste mi trabajo. Me atrajiste a esta casa bajo el pretexto de escribir un perfil.

—Te di la oportunidad de volver a conocerme —se defiende. Se acerca aún más y busca mi mano. No retrocedo. El calor de sus dedos viaja desde mi muñeca directo a mi corazón—. Tú mantuviste el control. Tú hiciste las preguntas. Esperé hasta que estuvieras lista.

La rabia en mi estómago colisiona con una oleada masiva de alivio. No quiere quitarme a Parker. Guardó silencio un año entero solo para ahorrarme el miedo a una disputa legal. Lo hizo todo para volver a acercarnos.

Lo miro. Observo al hombre que ha desquiciado mi vida desde el primer segundo. Luego, retiro mi mano de su agarre.

—Eres un estratega brillante, Cayden —digo. Mi voz ha recuperado su firmeza—. Pero tienes un error monumental en tu

ecuación.

Él frunce el ceño. Una arruga marcada se forma sobre el puente de su nariz. —¿Qué error?

—Crees que tú mueves los hilos en este acuerdo del estadio —explico. Apoyo de nuevo las manos en la mesa. Me inclino mínimamente hacia delante—. Crees que Hayes acepta tus condiciones porque cree en tus Royals. Pero no sabes qué secreto guarda Hayes. No tienes idea de quién está sentado al otro lado de la mesa.

La confusión en su rostro no tiene precio. El soberano multimillonario tropieza con sus propios pies.

—¿De qué estás hablando? —pregunta. El instinto de negocios desplaza la discusión familiar.

—Aclararemos eso más tarde —evado. Lanzo una mirada fugaz a sus padres.

Un carraspeo atrae mi atención al otro lado de la mesa. Hailey se levanta de su silla. Se alisa el vestido de verano. Me mira. En sus ojos no hay odio. No hay rastro de traición. Solo hay un brillo profundo y comprensivo.

—Yo también lo sabía —dice.

La frase me pilla desprevenida. Parpadeo. Miro alternativamente a ella y a Cayden. —¿Tú también lo sabías?

Hailey asiente. Rodea la mesa y se planta a mi lado. Pone un brazo alrededor de mis hombros. El contacto me ancla a la realidad.

—Cayden vino a verme hace medio año —cuenta mi mejor amiga. Lanza a su hermano una mirada elocuente—. Estaba sentado en mi cocina llorando como una Magdalena. Me tiró la prueba de paternidad sobre la mesa. Quise llamarte. Quise arrancarte la cabeza en el acto.

—¿Por qué no lo hiciste? —pregunto en voz baja. La vergüenza me quema las mejillas. La privé de su sobrino.

Hailey me aprieta el hombro. Me dedica una sonrisa honesta. —Porque él me lo prohibió. Me explicó su plan. No quería acorralarte. Me suplicó que le siguiera el juego. Sabía que harías las maletas al instante si sospechabas lo más mínimo.

Suspira y deja caer el brazo. —Ese maldito pacto de la universidad, Jade. Me dio exactamente igual en ese segundo. Sois las dos personas más testarudas que conozco. Os habéis hecho la vida imposible el uno al otro durante más de una década. Solo quiero que mi hermano sea feliz. Y quiero que mi mejor amiga deje de luchar contra molinos de viento.

Las lágrimas vuelven a quemarme los ojos. Las aparto con determinación. El perdón de mi amiga me quita un peso de los hombros que casi me ha aplastado durante años.

La madre de Cayden se aclara la garganta al otro lado de la mesa. Se levanta despacio. Se apoya en el respaldo de su silla. Mira a Cayden, luego su mirada viaja hacia mí.

—No entiendo esta forma moderna de planificación familiar —dice. Su voz tiembla ligeramente. Intenta con todas sus fuerzas mantener la compostura—. Pero el chico tiene tu risa, Cayden. Ya me he fijado antes.

Su padre también se levanta. Se pone al lado de su mujer. Nos observa a los tres. Ve a Hailey, que se posiciona protectora junto a mí. Ve a su hijo, dispuesto a arriesgar todo su imperio por una familia.

—Podrías habernos avisado —comenta su padre. No suena como un reproche. Suena como una admisión de pesar por sus propios errores—. Te habríamos ayudado.

—Tenía que arreglar esto solo —replica Cayden. No aparta la vista de mí.

Los frentes en la terraza han cambiado por completo. El miedo al descubrimiento se ha esfumado. Los reproches han ardido en el aire. Estamos entre los escombros de mi gran mentira, pero los cimientos bajo nuestros pies son más estables que nunca.

—Él aún no lo sabe —digo en voz baja. Señalo con la cabeza hacia el césped. Parker está riendo a carcajadas porque Liam ha tropezado con el balón—. Cree que solo eres su entrenador. Su ídolo.

—No voy a echar la puerta abajo —promete Cayden. Se acerca de nuevo a mí. La presencia de sus padres no le molesta lo más mínimo—. Se lo diremos juntos. Cuando sea el momento adecuado. Cuando tú estés lista.

Asiento muda. La aceptación incondicional de sus palabras deshace el último nudo duro en mi pecho. Él no dicta el ritmo. Me deja el mando a mí.

—Bien —suelta Hailey rompiendo el silencio. Da una palmada. El ambiente melodramático se disuelve al instante—. Ya que por fin nos hemos quitado este lastre emocional de encima, me gustaría comer otro trozo de la tarta de fresas de Helena. Guardar secretos constantemente quema muchísimas calorías.

Un pequeño aleteo de risa escapa de mi garganta. La absurda normalidad de mi amiga salva la situación.

La madre de Cayden vuelve a sentarse con cautela en su silla. Agarra su tenedor de postre. Mira hacia Parker. La distancia fría en su mirada deja paso a una curiosidad prudente. Su padre también vuelve a tomar asiento. Reajusta su taza de café.

Me quedo de pie. Cayden no se aleja ni un centímetro de mi lado. Su hombro roza mi brazo. El calor de su cuerpo irradia a través

de la tela de mi blusa. Hemos desactivado el mayor conflicto familiar. Hemos puesto las cartas sobre la mesa.

Pero la verdadera guerra todavía nos está esperando.

34

Cayden

Las luces traseras del coche desaparecen tras el seto de mi entrada. Mi madre, de hecho, me abrazó antes de subir. Mi padre me dio una palmada de reconocimiento en el hombro y habló de organizar comidas dominicales con regularidad. Han ganado un nieto y quieren recuperar el tiempo perdido. Hailey solo me lanzó una sonrisa triunfal antes de subir a su SUV con los gemelos.

La casa está en un silencio extraño cuando echo la llave a la puerta principal. Parker duerme profundamente en su cama del piso de arriba. El día nos ha agotado a todos masivamente. Antes habíamos acordado sin palabras pasar el resto de la noche en el sótano.

Bajo las escaleras hacia la zona del spa. Mis pies descalzos rebotan sobre los azulejos. El aire se vuelve más cálido con cada escalón. El olor a cloro llega hasta mí. El agua de la gran piscina descansa totalmente inmóvil a media luz. El jacuzzi de la esquina burbujea suavemente.

Jade ya está sentada en el agua espumosa. Tiene el pelo recogido y su bikini negro destaca sobremanera contra su piel clara. Los chorros de masaje agitan el agua a su alrededor. Tiene los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás.

Me quito la camiseta por la cabeza y la tiro sobre una silla. Solo llevo el bañador. Cruzo el borde del jacuzzi; el agua caliente envuelve mis pantorrillas de inmediato. Me dejo caer en el asiento frente a ella.

Abre los ojos y sonríe.

—Todavía no puedo creer que lo supieras todo el tiempo —dice incrédula.

Yo solo sonrío. Una sonrisa amplia y satisfecha que me sale de lo más profundo. Ni una palabra. No la necesito. La sonrisa lo dice todo: sí, lo sabía. Y sí, he disfrutado cada segundo de tenerte por fin de vuelta conmigo.

—Lo hemos superado —digo en su lugar, estirando las piernas bajo el agua hasta que mis pies rozan los suyos.

Ella asiente. —Tus padres han reaccionado de maravilla. Mejor de lo que nunca hubiera esperado.

Me acerco un poco más a ella. El agua sostiene mi peso sin esfuerzo. Mis rodillas rozan sus muslos. —Pero ahora... ahora solo te quiero a ti.

Su expresión se vuelve seria de golpe. La preocupación dibuja una arruga en su frente. —Tenemos que hablar, Cayden. Nosotros...

Levanto la mano y le aparto un mechón de pelo húmedo de la cara. Mis dedos se deslizan por su mejilla cálida, luego bajan por su cuello. —Eso puede esperar.

Abre la boca para protestar de nuevo, pero no le doy oportunidad. La atraigo con fuerza hacia mí, presionando mi boca contra la suya. La resistencia abandona su cuerpo al instante. Sus manos viajan a mi nuca, se hunden en mi pelo, me acercan más. El beso explota.

Mi lengua penetra en su boca y baila con la suya. El agua burbujeante rodea nuestros cuerpos, los chorros masajean los músculos de mi espalda mientras mis manos recorren su espalda mojada. El cierre de la parte superior de su bikini roza mis palmas. Tiro de él, abriéndolo de un tirón. La tela se suelta, flotando en el agua. Sus pechos desnudos se presionan contra mi tórax; sus pezones duros rozan mi piel.

—Te quiero, Jade... —gruño contra sus labios.

Responde con un gemido que sale de lo más profundo de su garganta. Sus piernas se enredan en mis caderas bajo el agua. Siento su calor, incluso a través del agua caliente del jacuzzi. Mis manos bajan más, agarran su trasero, la presionan contra mi miembro endurecido que lleva minutos apretando dolorosamente contra la tela de mi bañador.

Me levanto, alzándola conmigo. El agua cae a chorros de nosotros, formando charcos en los azulejos. La llevo los pocos pasos hasta la tumbona más cercana y la presiono con la espalda contra el acolchado grueso y suave. El material se empapa de inmediato, pero no me importa. Solo la quiero a ella.

Sus manos ya tiran de mi bañador. Lo baja y mi miembro salta, grueso, pulsante, con el glande brillando por el deseo. Lo rodea de inmediato, bombeando una, dos veces, con firmeza. Suelto un siseo, mordiéndole el hombro.

—Despacio, nena... o me correrré antes de estar dentro de ti.

Ella suelta una risa llena de deseo. —Entonces date prisa.

Le arranco la braguita del bikini y la tiro lejos. Yace desnuda ante mí, con las piernas abiertas; su sexo brilla no solo por el agua del jacuzzi, está empapada de deseo. Me hundo entre sus muslos, abriéndolos más con mis manos, y entierro mi cara en ella.

Mi lengua lame una vez, larga y lentamente, de abajo hacia arriba por su hendidura. Sabe salada, dulce, a mujer, a mi mujer. Jade jadea fuerte, sus caderas se sacuden hacia arriba. Succiono su clítoris entre mis labios, rodeándolo con la lengua, mientras dos dedos se hunden profundamente en ella. Está estrecha, caliente, me envuelve al instante.

—Cayden... oh, Dios... sí... lámeme...

El agua todavía gotea de su cuerpo, mezclándose con su flujo. Succiono con más fuerza, muerdo ligeramente su clítoris y ella llega

por primera vez: duro, rápido, con un grito que reverbera en las paredes alicatadas. Sus muslos tiemblan alrededor de mi cabeza.

La lamo durante el orgasmo hasta que solo gimotea. Luego me incorporo, agarro sus caderas y la giro. A cuatro patas. Su trasero se ofrece hacia mí, perfectamente redondeado, brillando por la humedad. Posiciono mi miembro en su entrada y me hundo profundamente en ella.

—¡Jodeeeer! —gimo. La tumbona cruje fuerte bajo nosotros. La penetro duro, hondo; mis manos se clavan en sus caderas. Cada estocada hace que sus pechos oscilen; sus gemidos se vuelven más fuertes, animales.

Mis caderas chocan contra su trasero; el sonido se mezcla con el burbujeo del jacuzzi. Sudor y agua se confunden en nuestra piel. Me inclino, rodeo sus pechos desde atrás, acaricio sus pezones, muerdo su nuca. Ella se empuja contra mí, aceptando cada embestida, suplicando más.

Siento que está por llegar de nuevo. Su sexo se contrae rítmicamente alrededor de mi miembro. Me hundo aún más profundo, sujetándola firme, y estalla otra vez, gritando mi nombre, temblando en todo el cuerpo.

Me retiro de su interior y la giro de nuevo sobre la espalda. Sus ojos están vidriosos por el placer, los labios hinchados por nuestros besos. Subo sus piernas sobre mis hombros y vuelvo a penetrarla. Esta posición me permite llegar más hondo, de forma más intensa. La tomo despacio, pero implacablemente profundo, rotando las caderas, frotando su punto G en cada estocada.

Sus ojos encuentran los míos. En ellos arde todo: el amor, el deseo, los once años que perdimos. Acelero de nuevo, embistiendo hasta que la tumbona chirría y se desliza. Sus uñas arañan mi espalda, dejando surcos ardientes. Siento mi propio orgasmo ascender, caliente, imparable.

—Ven conmigo —jadeo—. Llégate otra vez para mí.

Ella asiente, respirando a rachas. Introduzco mi mano entre nosotros, frotando su clítoris con el pulgar... y llega una tercera vez, tan fuerte que sus ojos se ponen en blanco. Su sexo me ordeña, me atrae más adentro. Empujo una última vez, hondo, hasta el fondo, y me vacío en ella. Espasmos calientes bombean fuera de mí, llenándola por completo. Bramo su nombre mientras mi cuerpo se sacude sin control.

Nos desplomamos sobre la tumbona. Mi peso cae sobre ella, pero me apoyo para no aplastarla. Nuestra respiración es entrecortada, sincrónica. Sudor, agua, semen y su flujo se mezclan entre nuestros cuerpos. La tumbona está totalmente empapada.

Beso su frente, sus párpados cerrados, su boca; esta vez de forma lenta y tierna. —Eres increíble —le susurro.

Ella sonríe débilmente, acariciando mi espalda. —Eso es porque estoy con el adecuado.

35

Jade

El agua caliente golpea nuestros cuerpos mientras permanecemos abrazados en la cabina de ducha acristalada del spa. Compartimos este momento íntimo en silencio, antes de que la realidad nos alcance y el calor físico dé paso a una tensión innegable.

Nos secamos, nos vestimos y subimos las escaleras hacia la planta baja para entrar en la biblioteca. Cayden se desploma en el sofá de cuero, apoya los codos en las rodillas y se frota la cara con ambas manos. Me siento a su lado y tomo mi cuaderno de notas.

—Hayes no quiere un estadio de hockey —comienzo sin previo aviso, abriendo la página con mis bocetos apresurados—. Te está usando como un caballo de Troya, Cayden.

Él arquea una ceja y luego sonríe.

—Hayes está metiendo cientos de millones en el proyecto, Jade. En cuanto dé su aprobación final, entrarán las excavadoras. Y —sin querer alardear—, ¿dudas que escribas algo malo sobre mí después de haberte hecho llegar al clímax varias veces hace un momento?

—Las excavadoras entrarán para *Icarus Holdings* —lo corrijo, señalando mis notas con el índice—. He rastreado los archivos del registro de la propiedad. Todo el barrio portuario está bajo estrictas normas de protección ambiental. Solo conseguiste ese permiso de construcción porque financias con tu propio dinero las zonas de compensación ecológica en los alrededores. La ciudad te aclama como a un benefactor. Pero, ¿quién está comprando actualmente los terrenos industriales sin valor que rodean tu estadio?

—No lo sé. Dímelo tú.

—*Icarus Holdings*. Una empresa pantalla.

—¿Y?

—La empresa matriz de *Icarus* está en Nevada —lanzo la siguiente pieza del puzle sobre la mesa—. *Silver Star Entertainment*. Son operadores de casinos. Hayes quiere transformar esa tierra en una metrópolis del juego. Y está usando tu acuerdo impecable para urbanizar los terrenos. Sin tu nombre, el ayuntamiento jamás le habría concedido a ese tipo un permiso de construcción en este barrio.

Cayden sacude la cabeza y cruza los brazos. Su mente se resiste a la falta de lógica.

—Eso no tiene sentido. ¿Qué tiene que ver con el estadio?

—Nunca quiso construir un estadio —susurro. Mi pulso golpea contra la carótida—. Te hace firmar estos precontratos. Tú asumes la responsabilidad total con todo tu patrimonio privado frente a las constructoras. Y en ese preciso momento, él corta la corriente. Provoca un escándalo que te arruina por completo. El ayuntamiento detendrá el proyecto por la indignación pública. Tú vas a la quiebra. Hayes se retira como el inversor estafado, compra el terreno urbanizado por una miseria de tu masa de quiebra y levanta sus casinos sobre tus ruinas.

—No tiene nada contra mí —replica Cayden.

—Eric Davis —pronuncio el nombre.

Cayden se queda petrificado.

—He revisado los balances de la consultora de Davis —explico deprisa, acercándome más a él—. Hayes le transfirió una suma gigantesca hace dos semanas, camuflada como análisis de riesgos. Un entrenador de hockey no analiza terrenos de construcción. Es un anticipo. Davis solo espera la señal. En cuanto firmes el trato con Hayes, él irá a la prensa. Desenterrará lo de Banff, retorcerá las

mentiras de entonces y te destruirá definitivamente. Ese es el plan de Hayes. Te arruina financieramente para quedarse con el suelo, y Davis obtiene su ansiada venganza contra ti.

Cayden se queda mirando las letras azules de mi cuaderno. Puedo ver cómo los engranajes de su cabeza encajan. La incredulidad inicial deja paso a una amarga comprensión. Los años de negociaciones. Los retrasos repentinos. La exigencia de Hayes de un perfil que, de todos modos, volvería a poner las viejas heridas en el ojo público. Todo encaja a la perfección.

—Ese bastardo —presiona las palabras. Su voz vibra de rabia contenida—. Me ha manipulado durante meses. Estuvo en ese terreno, me estrechó la mano y me mintió a la cara con una sonrisa. Y toda esa farsa del reportaje para la imagen solo era para distraerme e inseguirizarme, para asegurarse de que firmara a toda costa.

Pongo mi mano en su antebrazo.

—No puedes firmar esos contratos.

Él niega con la cabeza. Se zafa de mi contacto, se levanta abruptamente y camina hacia la chimenea. Se apoya con una mano en la repisa y observa las cenizas frías.

—Si me niego a firmar, me demandará por incumplimiento de los acuerdos previos —calcula en voz alta. Su instinto de negocios toma el control—. Tiene legiones de abogados. Me desangrará financieramente antes de que lleguemos ante un juez. Una mera sospecha o un extracto bancario digital no bastan para incriminarlo. Estoy en un callejón sin salida. Si firmo, estoy acabado. Si no firmo, me arrastra a los tribunales.

Agarra su teléfono, que está sobre la pequeña mesa de cristal. La pantalla se ilumina y proyecta un brillo pálido en su rostro.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto. Siento cómo cambia la dinámica en la habitación. Ya no retrocede; va al ataque.

—Solo tenemos una posibilidad —dice. Desliza el pulgar por la pantalla y marca un número de sus contactos—. Voy a llamar a la *Chester Street Society*.

36

Cayden

Griffin responde al tercer tono.

—Cayden —dice, y su voz suena demasiado despierta para esta hora—. Estoy seguro de que no llamas para desearme dulces sueños.

—Tenemos un problema, Griff —suelto de golpe—. Hayes está jugando un juego asquerosamente sucio. ¿Todavía tienes los borradores del acuerdo del estadio?

—En el servidor seguro. ¿Qué busco exactamente?

Jade está sentada en el sofá con las piernas encogidas, clavando los dedos en su cuaderno.

—Una cláusula de rescisión. Hayes le está pagando a Eric Davis, el exentrenador nacional. Creemos que está esperando a que yo firme para filtrar a la prensa la vieja historia de Banff. Hayes necesita un resorte legal para retirar a sus inversores en cuanto mi reputación se hunda. Apuesta a que no podré costear las facturas de las constructoras y que iré a la quiebra.

Griffin silba entre dientes.

—Una OPA hostil basada en la moralidad. Como en una película. Te llamo en una hora.

La línea se corta y lanzo el teléfono sobre la mesa. Sesenta minutos pueden sentirse como una vida entera. El viejo reloj de pared marca el compás de mi pulso. Bebo un vaso de agua de un trago, lo golpeo contra la bandeja y camino de un lado a otro entre la estantería y la chimenea.

La magnitud de la caída de este trato se siente palpable en las paredes de la biblioteca. Si Hayes gana, no solo pierdo mi dinero.

Pierdo a los Royals. Pierdo el futuro de Parker. Pierdo a esta familia que hace apenas unas horas no sabía que tenía.

Tras lo que parece una eternidad, mi teléfono vibra. Pulso el altavoz.

—¿Griffin? —pregunto, apoyándome en el escritorio. Jade se desliza de inmediato hacia el borde del sofá.

—Mis felicitaciones a tu periodista —suena la voz metálica por el altavoz, acompañada por el tecleo de un teclado—. Todo encaja. Hayes lo ha planeado magistralmente.

Tenso la mandíbula. —¿Qué significa eso?

—Los contratos en sí son sólidos y están redactados a tu favor. Te ha dado todas las garantías financieras. Pero ha estirado una cláusula estándar del anexo hasta volverla irreconocible: el párrafo de moralidad.

Jade se inclina hacia delante. —¿Qué dice?

—En cuanto Cayden, como figura principal, ponga en peligro la integridad pública del proyecto debido a una "conducta grave", los inversores principales tienen un derecho especial de rescisión —lee Griffin—. Es un párrafo elástico. Normalmente se aplica en casos de evasión de impuestos o asesinato. Aquí basta con un escándalo mediático masivo. Si Davis sale diciendo que, cuando eras el deportista modelo, te acostaste con su mujer y chantajeaste a la federación, todo arderá. A Hayes le basta con decir que sus inversores tienen miedo, corta el flujo de capital y tú te quedas solo con los costes de construcción.

Cierro los ojos. Este tipo me ha llevado por la alfombra roja durante meses solo para quitarme el suelo bajo los pies al final.

—¿Pero y las obligaciones ecológicas? —insiste Jade, golpeando su cuaderno con el bolígrafo—. Cayden solo tiene el permiso por las

zonas de protección natural. Si Hayes levanta casinos, tendrá que pagar esas zonas de todos modos. Eso se comerá sus beneficios.

Griffin suelta una risa sin alegría.

—Eso lo paga con lo que le sobra en el bolsillo. Los casinos en primera línea de agua rinden diez veces más que un estadio. La ciudad le dará el permiso a posteriori si se hace cargo de las compensaciones y soborna a unos cuantos concejales. Se venderá como el salvador de una ruina. Nadie se acordará entonces de Cayden.

La comprensión me golpea como un puñetazo en las costillas. Durante años fui el chivo expiatorio de Eric Davis. Me tragué la culpa para proteger a su exmujer. Y ahora, él usa esa vieja mentira para fabricar mi ataúd.

—Haremos esto público —decido—. Jade filtrará mañana por la mañana las pruebas del flujo de dinero hacia Davis. Desmontaremos a Hayes ante su propia junta.

—Olvídalo —interviene Griffin—. Por la vía legal te desangrará antes de que veas un juzgado por fuera. Tiene un ejército de abogados. Declarará el dinero de Davis como honorarios de consultoría para un análisis deportivo, demandará a Jade por difamación y te hundirá igualmente. No puedes vencer a este tipo jugando limpio.

—¿Entonces qué? —pregunto, clavando las uñas en las palmas de mis manos—. No voy a poner mi nombre en esa sentencia de muerte.

—Si no firmas, te llevará a juicio por incumplimiento de los acuerdos previos —reflexiona Griffin en voz alta.

—¿Entonces?

—Tenemos que combatir el fuego con fuego. Necesitamos pruebas tan demoledoras que abandone el campo por voluntad

propia. Necesitamos sus sobornos al ayuntamiento. Sus empresas pantalla. Todo lo que oculta bajo el fango.

Jade encoge los hombros. —¿Quién sabe si esas pruebas existen siquiera? Esos papeles no están en ningún servidor público. Auditoría tardaría meses en desentrañar una red así.

Griffin exhala con fuerza. Sopesa sus siguientes palabras.

—No iremos por las autoridades financieras. Necesitamos a Vaughn.

Me enderezo. Mi mirada se encuentra con la de Jade; ella inclina la cabeza con una pregunta muda en el rostro. Levanto la mano brevemente para frenarla.

Vaughn. El quinto miembro de la *Chester Street Society*. El tipo del que nunca hablamos. Sonríe en nuestras viejas fotos de la universidad, se sentaba con nosotros en los bares, pero no deja rastro real. Sin perfiles. Sin número fiscal. Vaughn es un fantasma hecho de unos y ceros. Un hacker capaz de hackear redes gubernamentales para desayunar. Consigue información que, en teoría, no existe.

No lo veo desde hace tres años. No llamas a Vaughn para pedirle un favor cualquiera. Quien lo mete en el juego abandona el terreno legal. No hay vuelta atrás.

—¿Estás seguro? —pregunto al teléfono.

—Hayes juega sucio —responde Griffin con pragmatismo—. ¿Quieres conservar tu imperio? Entonces tienes que bajar al barro.

Inspiro hondo. Miro a Jade. Ella lo ha arriesgado todo para mostrarme esta trampa. Ha arriesgado su carrera completa. No voy a acobardarme ahora.

—Tráelo a bordo —decido.

—Le enviaré un mensaje cifrado. Se pondrá en contacto. No cometas errores, Cayden. Mañana juega el papel de exdeportista ingenuo. Deja que Hayes crea que está ganando.

—Entendido.

Cuelgo. Rodeo el escritorio y me dejo caer en el sofá junto a Jade. Ella se desliza de inmediato a mi lado. Su hombro se presiona contra el mío, dándome calor.

—¿Quién es Vaughn? —pregunta en voz voz baja.

37

Jade

Ha pasado una semana: siete días de una calma engañosa. Vaughn se ha comunicado exactamente una vez (un mensaje de texto anónimo en la pantalla de Cayden con las palabras *encargo recibido*) y, después de eso, el silencio. Mi teléfono está siempre al alcance de la mano sobre la mesa del café, pero permanece mudo. A Collins lo he mantenido a raya con actualizaciones intrascendentes, bloques de texto sobre los métodos de entrenamiento de Cayden; aunque sigue presionando, aún puedo darle largas.

Sin embargo, a quien ya no quiero darle más largas es a Parker.

Llevamos tres semanas viviendo en esta villa. Paso las noches en el dormitorio de Cayden. Ya no andamos con rodeos: dormimos juntos, hablamos en susurros en la oscuridad y, a la mañana siguiente, me despierto con su brazo rodeando mi cintura. La guerra inminente contra Hayes flota sobre nosotros como un nubarrón, pero aquí dentro solo existe nuestro pequeño mundo.

Cayden está sentado en el suelo junto a Parker. Lleva un pantalón de chándal desgastado y tiene las rodillas muy flexionadas. Le enseña a mi hijo cómo encintar correctamente la pala de un palo de hockey.

—Deja que la cinta se solape —explica, realizando el movimiento despacio. Sus manos envuelven el carbono con una precisión tranquila—. Si dejas huecos, el disco se te escapará por el borde. Necesitas esa fricción.

Parker asiente con la punta de la lengua asomando por la comisura de los labios. Agarra su propio palo e intenta imitar el gesto.

El parecido físico me golpea hoy con una fuerza que me deja sin aliento. Esa misma arruga marcada en la frente al concentrarse. El mismo ángulo ligero al inclinar la cabeza. El fin de semana pasado pusimos al tanto a la familia, pero la persona más importante de la habitación aún no sospecha nada. No puedo seguir así. Cada día que pasa se siente como una traición hacia mi propio hijo.

Cayden percibe mi mirada. Levanta la cabeza, nuestros ojos se encuentran y sabe lo que viene ahora. Lo hemos ensayado mil veces.

Dejo mi taza de café. El leve tintineo hace que Parker levante la vista.

—Hagamos una pausa, cariño —me acerco y le quito el rollo de cinta de las manos.

Él parpadea, confuso. —Casi he terminado la pala.

—No se va a ir a ninguna parte —Cayden deja su palo a un lado y se gira hacia Parker—. Tu madre y yo tenemos algo muy importante que decirte.

Parker se encoge, abrazando sus rodillas. Los niños tienen antenas muy finas para detectar los cambios de ambiente. Mira de uno a otro y la emoción por el entrenamiento desaparece de su rostro.

—¿Tenemos que mudarnos? —su voz tiembla mínimamente—. ¿Ya está listo el artículo?

Siento una punzada en el pecho. Le pongo la mano en la rodilla.

—No nos vamos a ninguna parte —trago el nudo que tengo en la garganta—. ¿Recuerdas cuando preguntaste por qué vivíamos precisamente en casa de Cayden?

—Por el perfil. Por el nuevo estadio.

—Esa era la razón profesional —acaricio su rodilla con el pulgar. Tengo las palmas de las manos húmedas—. Pero Cayden y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. No nos conocimos para esta entrevista; nos conocimos cuando yo todavía estaba en la universidad.

Los ojos de Parker se agrandan. —¿En serio? ¿Estudiasteis juntos?

—Yo jugaba al hockey y tu madre estudiaba —Cayden se inclina para estar a la altura de sus ojos. No finge—. Nos queríamos mucho en aquel entonces. Pero cometí errores; era demasiado joven, demasiado testarudo, estaba demasiado ocupado con mi carrera.

—Nos perdimos de vista —continúo, antes de que Cayden cargue con toda la culpa—. Pero antes de separarnos, ocurrió algo maravilloso.

Parker frunce el ceño. Está calculando. Es un chico listo. Veo cómo las piezas del puzle se agitan en su cabeza. Mira sus propias manos y luego me mira a mí.

—Eso fue justo antes de que yo naciera —sentencia con lógica aplastante.

Mi corazón martillea. He repasado esta frase en mi mente durante once años, la he temido. Ahora simplemente la suelto.

—El hombre del que te he hablado todos estos años... tu padre... no era la verdad, Parker —mi voz se quiebra al final—. Tuve miedo. Quise protegerte. Pero con eso te quité la oportunidad de conocer a tu verdadero padre.

Parker palidece de golpe. Las pecas de su nariz resaltan. Gira la cabeza bruscamente y se queda mirando a Cayden.

Cayden sostiene la mirada. Sin retroceder ni un milímetro.

—Yo soy tu padre, Parker.

Las palabras llenan la habitación. Pesadas y tangibles. Sin rodeos.

El silencio se vuelve ensordecedor.

Parker respira audiblemente por la boca. Sus ojos recorren el rostro de Cayden: busca la contradicción, la broma salvadora. Mira fijamente los hombros de Cayden, sus manos, la arruga marcada sobre su nariz.

—¿Tú? —susurra.

—No lo supe durante todos estos años —Cayden se acerca más. Levanta las manos pero las deja en el aire, sin tocar a Parker, dándole espacio—. Si hubiera sabido antes que existías, habría corrido todo el camino hasta Boston. Jamás te habría dejado solo.

Parker aprieta los labios. La admiración lucha contra la confusión en sus ojos. Me mira a mí.

—Me mentiste —su voz de niño me duele más que cualquier golpe. Una lágrima asoma—. Dijiste que mi padre no nos quería. Que simplemente se marchó.

—Lo siento muchísimo —me acerco a él de rodillas y le tomo las manos. No las retira; incluso se aferra a mis dedos—. Era joven, tuve pánico. Estuvo mal. Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadado conmigo.

—Ella lo hizo todo por amor —Cayden se coloca a mi lado. No permite que cargue sola con el error—. Trabajó día y noche. Renunció a todo. Enfádate conmigo por haber sido un idiota entonces. Pero no le eches la culpa a ella.

Parker se limpia la nariz con la manga. Mira a Cayden.

—¿Eres mi padre de verdad?

—Soy tu padre —una sonrisa auténtica rompe la expresión tensa de Cayden—. Tenemos mucho tiempo que recuperar. Te debo unos diez cumpleaños. Y todavía tengo que enseñarte cómo dar un pase de revés decente.

El hielo se rompe.

La grieta en la defensa de Parker es casi audible. El *shock* deja paso a un alivio profundo y puro. Ya no tiene que buscar a un fantasma. Su héroe está sentado en carne y hueso frente a él. Suelta mis manos y se lanza hacia delante.

Cayden lo atrapa.

Rodea al niño con sus brazos y hunde el rostro en el pelo de Parker. Lo aprieta contra su pecho como si no quisiera soltarlo nunca más. Parker se aferra al jersey de Cayden. Sus hombros estrechos tiemblan bajo sollozos mudos.

Me tapo la boca con la mano. Las lágrimas corren sin freno. El peso de años sobre mi pecho se desmorona.

Cayden abre un brazo y me atrae hacia él sin soltar a Parker. Me pego a su costado y él me rodea los hombros. Estamos sentados como una unidad sobre la alfombra. El olor a resina y café sigue en el aire, pero la habitación se siente completamente nueva.

Pasan los minutos. El reloj de pared sigue marcando el tiempo.

En algún momento, Parker se separa un poco. Se limpia los ojos y mira el palo de Cayden en el suelo.

—¿Jugaremos en el hielo esta tarde de todas formas?

Cayden suelta una carcajada que vibra en lo más hondo de su pecho. —Jugaremos hasta la noche si quieres. Cada truco que conozco.

Una sonrisa tímida asoma en las comisuras de Parker. Agarra su rollo de cinta y empieza a juguetear con el extremo.

—Me alegra que estés aquí —murmura sin levantar la vista—. O sea... como mi padre.

Los ojos de Cayden se enrojecen. —A mí me parece fantástico ser tu padre, Parker.

38

Cayden

Mis zapatillas golpean el asfalto al ritmo de mi corazón y el sudor me escuece en los ojos. Me limpio la humedad con el dorso de la mano mientras el sol castiga mis hombros sin piedad. No importa. Necesito este agotamiento físico para liberar la presión.

Sí, los multimillonarios también sentimos presión. A decir verdad, a menudo es precisamente esa presión la que nos hace tener tanto éxito.

Nos queda una semana. Siete días hasta que Collins espere ese artículo en su escritorio. Siete días hasta que Hayes me tienda el bolígrafo para la firma.

Pero con cada día que pasa, me pongo más inquieto. Vaughn se ha esfumado por completo tras su breve señal de vida. Sin datos. Sin avisos. Nada.

Sigo corriendo; el camino lleva directo a la zona de recreo a las afueras de la ciudad. Me arden las pantorrillas. ¿Qué pasa si Vaughn fracasa ante los cortafuegos? Perderé el trabajo de mi vida. Hace un mes, esa idea me habría vuelto loco. La riqueza definía para mí incluso mi valor humano. La fama era mi escudo contra los reproches constantes. Alimentaba mi ego con balances abultados.

Sin embargo, ayer por la noche estaba sentado con Jade en la alfombra del salón comiendo una pizza grasienta directamente de la caja. Parker estaba justo entre nosotros y me puso un mando de la Playstation en la mano. Jugamos a un videojuego de carreras de coches absurdo (me ganó sin piedad). Escuché su risa. Vi la mirada de Jade cuando me dejó el último trozo de salami sin decir una palabra.

En ese momento, en el suelo, no me faltaba nada.

Sigo corriendo. Los pasos se vuelven más ligeros de repente.

Los árboles se clarean. El camino de grava desemboca en un lago. La superficie del agua refleja la luz del sol. Mi sprint se convierte en un trote suave. Mi pulso se calma.

En un banco de madera a la orilla está sentada una pareja de ancianos. El hombre lleva una gorra desgastada; la mujer se ha echado una rebeca por encima. Lanzan migas de pan seco al agua y un grupo de aves grazna a sus pies.

Me detengo, apoyo las manos en las rodillas y busco aire. Los observo. Aunque no hablan mucho, parecen tener una especie de conexión invisible. El hombre le pasa una bolsa de papel en silencio a su mujer y ella mete la mano. Sus dedos se rozan. Es un gesto casual. Un gesto que transmite décadas de complicidad.

Me enderezo despacio. ¿Qué habrán visto ya estas personas en su vida? Probablemente habrán criado hijos. Tendrán nietos que corren por el jardín los fines de semana y ponen la casa patas arriba. Comparten una historia. Están sentados un martes por la mañana junto a un lago, alimentando pájaros, y parecen estar completamente en paz consigo mismos.

Eso es exactamente lo que quiero.

No quiero terminar como un multimillonario solitario, rodeado de aduladores que solo miran mi cuenta bancaria. Quiero sentarme con Jade en un banco de madera como ese. Quiero ver crecer a Parker. Quiero estar allí cuando conduzca su primer coche. Quiero vivir sus primeras penas de amor y enseñarle a levantarse después de una derrota. Me he perdido los primeros diez años. No voy a permitir que me quiten el resto.

Camino hacia una fuente en el borde del sendero y pulso el botón metálico. El agua sale disparada en un arco. Bebo con avidez y me echo un puñado a la cara.

Entonces vibra mi móvil.

Desbloqueo la pantalla y, como la luz del sol me deslumbra, pongo la palma de la mano para protegerme del brillo.

Mi programa de correo muestra un mensaje no leído. Toco el símbolo y mi ritmo cardíaco se acelera al instante.

La bandeja de entrada se carga. Un correo de un remitente anónimo está al principio de la lista. Sin asunto. Sin texto. Solo un archivo adjunto.

Me quedo mirando la pantalla. La espera ha terminado.

Me siento en un banco cercano y paso los siguientes treinta minutos analizando lo que Vaughn ha desenterrado.

Luego pulso el botón de bloqueo. La pantalla se vuelve negra.

No necesito mi imperio para alimentar mi ego. Pero no voy a permitir que un imbécil como Hayes use mi ciudad, mi club y mi familia como piezas de un juego. Y gracias a Vaughn, pronto estallará una bomba que Hayes no verá venir.

Me doy la vuelta, de regreso a casa. Pero no corro. Sprints.

39

REPORTAJE EXCLUSIVO: La construcción de un chivo expiatorio y la caída de un imperio

Por Jade Sterling

El olor a perfume caro y a un éxito increíble se adhiere a Cayden Miller como una marca invisible. Quien teclee su nombre en un buscador encontrará una crónica perfecta de superlativos deportivos. Es el chico talentoso de las afueras que pulverizó los récords nacionales. Es la estrella indiscutible que catapultó a los Montreal Royals a la cima de la liga con su voluntad inquebrantable. Los patrocinadores le lanzaban contratos millonarios. Las cámaras le seguían a cada paso. El público amaba su sonrisa fresca, admiraba sus coches rápidos y se deshacía en rumores sobre las mujeres que pasaban por su vida. Cumplía el papel de playboy intocable con una ligereza pasmosa.

Entonces llegó Banff.

Una sola noche en un hotel de concentración hace once años bastó para arrancar de forma irrevocable el barniz dorado. La versión oficial de la historia se grabó a fuego en la memoria colectiva del deporte: la joven estrella arrogante celebra una fiesta desenfrenada antes de un partido crucial; la federación suspende a su mejor jugador para salvaguardar la integridad moral de la liga. Cayden Miller guardó silencio ante las acusaciones. Abandonó la concentración por la puerta trasera, se tragó la ejecución mediática y, en los años siguientes, levantó una lucrativa red empresarial.

A la sociedad le encantan los héroes caídos. Los juzgamos, los etiquetamos y nos negamos obstinadamente a reabrir los expedientes.

Cayden Miller, en su juventud, no fue ningún ángel. Tanteó los límites. Provocó. Pero la historia que marcó el punto de inflexión en

su carrera es una mentira.

Evelyn Rice dirige hoy una prestigiosa galería de arte en el corazón de Montreal. Hace once años, su apellido era Davis. Era la fisioterapeuta del equipo nacional y la esposa del entonces entrenador jefe. Cuando habla hoy de aquella noche en Banff, sus manos se entrelazan con fuerza. El verdadero motivo de la suspensión de Cayden Miller no fue un exceso de alcohol. Fue el hecho de que se acostó con la mujer del entrenador.

Ella no recuerda aquello como un romance apasionado. Lo recuerda como una pesadilla tóxica.

—Mi exmarido me anuló sistemáticamente —relata Evelyn Rice en su despacho inundado de luz solar—. Me humilló ante todo el equipo. Yo era un accesorio sin valor. Aquella noche en Banff no buscaba sexo; buscaba desesperadamente a alguien que me devolviera un poco de dignidad. Cayden me dejó entrar en su habitación. Me escuchó. Me dedicó cumplidos sinceros para intentar recomponerme.

Cuando Eric Davis irrumpió en la habitación, no se trataba de amor traicionado. Se trataba de una pérdida de control absoluta. El entrenador gritó, insultó a su propia esposa y amenazó con desterrar a Cayden para siempre del deporte profesional.

—Cayden se puso delante de mí para protegerme —informa Evelyn Rice, con la voz cargada de una culpa antigua—. Cargó con toda la responsabilidad. Permitió que la federación lo suspendiera solo para que mi reputación como madre de dos niños pequeños no fuera arrastrada por el fango. Durante años ha llevado ese escándalo sobre sus hombros sin traicionarme nunca ante la prensa. Yo fui demasiado cobarde entonces para decir la verdad.

Cayden Miller no es un victimario. Es el error de diseño en un sistema hostil que protege a hombres como Eric Davis y sacrifica a los jóvenes talentos.

Hoy, Cayden Miller está a punto de forjar su legado en hormigón. El nuevo estadio de los Montreal Royals pretende revitalizar el barrio portuario. Es un proyecto de miles de millones. El ayuntamiento aplaude. Los permisos de construcción se concedieron en tiempo récord. Toda el área está sujeta a las normas de protección ambiental más estrictas, razón por la cual otros promotores fracasaron allí durante años. La ciudad hizo una excepción monumental porque Cayden se comprometió por contrato a financiar con su patrimonio privado zonas de compensación ecológica en los alrededores.

Un inversor generoso entró en escena para costear la astronómica construcción: Elias Hayes. Un empresario que habla en público de valores familiares e invoca la brújula moral de la sociedad.

Hayes exigió este perfil periodístico. Afirmó que quería limpiar la imagen de Cayden Miller antes del inicio definitivo de las obras. Requirió una cobertura insobornable para tranquilizar a sus propios inversores.

En realidad, Elias Hayes encargó este reportaje para enterrar definitivamente a Cayden Miller.

Quien analice la estructura empresarial tras las sociedades de inversión de Hayes tropezará inevitablemente con el nombre Icarus Holdings. Una empresa discreta que en los últimos meses ha comprado sistemáticamente los terrenos industriales sin valor que rodean el nuevo estadio. La matriz de Icarus Holdings opera bajo el nombre Silver Star Entertainment.

Silver Star es un poderoso operador de casinos de Las Vegas.

Elias Hayes no quiere financiar un estadio de hockey. Quiere esquivar las restrictivas leyes de urbanismo de Montreal. Utiliza el prestigio deportivo de Cayden y sus compensaciones ecológicas contractuales como un caballo de Troya para urbanizar el barrio portuario. El plan era aterradoramente simple: Hayes hace que

Cayden firme los precontratos; Cayden responde desde ese momento con su patrimonio privado ante las constructoras. En cuanto la tinta estuviera seca, Hayes activaría a su cómplice del pasado.

Eric Davis.

El antiguo entrenador dirige hoy una consultora fracasada. Los balances de su empresa muestran una transferencia repentina e inexplicable de una cuantía astronómica. El remitente es una sociedad pantalla de Elias Hayes. El dinero fluyó como anticipo para una campaña mediática planificada. Davis debía acudir a la prensa justo cuando el riesgo financiero de Cayden fuera mayor. Debía recalentar la mentira de Banff. Hayes habría usado el escándalo mediático como pretexto para que su grupo inversor se retirara del proyecto alegando una violación de las cláusulas morales.

Cayden Miller habría quebrado. El ayuntamiento habría detenido el proyecto por la indignación pública. Hayes habría comprado el suelo urbanizado de la masa de la quiebra y habría levantado sus rentables casinos sobre las ruinas de la existencia de Cayden.

Pero la conspiración llega mucho más profundo en las estructuras políticas de nuestra ciudad de lo que una simple especulación inmobiliaria sugeriría.

¿Cómo consigue un operador de casinos la promesa municipal de levantar sus salas de juego junto a una obra abandonada? Comprando a quienes toman las decisiones.

Anoche, esta redacción recibió una extensa base de datos de una fuente anónima. Los documentos, cuya autenticidad ha sido verificada, dibujan el mapa de un pantano sin fondo. Elias Hayes no se limitó a sobornar a concejales con cuentas en las Islas Caimán; aseguró su lealtad mediante el chantaje.

En los servidores cifrados de Icarus se encontraban innumerables grabaciones de vídeo de distintas habitaciones de hotel. Muestran a políticos de esta ciudad, hombres con una enorme responsabilidad, en situaciones comprometedoras con prostitutas. Hayes recopiló este material sistemáticamente. Creó un archivo de la corrupción para forzar la concesión de permisos para sus casinos.

Sin embargo, la flagrante hipocresía de Elias Hayes culmina en otro hallazgo. Las mujeres que fueron pagadas por él para estos intentos de chantaje instalaron cámaras ocultas para su propia seguridad. Esas cámaras no solo grabaron a los políticos; grabaron al propio Elias Hayes. El paladín de la moral, que gusta de posar ante la prensa con su esposa y sus tres hijos, se divierte en esas grabaciones muy lejos de sus sermones conservadores. Él es el arquitecto de una organización criminal oculta tras caros trajes a medida.

Este artículo debía ser la pala que cavara la tumba de Cayden Miller. Elias Hayes quería exhibirlo como a un necio ingenuo.

Cuando presenté a Cayden Miller las pruebas recopiladas, no reaccionó con la ira esperada en un hombre de negocios. Se reclinó en su sillón. Se quedó mirando los troncos encendidos en su chimenea. Parecía, en ese instante, vulnerable.

—He tomado decisiones fatales en mi vida —dice Cayden Miller. Sus ojos azules me fijan con una honestidad descarnada—. Me atrincheré tras mi riqueza. Mantuve a la gente a distancia. Pero mi mayor error no fue Banff. Mi mayor error fue no haberme ocupado antes de mi hijo.

En este punto, la distancia objetiva de este texto se rompe.

Mi nombre es Jade Sterling. Soy la periodista que Elias Hayes eligió para este encargo porque confiaba en mi reputación insobornable.

Pero también soy la mujer que Cayden Miller conoció hace mucho tiempo en la universidad.

Y soy la madre de su hijo.

Parker tiene hoy once años. Juega al hockey con una pasión desbordante. Tiene los ojos de su padre.

Oculté a Cayden la existencia de su propio hijo durante toda una década. Construí una mentira monumental para protegerme del dolor del pasado. Cuando Elias Hayes buscaba a una periodista capaz para este perfil, Cayden movió los hilos en la sombra.

No lo hizo para burlar a Hayes; en aquel momento aún no sabía nada de los casinos planeados. Lo hizo porque un año antes se había enterado por casualidad de la existencia de Parker. No quiso involucrar a abogados; no quiso una disputa legal por la custodia que hubiera destrozado nuestras vidas. Usó este proyecto profesional como excusa para volver a tener a la madre de su hijo cerca. Me dio el espacio necesario para ir derribando mis propios muros pieza a pieza.

Elias Hayes buscaba una herramienta para su fraude. En su lugar, le proporcionó una familia a Cayden.

Hace pocos días estábamos sentados en el suelo de nuestro salón. Le contamos a un niño pequeño que su ídolo deportivo es, en realidad, su propio padre. Vi cómo Cayden estrechaba a mi hijo entre sus brazos. Vi cómo el peso de los últimos once años caía de sus hombros.

Es probable que los Montreal Royals no tengan un estadio sin inversores, pues el contrato multimillonario sobre el escritorio de Cayden Miller ha sido cancelado. En su lugar, planea construir con sus propios medios un gran centro deportivo para jóvenes desfavorecidos.

Porque si hoy se le pregunta cuál fue su mayor ganancia en esta semana agotadora, no habla de cotizaciones bursátiles.

Habla de las risas fuertes en nuestro hogar. Habla del futuro. Toma mi mano y la aprieta con fuerza. Hemos enterrado las mentiras. Hemos superado la tormenta.

Elias Hayes tendrá que responder ante un juez federal por extorsión grave y donaciones ilegales a partidos, mientras Eric Davis desaparece definitivamente en la insignificancia que merece.

Cayden Miller ya no es un playboy intocable. Es un padre. Es mi compañero. Y es el hombre que acaba de demostrar que la verdad sigue siendo el arma más poderosa contra la oscuridad.

40

Cayden

El papel impreso de la edición dominical cruje entre mis dedos mientras el aroma del café se mezcla con el olor de los cruasanes calientes. Repaso el texto por centésima vez; cada palabra es precisa. Ese corte periodístico ha diseccionado a Hayes ante la opinión pública, provocando que la comisión de valores intervenga en *Icarus*. Hayes se encuentra en prisión preventiva y sus abogados luchan contra una marea de pruebas contundentes, mientras Eric Davis se ha derrumbado tras el primer interrogatorio.

Doblo el periódico sobre la mesa de roble cuando el bullicio a mi alrededor aumenta. El comedor parece una estación concurrida: Hailey atrapa entre risas el último cruasán de chocolate antes que Noah y Liam, mientras mi padre discute con la madre de Jade sobre rutas de tráfico. Ella es una mujer cálida que ha entablado una amistad asombrosa con mis padres.

El nudo que asfixiaba a la familia de Jade se ha desatado. Estoy pagando las facturas de un centro de cuidados privado en Westmount donde su padre recibe la mejor atención. Aunque la demencia es imparable, él tiene una habitación llena de sol y se encuentra bien dentro de las circunstancias. Jade no tendrá que volver a sentarse nunca más a llorar en una cocina por las noches.

—¡Oye, papá!

Parker entra corriendo desde el pasillo con su camiseta de los Royals y una pila inestable de videojuegos.

—Estoy sacando el resto del maletero —grita al pasar—. ¿Dónde pongo la caja con mis patines?

—Déjala junto al banco del garaje —respondo—. Te construiremos tu propio casillero allí.

Él sonríe, asiente y desaparece por la escalera. Hoy es el día en que Jade y Parker se mudan. Las últimas cajas se apilan en el vestíbulo. El viernes por la tarde, Jade dejó su renuncia en el escritorio de Tom Collins. El redactor jefe enfureció y le ofreció un sueldo astronómico para que se quedara, pero ella solo le deseó éxito con una sonrisa. A partir del próximo mes, dirigirá el departamento de prensa de los Royals; ahora somos un frente unido.

Tomo mi taza de café mientras observo a Jade, que gesticula y ríe en una conversación con mi madre. Un sentimiento de calidez inunda mi pecho; quiero esta imagen cada mañana por el resto de mi vida. Meto la mano en el bolsillo de mis vaqueros y rozo la pequeña caja.

—¿Jade? —la llamo, y mi voz corta el murmullo general.

Ella se detiene a mitad de una frase y me mira con una sonrisa interrogante.

—Empiezas en los Royals la semana que viene —comienzo, deslizando mi tableta por la mesa hacia mí—. Los chicos de informática ya han activado el nuevo sitio web del *Montreal Royal Newsmagazine*. Hoy salimos en línea con nuestra propia cobertura.

—Lo sé —responde ella apoyando los codos en la mesa—. He aprobado el plan. El primer comunicado sale mañana.

—Hemos cambiado el plan —digo, empujando la tableta justo frente a ella—. El primer artículo ya está publicado. Lo escribí anoche y la nueva jefa de relaciones públicas debería echarle un vistazo.

Ella frunce el ceño. Hailey deja de comer y me observa con desconfianza, mientras la conversación entre mi padre y la madre de Jade cesa. Toda la atención se centra en nosotros dos. Jade baja la vista hacia la pantalla brillante. El titular destaca en letras grandes:

La mujer tras los titulares. Un perfil sobre Jade Sterling. Por Cayden Miller.

Ella lee y sus ojos recorren el texto.

Todo fan del hockey conoce mi nombre, pero ninguno conoce a la persona que realmente ha transformado mi vida. Este texto no trata de goles, trata de Jade Sterling.

Nos conocimos hace mucho tiempo en Thunder Bay. Desde el primer momento, emanaba una atracción que anulaba mi juicio. Yo me comportaba como un atleta arrogante que poseía el mundo, pero ella vio a través de mi fachada en segundos.

Jade rompió el pacto con mi hermana Hailey de no tocar nunca al hermano de la otra. El destino tenía otros planes y pasamos una noche juntos que quedó grabada en mi memoria de forma indeleble.

Tras esa noche, nuestros caminos se separaron. Increíblemente, ella crió a nuestro hijo sola. Trabajaba de noche y estudiaba de día, luchando como una leona por su hijo mientras yo construía un imperio financiero sin saber de Parker. Ella cargó con todo el peso porque pensaba que debía protegernos a todos del colapso.

Sin embargo, el destino tiene su propio sentido del humor. Un inversor sin escrúpulos exigió un reportaje sobre mí para destruirme, y ese supuesto infortunio nos volvió a unir. Jade entró en mi casa con su cuaderno, me desafió, me volvió loco y derribó cada muro que yo había levantado. Arriesgó su carrera para salvarme de un fraude gigantesco.

Ella lucha por la verdad y ama a nuestro hijo con cada fibra de su ser. Me ha enseñado que la mayor victoria no se consigue en el hielo, sino sentada a mi mesa un domingo por la mañana.

Estás leyendo este artículo precisamente en esta mesa de madera, Jade. Ahora mírame y responde a una sola pregunta:

¿Quieres casarte conmigo?

Los labios de Jade se abren mínimamente y su respiración se vuelve superficial. Una huella de humedad asoma en sus ojos y sus manos tiemblan al sujetar la tableta. Una lágrima cae sobre la mesa.

Empujo mi silla hacia atrás; el sonido del arrastre corta el silencio. Me levanto, rodeo la mesa y me pongo de rodillas ante ella. Saco la caja de terciopelo, la abro y presento el anillo: un diamante elegante que atrapa la luz del jardín.

Jade se lleva las manos a la boca con un sollozo ahogado. Mira el anillo, luego a mí y vuelve a mirar el anillo. Mi madre suelta un grito agudo, Hailey se tapa la cara con las manos y Parker aparece en el umbral de la puerta, quedándose inmóvil.

—Dijiste que el dinero no repara las cosas rotas —digo, mirándola directamente a los ojos empañados—. Tenías toda la razón. Tú nos reparaste y me devolviste la vida. No quiero volver a tener un secreto contigo. Quiero despertar a tu lado cada día, discutir por comunicados de prensa y ver a Parker ser mejor en los patines de lo que yo nunca fui. ¿Quieres ser mi esposa?

Ella asiente. No logra articular palabra, simplemente asiente con rapidez.

—Sí —consigue decir finalmente entre sollozos—. Dios, claro que quiero.

Tomo el anillo de la caja, agarro su mano temblorosa y deslizo el metal en su dedo anular. Encaja perfectamente.

En ese instante, Hailey alza los brazos y celebra ruidosamente. Mi padre aplaude y la madre de Jade se limpia las lágrimas de alegría de las mejillas. Jade se desliza de su silla y cae prácticamente contra mi pecho. La rodeo por la cintura, la alzo y nos giro en círculo antes de capturar sus labios con los míos en un beso que sabe a

lágrimas saladas, a café y a la promesa incondicional por el resto de nuestras vidas.

—¡Genial! —grita Parker desde la puerta con la voz casi quebrada—. ¿Ahora me darán una habitación más grande?

Me separo de los labios de Jade riendo. Ella esconde su rostro en mi cuello, temblando de risa. Miro a nuestro hijo.

—Tendrás todo el ala oeste si quieres —respondo extendiendo un brazo hacia él.

Parker corre hacia nosotros y se lanza contra mi costado. Lo atraigo a nuestro abrazo. Estamos los tres en medio del comedor, rodeados por el júbilo de nuestra familia. Los demonios del pasado tienen prohibida la entrada y los secretos han sido quemados por completo. Esto es solo el principio.

Epílogo

Jade

Las sábanas de algodón crujen bajo mis piernas mientras me giro sobre la espalda y me quedo mirando el techo. Han pasado diez meses desde el estallido del escándalo de Elias Hayes, pero esa no es la razón por la que hoy siento mariposas en el estómago.

Hoy es el día de nuestra boda. Una legión de maquilladores invadirá esta casa en exactamente una hora, los servicios de catering montarán la carpa en el jardín y Hailey me pasará un vestido de novia de escándalo por la cabeza. La nerviosidad pulsa en mis venas. Voy a casarme con Cayden Miller, el hombre del que estuve huyendo durante más de una década.

El colchón cede y Cayden se desliza a mi lado. Su brazo rodea mi cintura y me atrae hacia su pecho. Su piel irradia un calor reconfortante.

—Tu corazón martillea —murmura contra mi cuello. Su voz suena adormecida.

—Estoy repasando la distribución de las mesas —miento, cerrando los ojos.

Él me gira de lado. Su mirada se engancha con la mía.

—Estoy nerviosa —confieso en un susurro.

—Yo te distraigo —promete.

Su boca encuentra la mía y hundo mis dedos en su pelo mientras él se sitúa sobre mí. Siento lo duro que está.

Cayden agarra el dobladillo de mi camiseta de dormir y esta termina en algún lugar del suelo. Sus labios bajan por mi cuello, succionando el punto sensible bajo mi oreja hasta que siento mi pulso latir salvajemente allí. Deja un rastro húmedo en mi clavícula,

trazando una línea ardiente hacia abajo hasta que su lengua rodea la curva de mi pecho. Mis pezones se tensan antes de que succione uno de ellos con su boca caliente, mordisqueándolo, azotándolo con la lengua hasta que me sacudo bajo él como la cuerda de un arco.

Sus manos recorren mis caderas, bajan más y separan mis muslos con una calma posesiva. El contacto envía una descarga eléctrica por mi columna. Agarro sus hombros; los músculos se tensan bajo mis palmas. Me quita la ropa interior y sus dedos se hunden de inmediato entre mis labios vaginales, separando la carne ya resbaladiza, rodeando mi clítoris hinchado hasta que me arqueo hacia él y un gemido sofocado escapa de mi garganta. Dos dedos penetran en mí, curvándose, frotando justo donde soy más sensible mientras su pulgar sigue masajeando mi perla. El aire fresco de la mañana roza mi piel, pero el calor entre nosotros reduce a cenizas cualquier duda.

Abro más las piernas, ofreciéndome a él por completo. Se quita la camiseta y los bóxers, y se posiciona entre mis muslos.

Su miembro pletórico presiona contra mi entrada, separando mis pliegues mojados, deslizándose lenta, atormentadoramente lento dentro de mí. Centímetro a centímetro me expande, llenándome de forma tan absoluta que tengo la sensación de que está tocando mi alma. La estrechez me corta la respiración. Un gemido gutural sale de su boca. Entierra su rostro en el hueco de mi cuello, dándome un pequeño mordisco mientras se hunde hasta el fondo, con sus testículos cálidos y pesados presionando contra mi periné.

Empieza a moverse. El ritmo es constante. Cada estocada profunda y circular hace que su tallo frote mis paredes internas, golpeando ese punto exacto que hace que chispas dancen en mi visión. La fricción genera un infierno en mi vientre, como si fuego líquido fluyera por mis venas. Enredo mis piernas alrededor de su pelvis, cruzo los tobillos tras su espalda y lo atraigo aún más

adentro. Mis uñas se clavan en su espalda, dejando marcas rojas mientras me aferro a él.

El cabecero de la cama cruje suavemente. El sonido se mezcla con nuestra respiración sincrónica, el chapoteo húmedo de piel contra piel, el sonido de succión cuando se retira casi por completo para luego embestir de nuevo con fuerza. Cayden aumenta el ritmo. La suavidad inicial deja paso a una urgencia hambrienta. Se apoya en sus antebrazos y me mira directamente a los ojos. Esa honestidad implacable vuelve loco a mi pulso. Ya no hay mentiras. No hay distancia. Él es mío. Yo soy suya.

Introduce su mano entre nosotros, sus dedos encuentran mi clítoris otra vez, frotándolo con círculos rápidos y firmes mientras su miembro me atraviesa en un compás despiadado. Mi musculatura interna se contrae, ordeñándolo con avidez. El hormigueo familiar se extiende por mis venas, convirtiéndose en una tormenta rugiente. Me arqueo. Hundo la cabeza en las almohadas.

—Cayden —jadeo.

—Suéltate —ordena en un susurro. Agarra mis caderas. Me mantiene firmemente presionada contra él. Me empuja más allá del límite con estocadas duras y profundas; su miembro se hincha aún más, pulsando dentro de mí.

La ola rompe sobre mí. Un destello cegador atraviesa mi mente. Mi cuerpo se tensa en una descarga masiva, mi calor se contrae rítmicamente alrededor de él, ordeñando cada gota. Grito su nombre; el sonido se ahoga en la almohada.

Segundos después, siento su propio temblor. Se tensa masivamente y luego descarga profundamente en mí; pulsaciones calientes me llenan mientras sigue empujando, como si quisiera bombear hasta el último resto en mi interior. Deja caer su peso sobre mí. Su pecho sudado se presiona contra el mío.

Cayden levanta la cabeza. Me da un beso tierno en la punta de la nariz.

—¿Sigues nerviosa? —pregunta en voz baja. Una sonrisa divertida asoma en las comisuras de sus labios.

—La distribución de las mesas me da exactamente igual ahora mismo —respondo con sinceridad. Acaricio su mejilla.

En la planta baja se oye el golpe de una puerta. La voz de Parker resuena por la escalera; está llamando a sus nuevos zapatos de vestir. Helena le responde desde la cocina. La vida en esta villa despierta. El día comienza.

Parker custodió ayer por la noche nuestros anillos de boda. Colocó el estuche en su mesilla de noche con un orgullo inmenso. Hemos funcionado como familia mucho antes de que vayamos a firmar ese documento hoy.

En pocas horas adoptaré su apellido. Caminaré hacia el altar y me casaré con el hombre que primero convirtió mi vida en un campo de ruinas para luego construir un castillo sobre ellas.

Cierro los ojos y sonrío en el silencio matutino. Estoy lista.

Cayden

El sol castiga mi propiedad, en cuyo césped se amontonan trescientos invitados. Enormes carpas tipo pagoda ofrecen sombra mientras los camareros equilibran copas de champán entre la multitud. El murmullo de las voces casi tapa los bajos de la banda en directo. El recinto de la boda parece más un festival.

Me apoyo en la barra de madera al borde de la pista de baile. Tengo un vaso frío en la mano. Griffin choca su vaso contra el mío.

—Por el novio —grita por encima de la música. Se afloja el nudo de la corbata—. Realmente te has dejado poner las cadenas, Miller.

—Las llevo con orgullo —respondo, y me bebo el whisky de un trago.

Marcel suelta una carcajada y me da una palmada en el hombro. —Hicimos apuestas. Beckett puso dinero a que te echabas atrás antes de llegar al altar.

Beckett levanta las manos en señal de defensa. Sonríe. —Después de conocer a Jade, retiré mi apuesta de inmediato. Esa mujer te tiene dominado.

Reímos. La complicidad llena el espacio entre nosotros. Bebimos juntos en la universidad. Superamos crisis. Hoy están aquí como mis padrinos.

Observo a Jade mientras baila con Parker en el escenario de madera. Su vestido de novia revolotea alrededor de sus piernas y me siento el hombre más afortunado del mundo.

Un movimiento en la salida de la carpa capta mi atención.

Un hombre con un traje a medida sale de entre la multitud. El pelo negro le cae sobre la frente. Dos damas de honor se giran al instante para mirarlo; cuchichean tras sus manos. Él ignora las miradas por completo. Sus pasos son ágiles sobre el suelo y se dirige directamente hacia nuestro grupo.

Se detiene frente a nosotros y levanta su copa en mi dirección. Una ligera sonrisa asoma en su rostro.

—Felicidades, Cayden —su voz suena tranquila.

Asiento y levanto mi propia copa.

—Gracias, Vaughn —digo—. Por todo.

Él asiente apenas perceptiblemente y se apoya en el borde de madera de la barra. Lo observo. Aparece. Desaparece. Resuelve los

problemas más masivos desde la sombra. Ninguno de nosotros sabe realmente qué pasa en su vida diaria.

—¿Y a ti cómo te va en el amor? —pregunto.

Vaughn toma un sorbo de su copa.

—Un caballero calla y disfruta —responde.

Marcel resopla. Apoya el codo en la barra. —Si es que hay algo que disfrutar.

Vaughn gira la cabeza. Mira a Marcel. Un brillo centellea en sus ojos. La mueca de sus labios se convierte en una sonrisa abierta.

—Si vosotros supierais.

FIN

Un agradecimiento personal

Querida y maravillosa lectora,

Has llegado hasta aquí, lo que significa que: Has vibrado, sufrido, suspirado, quizás soltado algún que otro insulto... y espero que hayas pensado al menos una vez: "Oh. Dios. Mío".

Gracias por sacrificar tu valioso tiempo, la batería de tu dispositivo y, posiblemente, horas de sueño por este libro. Lo valoro de todo corazón.

Si te ha gustado la historia (o si ahora te sientes emocionalmente confundida), me encantaría que dejaras una pequeña reseña en Amazon. Para ti son solo unos clics; para mí, como autora independiente, es casi como si me hicieras una propuesta de matrimonio virtual.

Cada reseña ayuda a que más lectoras descubran mi libro y me permite seguir creando hombres ficticios que, por desgracia, rara vez existen en la vida real.

Gracias por formar parte de este viaje

Con amor y un toque de drama
J. S.

PD: No pases de página sin revisar las siguientes; allí te esperan dos pequeñas sorpresas. Y no, no muerden. Prometido.

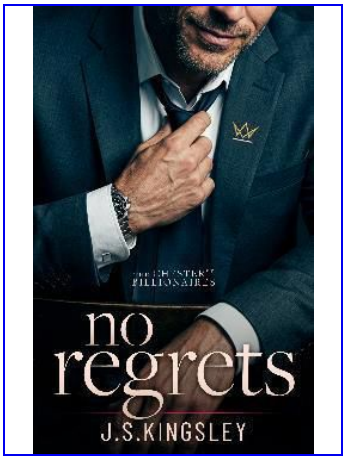
Mi regalo para ti

Sorpresa n.º 1 (y es muy ardiente)

Si siempre has querido saber qué hacían los héroes de **Chester Street Billionaires** antes de ser ricos, dominantes y emocionalmente complicados...

Si tienes curiosidad por sus decisiones oscuras, sentimientos prohibidos y esa noche que lo cambió todo...

Entonces tienes que hacerte con la novela exclusiva "No Regrets".



Puedes conseguirla aquí totalmente gratis.
Sí, gratis de verdad. Sin letras pequeñas de falso millonario.

Al descargarla, formarás parte de mi comunidad de **lectoras Premium**: el inner circle que se entera antes que nadie de los nuevos lanzamientos, escenas extra secretas, ofertas y pequeños escándalos.

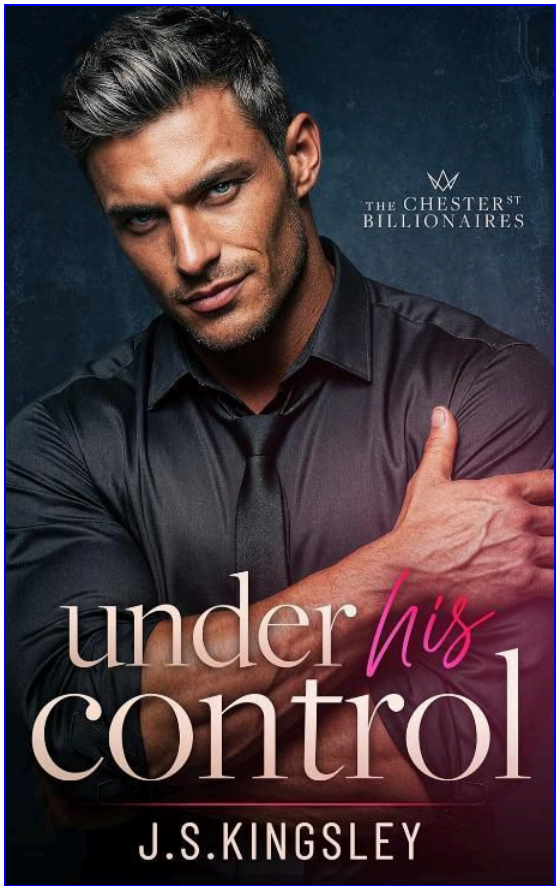
No te preocupes: si alguna vez decides que ya has tenido suficiente de multimillonarios atractivos (improbable, pero oye), puedes darte de baja con un solo clic.

Entonces...

¿estás lista para la precuela que lo inició todo?

Aquí te espera "No Regrets".

Muestra gratuita: Under His Control



Gratis con Kindle Unlimited

1

Selena

Mi vida nunca volverá a ser la misma.

Es viernes por la noche, las nueve. Según los estándares de Iowa, el mundo se está preparando para dormir, pero aquí, en la ciudad de Nueva York, la noche no ha hecho más que empezar.

Aterrizamos en la Gran Manzana hace exactamente setenta y ocho horas, tras un viaje en tren de alta velocidad que terminó escupiéndome esta mañana en Penn Station. Cargo con dos maletas grandes, una mochila y un neceser. El resto de mi existencia —los muebles, los recuerdos, el futuro— está ahora bajo la custodia de mi casi-marido.

Landon Emile Drake es el orgulloso dueño de todo nuestro ajuar, incluyendo ese sofá desmesurado y la mesa de comedor rústica con sus sillas a juego. Todo fue un regalo de bodas de mi hermana Celeste, que vive en nuestro pueblo con sus tres hijos y un hombre robusto al que solo llama "maridito". Nadie tenía más ganas de mi boda que Celeste. Hablaba del matrimonio con una reverencia tan absoluta que me hacía sentir culpable por no compartir esa impaciencia por el gran día. Quería reflejar su energía; deseaba con todas mis fuerzas ser la chica que anhela esa vida.

Por lo que sé, la mayoría de los hombres ven el matrimonio como un mal necesario, una trampa que esquivar hasta el último segundo. Mi prometido, Landon, era la excepción. Estaba obsesionado con atarme a él. Le daban igual los colores de las flores o los pisos de la tarta. Lo único que quería era convertirme en la Sra. Selena Leanne Drake.

De hecho, hace tres días —justo antes de nuestra boda— se dirigió a mí exactamente así.

—Buenos días, Sra. Selena Leanne Drake. Arriba, dormilona. —Me mordisqueó la nuca, su aliento cálido y conocido contra mi piel—. ¿Lista para el gran día?

—¿Puedo quedarme en pijama? —pregunté con una sonrisa juguetona, hundiendo la cara en la almohada. Estaba agotada y sentía un nerviosismo extraño. En secreto, deseaba poder quedarme allí y saltar directamente a la parte en la que ya somos viejos y sedentarios.

La idea de la boda fue emocionante al principio, pero en cuanto las madres y las hermanas se movilizaron, el evento mutó en una prueba de resistencia mental.

Todo el mundo exigía algo. Tuve que rehacer la lista de invitados tres veces porque mi futura suegra no decidía a qué amigas del club de bridge odiaba esa semana. El florista perdió el pedido; el catering en el que mi hermana insistió no garantizaba que la cocina fuera sin gluten. Se convirtió en una tarea demoledora que me consumía las horas. Al final, habría preferido que me enviaran el certificado de matrimonio por correo electrónico para firmarlo cómodamente bajo el nórdico.

—Ni hablar. Quiero verte con ese vestido —dijo Landon, retirando la sábana—. Mañana a estas horas despertaremos como marido y mujer.

Se inclinó y me besó. Fue un beso suave, de esos que calman y te hacen creer que el estrés merece la pena. Él lo valía... o al menos eso me decía a mí misma.

Habíamos planeado una ceremonia a las cinco de la tarde en una granja de abejas local. La ubicación fue idea de su hermana, pero acepté porque el lugar era realmente precioso: campo profundo, un granero elegante para la recepción y una extensión de césped con vistas a las colinas para nuestros votos. Cada invitado recibiría un tarro de miel artesanal. Incluso acepté un tema de abejas bastante bizarro, con girasoles y abejas de mazapán con

purpurina comestible sobre una tarta azul cielo. Era raro, pero pensé que encajaba con nosotros.

Nos conocimos en la universidad. Él estudiaba ingeniería mecánica; yo, derecho. Teníamos cero intereses en común, pero compartíamos el amor por lo absurdo. Nuestro "momento tierno" consistió en que yo le vomité el vodka barato sobre sus Air Force One en una fiesta de la hermandad. Se portó como un caballero; me dejó dormir la borrachera en su cuarto mientras él se quedaba en el suelo.

Por aquel entonces, yo era una estudiante de primero tímida y torpe; demasiado alta para mi confianza y demasiado delgada. La universidad terminó de darme curvas y, gracias a unos genes generosos, hacia tercero me di cuenta de que, en realidad, era un pibón.

Landon simplemente se hizo más alto. Destacaba por ser desgarbado, con un pelo castaño que se rizaba sin control en las puntas. Tenía una nariz larga, casi de ave, una mandíbula marcada y unos ojos de color marrón turbio que daban una impresión de sensibilidad y reflexión. No era el hombre más guapo del mundo, pero sí el más atento.

Mi padre biológico había sido un hombre atractivo, seductor, pero murió cuando yo era pequeña. Solo me quedan unas fotos que prueban que heredé sus ojos. Mi padrastro, Michael, es un tipo macizo con barriga cervecera y una voz atronadora. La diferencia principal entre mi elegante padre fallecido y mi bruto padrastro es de aproximadamente un millón de dólares; un patrimonio neto del que Michael presume constantemente.

Atesora su dinero de tal forma que mi madre, mi hermana y yo probablemente nunca veremos ni un centavo. Mi madre, por otro lado, fue la reina de la belleza del pueblo. Invirtió sus premios en un fondo que nos pagó la universidad. Fue generosa, aunque nunca

diría que éramos ricos. Incluso a finales de sus cincuenta, sigue estando espectacular.

Nunca entendí por qué se casó con Michael, salvo quizás por la estabilidad. Él era seguro.

Quizás por eso me aferré a Landon. Era mi roca. Me escribía para asegurarse de que llegaba bien a casa tras las clases nocturnas; me traía sopa de pollo si enfermaba; planeaba vacaciones razonables con todo incluido para que descansáramos sin preocupaciones. Landon Emile Drake era una elección jodidamente sensata.

—¿No te preguntas nunca —me soltó mi hermana una vez, intentando ser amable— por qué es tan bueno contigo?

Al principio me ofendí. Sonó a acusación, como si yo no mereciera a un buen hombre. —Es un buen chico y yo también soy buena —me defendí.

—Ya sé que eres increíble, Selena. Pero seamos sinceras: tú eres un diez. Él, en un buen día, llega al seis. Se está aferrando con las dos manos a lo mejor que le ha pasado en la vida.

Fue la única vez que lo dijo, pero la idea ya me había rondado la cabeza. Yo era material para reina del baile; él era el tipo del protector de bolsillo. Pero me convencí de que me iba lo "feo-elegante". El físico no era nada comparado con la entrega. Me sentía orgullosa de no ser superficial.

Además, era sorprendentemente bueno en la cama. Aparte de un tal Danny (cuyo apellido he olvidado) que me manoseó en el baile de graduación, solo había estado con Landon. Estaba bien. Tenía orgasmos, él tenía trabajo y se veía decente en traje. No podía pedir más, ¿verdad?

Entonces llegó la boda.

Estaba en la entrada del granero, apretando mi ramo de flores de seda y abejas de peluche. Landon ya esperaba en el altar con su esmoquin azul cielo. Mi vida estaba a segundos de cambiar para siempre.

La música de fondo se detuvo. Había llegado el momento.

De repente, la puerta del granero se abrió de golpe. Una mujer entró tropezando; llevaba un vestido plateado de cuello *halter* de pésimo gusto, con lágrimas surcándole la cara. Su pelo era un desastre absoluto, las horquillas apenas sujetaban unos mechones sueltos. Parecía que la hubiera atropellado un coche o que acabaran de... echarle un polvo.

Resultó ser lo segundo.

—Maldita zorra —siseó.

Eso no era, definitivamente, lo que esperaba escuchar segundos antes de caminar hacia el altar.

—¿Perdona? —Fruncí la nariz, con el corazón golpeándome las costillas.

—Él es mío. Puede que te cases con él, pero nunca lo poseerás.

—¿Hablas de Landon?

—De *mi* Landon. —Sacó su móvil y me estampó la pantalla en la cara.

Me quedé mirando un vídeo. La marca de tiempo era de hace treinta minutos. Allí estaba Landon, con su esmoquin azul de boda, con la polla fuera y lista para el combate.

—Tenemos que darnos prisa —gruñía él en la pantalla, mientras la cámara lo captaba desde un ángulo caótico.

Era obvio que no sabía que lo estaban grabando. Levantó el vestido plateado de la mujer —demasiado corto para una boda, noté de pasada— y se hundió en ella. Sin preliminares, sin dudas. Fue directo al grano, provocando que la mujer del vídeo gimiera su nombre.

Casi vomito sobre mi vestido blanco.

Fuera, el violinista empezó a tocar la marcha nupcial.

Miré a la mujer. Temblaba, esperando que yo gritara o me pusiera a llorar.

—Si me está engañando el día de nuestra boda —dije, con una voz inquietantemente calmada—, también te engañará a ti.

Me di la vuelta y me largué.

No corrí. Caminé, totalmente anestesiada, y agarré mi bolso del transportín de animales que habíamos usado como almacén. Bajé por el largo camino de grava, con el polvo cubriendo mis tacones. Con las manos temblorosas, pedí un Uber.

Alfonso me recogió a un kilómetro de la granja. No preguntó por qué una novia caminaba sola por una carretera secundaria; simplemente me llevó al apartamento que ya no compartía con Landon. Esperó con el taxímetro en marcha mientras yo embutía mi vida en dos maletas y una mochila. En lugar de ir al aeropuerto —donde mi madre seguramente enviaría a la policía para arrastrarme de vuelta—, le pedí que me llevara a la estación.

Subí al primer tren que iba hacia el este. Le envié un único mensaje a mi hermana:

Estoy viva. Landon me ha engañado. Pregúntale a la tipa del vestido plateado por el vídeo donde se la follar con el esmoquin puesto. No voy a volver nunca a Iowa. Dile que no llame. PD: Te quiero.

Su respuesta fue instantánea: *¡¡¡¡¡¡Dios mío, estás bien!!!!!! Todo el mundo está preocupadísimo. LO ODIO. Lo voy a matar. Cuídate. Dime dónde estás.*

Tecleé de vuelta: *No te voy a decir dónde estoy, por si acaso te tortura. :-) Pero te aviso cuando llegue.*

Me mandó un emoji triste.

Tiré mi móvil a una papelera de la estación. Landon tenía mi ubicación a través de Life360, y la paranoia era mi nueva mejor amiga. Compré un teléfono prepago en un quiosco y un billete para Nueva York. Landon siempre se había negado a visitar Nueva York. Decía que era una ciudad "sin alma" y "mediocre".

Para mí, sonaba como el lugar perfecto para desaparecer.

Desde el tren, volví a escribir a mi hermana desde el número nuevo. Su respuesta llegó cerca de Ohio:

¿¿NYC?? ¡¡Que no te maten!! Ah, pensé que te gustaría saber que Michael le ha roto la nariz a Landon. Parece que el viejo padrastro sí nos quiere después de todo. Landon está acabado... la lagarta esa le enseñó el vídeo a todos los invitados. Espero que esto te haga sonreír.

No me hizo sonreír. Estaba demasiado vacía para sentir nada.

Ahora, tres días después, estoy en un piso de alquiler temporal en Brooklyn. Lo conseguí rastreando Craigslist con desesperación y quemando una parte aterradora de mi presupuesto para la luna de miel pagando en efectivo por adelantado. El universo tiene un sentido del humor perverso: la inquilina anterior se marcha porque se va a vivir con su prometido.

El apartamento es minúsculo. Del tamaño de una caja de zapatos, literal. Pero está lo bastante limpio.

Guardo mis maletas y me quedo de pie en medio de la habitación, sin saber muy bien qué hacer. Nunca he vivido sola. Soy una mujer soltera en la ciudad que nunca duerme, donde según *Ley y Orden* asesinan a alguien cada quince minutos. Me asomo a la ventana esperando ver una masacre.

La calle abajo está llena de vida, es ruidosa e indiferente. No parece haber nadie sangrando de forma visible.

Por primera vez en setenta y ocho horas, suelto el aire. Decido salir a explorar el barrio.

2

Selena

Camino unas cuantas manzanas hasta que el eco de una música me llega desde una azotea. Suena a fiesta, y una fiesta es lo último que me pide el cuerpo. Pero la fuerza magnética de la gente feliz —de la vida real— es demasiado potente. Compruebo la dirección en una placa de latón discreta: *The Summit*.

Entro en el vestíbulo esperando un bar de azotea normal y corriente. En su lugar, me topo con un cordón de terciopelo pesado y un portero que parece desayunar coches compactos. Llevo mi uniforme de "salir": falda de tubo negra, blusa de seda blanca, una gargantilla de rubíes como amuleto y una americana corta. ¿Elegante? Sí. Pero definitivamente no es un look de "tía buena de discoteca".

—¿Identificación? —gruñe la montaña humana.

Escanea mi carné de conducir y su mirada se detiene un milisegundo de más en mi dirección de Iowa. Entonces me dedica una sonrisa amplia y cómplice antes de desenganchar el cordón. —Bienvenida a Nueva York, Selena.

El trayecto en ascensor es de un silencio sepulcral, pero cuando las puertas se deslizan, el bajo me golpea directamente en el esternón.

El lugar vibra. La decoración es una mezcla condenadamente sexy de ónice, azul real y plata. Tardo exactamente diez segundos en darme cuenta de que esto no es solo un bar. Aquí no hay taburetes ni rincones con sofás desgastados. Aquí hay camas.

Camas circulares de terciopelo inmensas. Camas con dosel y cortinas transparentes para un poco de privacidad. Camas de día con montañas de cojines de seda.

Me refugio en la barra —la única zona que identifico como segura— y pido un Chardonnay. Probablemente el combinado más aburrido de todo Nueva York, pero mi cerebro no da para más. Me meto un puñado de frutos secos picantes en la boca mientras intento procesar el caos de mi vida. No llevo ni dos sorbos cuando un calor invasivo se pega a mi espalda. Una mano trepa por mi trasero con aire de propiedad.

—¡Oye! —Me doy la vuelta de golpe, casi mandando la copa a volar.

—Oye tú. —El tipo me sonríe y me invade el espacio personal sin contemplaciones. Es guapo de esa forma intercambiable de chico de fraternidad, pero tiene los ojos vidriosos. Apoya los brazos a ambos lados de mis caderas, acorralándome contra la barra de caoba—. Tienes ese rollo de "asistente sexy". Me pone.

Siento cómo se presiona contra mi muslo. Duro. Asco.

—Mi "rollo" debería estar enviando la señal de "quita tus malditas garras de encima" —le espanto, aunque la voz me tiembla un poco.

—Guerrera. Me encantan los retos —gruñe, inclinándose para olfatearme el cuello.

No cede. Un pánico frío y agudo me atraviesa el pecho. El instinto toma el mando. Hago un giro rápido de muñeca y le estampo el Chardonnay en toda la cara.

Durante unos segundos, parece que la música se detiene. Él se limpia el vino de los ojos y su mirada pasa de la lascivia a la furia pura.

—Pedazo de zorra...

—Deje a la dama en paz. Ahora mismo. Soy su prometido.

Una mano se clava en el hombro del tipo. No es un agarre brutal, pero la fuerza que hay detrás se palpa. Mi salvador es una figura imponente con un traje de lana color antracita que probablemente cueste más que toda mi deuda estudiantil. Su pelo plateado atrapa la luz tenue.

El baboso se gira con los puños cerrados, pero se desinfla al instante al ver frente a quién está.

El hombre del traje me dedica una sonrisa deslumbrante y relajada. —Ven, cariño. He reservado una cama, desde allí las vistas son mejores.

El acosador se larga mientras el personal de seguridad aparece de la nada. Mi "prometido" le explica al jefe de seguridad con total tranquilidad que el tipo me ha tocado sin consentimiento. Antes de que logre procesar qué está pasando, arrastran al tipo hacia el ascensor y a mí me guían hacia una enorme cama circular al final de la terraza.

—¿Está usted bien? —pregunta mi salvador. Su voz es grave, rugosa, y me envuelve como un abrigo cálido.

—Solo un poco aturdida, "prometido" —consigo soltar con una risa débil.

—El prometido es el camuflaje más seguro en un sitio como este —dice, indicándome que me siente en el borde del colchón—. ¿Está sola aquí?

—Yo... ni siquiera sabía qué era este sitio —confieso, mirando a las parejas (y tríos) que se repantigan en los muebles—. ¿Esto es legal?

Se ríe, un estruendo profundo en su pecho. —Es un club privado de socios. Mírelo como un Tinder, pero en la vida real y con control de calidad. Siéntese. Está temblando.

—No estoy aquí para tener sexo —balbuceo mientras mis rodillas deciden rendirse definitivamente. Me hundo en el terciopelo suave. Él me sujeta del codo para sostenerme.

Huele de maravilla. No a ese perfume barato de Landon, sino a bergamota, ropa limpia y algo absolutamente masculino; como escocés caro y ozono.

—Primero vamos a pedir algo de comer. Sin obligaciones sexuales —dice con suavidad. Señala un cordón de seda grueso en el poste de la cama—. ¿Ve eso? Si yo o cualquier otro se pasa de la raya, tire de él. La seguridad llegará en tres segundos y yo saldré de aquí de patitas a la calle de por vida.

Me relajo un poco y miro el cordón de reojo. —No quiero que lo echen. Me ha salvado. ¿Qué hay de bueno por aquí?

—La entrada para los hombres cuesta doscientos dólares, así que la cocina se esfuerza.

—¿Doscientos? —jadeo.

—Para las mujeres es gratis. —Se quita los mocasines y me tiende una carta encuadernada en piel suave—. Las camas tienen nombres. Esta se llama "La novela romántica". Por cierto, soy Griffin.

—Yo Selena. Como la cantante. —Abro la carta. Una ensalada César cuesta treinta dólares—. Dios, el pecado sale carísimo.

—Pida lo que quiera. Invito yo.

—Puedo pagarlo sola —miento—. Tengo un presupuesto para la luna de miel.

Las palabras salen antes de que pueda frenarlas. Griffin arquea una ceja perfectamente perfilada. —¿Presupuesto para la luna de miel? ¿Y dónde se ha metido el novio?

Suspiro y dejo caer los hombros. Le sirvo el resumen de mi miseria: la granja de abejas, el vestido plateado, el vídeo en el rincón del baño.

—Vaya —Griffin tuerce el gesto, una compasión real brilla en sus ojos oscuros—. Sabe... verse bien y disfrutar es la mejor venganza. Pero si eso no basta, una pizza extremadamente cara a costa de un extraño es un premio de consolación fantástico.

—Tentador —susurro, y una sonrisa de verdad asoma en las comisuras de mis labios.

Llama a un camarero y pide bebidas —otro Chardonnay para mí, un escocés para él— y una focaccia de trufa. Me cuenta que tiene cuarenta y ocho años, que es abogado mercantil y que incluso redactó los estatutos de fundación de este local. Está sentado con la actitud relajada de un hombre que es dueño de cualquier habitación en la que entra. Es imponente, severo y malditamente atractivo.

—¿Grif? —pruebo con un apodo.

Se detiene, con el vaso a medio camino de la boca. —Griffin.

—Griffin —corrijo—. Suena tan... oficial. Rígido.

Ladea la cabeza y me clava una mirada con una intensidad que me roba el aliento.

¿Acabo de llamar "rígido" a este dios de pelo plateado mientras estoy sentada en una cama en un club de sexo?

... ¡sigue leyendo aquí!

Sobre J.S. Kingsley

J. S. Kingsley J. S. Kingsley escribe novelas románticas para quienes saben que un final feliz debe ganarse a pulso, y que los multimillonarios, médicos o CEOs dominantes funcionan mucho mejor en los libros que en la vida real. :-)

Sus historias son una mezcla de sueños despiertos, situaciones emocionales límite, miradas prohibidas sobre mesas de conferencias y esa decisión que lo cambia todo.

Escribe desde su juventud, pero fue más tarde cuando se atrevió a publicar sus propias novelas. Hoy cuenta con varios bestsellers en Amazon, traducidos a varios idiomas, que hacen que lectoras de todo el mundo suspiren, maldigan y digan: "¡Solo un capítulo más!".

Si tienes comentarios, quieres contarle tu escena favorita o simplemente escribir "Oh. Dios. Mío", puedes contactarla en:

js@js-kingsley.com

Y sí, lee cada mensaje personalmente. Entre un escándalo ficticio y una declaración de amor dramática. 💋

Sigue a J. S. Kingsley en su viaje:

Instagram: @jskingsley_author
Facebook: @jskingsleyauthor